

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21.

NUM. 242.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONÉS

ESPAÑA MODERNA

~~~~~

**Director: JOSÉ LÁZARO**

—————  
**FEBRERO 1909**  
—————

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS**

**Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.**

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

## UN NUEVO CISMA RELIGIOSO

---



# LA IGLESIA FILIPINA INDEPENDIENTE

---

- I. *Antagonismo histórico entre los sacerdotes regulares españoles y los seculares filipinos.* — II. *Mons. Gregorio Aglipay y Labayan.* — III. *Isabelo de los Reyes.* — IV. *Doctrinas de la nueva Iglesia.* — V. *Sus obispos y sus publicaciones.* — VI. *Porvenir de la Iglesia Filipina Independiente.*

### I

Si investigáramos las causas que hayan podido motivar la fundación de la Iglesia Filipina Independiente, tendríamos que toparnos con el antagonismo que en todo tiempo ha existido en aquel país entre el clero regular (*español*) y el secular (*indígena*). Apenas quedó asentada la dominación castellana en el Archipiélago, abrióse un seminario — posteriormente se abrieron otros — en el cual se daba ingreso á los hijos de la tierra, y no tardó en haber numerosos sacerdotes filipinos que compartían con los peninsulares la administración espiritual de aquellos habitantes. Frailes y jesuitas, sin embargo, tuvieron buen cuidado, alegando privilegios históricos y de casta, de adjudicarse para sí casi todas las parroquias de las Islas, dejando reducidos á los sacerdotes seculares á la simple condición de *coadjutores*; y como no podía menos de suceder, en estos últimos germinó el descontento, siquiera no se exteriorizase por entonces. Después de todo, más de un filipino fué

exaltado á la prelación, y entre los varios que en los más elevados puestos descollaron merece especial mención D. Manuel José de Endaya, natural de Manila, hombre de raro talento y gran cultura, que en Méjico, en Roma y en Madrid hizo un lucido papel. Frailes y jesuítas, comprendiendo que la sistemática preterición de los sacerdotes naturales del país no era política, pero comprendiendo á la vez que á sus respectivas Corporaciones no les convenía de ningún modo desprenderse de las parroquias que gratuitamente se habían adjudicado á sí mismos, recurrieron al ardid de admitir en sus noviciados á los filipinos, y no pocos de los que sentían la vocación religiosa vistieron el hábito de los regulares, y sólo como tales *regulares* pudieron desempeñar ciertas parroquias.

Pero no en balde los hechos de la Historia, maestra de experiencia de los pueblos, iban señalando nuevas orientaciones al pensamiento humano: por de pronto, la expulsión de los jesuítas, verificada en Filipinas el año de 1768, hizo ver á los hijos del país que podía un monarca tan católico como Carlos III barrer en un solo día toda una Orden religiosa, por añadidura la de mayor poderío; después, la independencia de los Estados Unidos les hizo comprender que las dominaciones logradas por los conquistadores europeos no eran eternas; y, por último, la Revolución Francesa persuadió á los que podían discurrir por cuenta propia de cómo en un momento la voluntad de unos cuantos, no solamente cambiaba un régimen secular, sino que, sobreponiéndose y avasallándolo todo, alteraba radicalmente las ideas más fundamentales. Los frailes entendieron que era llegada la hora de aminorar el clero filipino, y á este fin comenzaron por cerrarles para siempre las puertas de los noviciados conventuales. Se equivocaron.

Pero si mal había concluído el siglo XVIII, no comenzaba mejor el XIX. El movimiento insurreccional de la América española y la Constitución de 1812 que, como es sabido, se hizo extensiva á las Colonias, causaron honda impresión en Filipinas, mayormente en su clero, que era al fin la clase más ilus-

trada. Y así, al verificarse las primeras elecciones, á las que acudieron en reñida lucha tan sólo dos partidos, el de los frailes y el de los antifrailes, el partido de los antifrailes triunfó de una manera absoluta, merced, principalmente, á las predicaciones de los curas del país, uno de los cuales, D. José de Vergara, salió diputado, causando con ello la desesperación de sus contrincantes. A partir de esta lucha electoral, el antagonismo entre los cleros regular y secular se acentuó, y llegó un día en que se hicieron irreconciliables. En todo el siglo XIX no se halla ya ni un solo prelado nacido en el país: los frailes pusieron en Roma toda su poderosa influencia á fin de que nunca jamás el sacerdote filipino llegara á ser obispo.

La vuelta de los jesuítas en 1865 agravó la situación. Volvían con una real orden en que se disponía que ocupasen ellos las parroquias de Mindanao, servidas á la sazón por recoletos, á los cuales, para compensarles, se les daban casi todas las de la provincia de Cavite, que venían sirviendo los seculares filipinos; y esta fué la gota de agua que hizo rebasar la copa de la paciencia de aquel clero secular: el margen con que contaba, lejos de ensancharse, como lo aconsejaba la equidad, se estrechaba más aún, sin contar con que llevaba un siglo sin ver á uno solo de sus miembros ocupando una diócesis. La vindicación se imponía, y el cerebro de la misma lo fué el sabio Dr. Peláez, natural de la Laguna, en quien sus compatriotas depositaron toda su confianza y su esperanza toda.

La campaña había que librarla en Madrid, y en Madrid se libró: ambos bandos defendieron apretadamente sus derechos en la prensa, en el libro y en las más elevadas esferas oficiales. Lo que con más ahinco perseguían los filipinos era que los curatos, *secularizados*, se proveyesen por oposición. Por fin la Revolución se puso de parte de los filipinos, cuya causa era la más razonable; pero el gobernador general del Archipiélago, D. Carlos María de la Torre, temeroso de que la reforma acarrease un trastorno de suma gravedad (ninguno, probablemente, hubiera causado), no se determinó á poner el «Cúmplase» á

la disposición soberana. El Dr. Peláez había muerto, y quien llevaba entonces la dirección del negocio era el Sr. D. José Burgos, tres veces doctor, en Teología, en Filosofía y en Derecho; hombre joven, de voluntad atesonada y cultura nada común entre los de su oficio. Mas he aquí que surge en Cavite, en Enero de 1872, un motín militar, y, sin que todavía se haya sabido cómo, van al palo afrentoso del garrote los Padres Burgos, Gómez y Zamora, y á presidio algunos otros, los PP. Dandán, Guevara, Mendoza, Sevilla, Del Pilar, Rosario, Guazon, etc.; los más inteligentes, los más dignos, los más prestigiosos en sostener los derechos del clero secular, fueron eliminados de escena. Y los sacerdotes filipinos quedaron ante la disyuntiva de ser siervos de los frailes, ó pasar por enemigos de España. Por de pronto se resignaron con su suerte, y optaron por la servidumbre; mas como nadie se esclaviza contra su voluntad, ¿cuántos no habría que acariciasen en sus adentros un ideal vindicatorio, ya que no de venganza?...

Cuando en Agosto de 1896 estalló el *Katipunan*, como aquel movimiento revolucionario iba señaladamente contra el régimen tradicional, personificado por las Corporaciones religiosas, gran número de curas del país simpatizó con el movimiento, si bien fueron rarísimos los que en él tomaron parte, acaso porque comprendían que España acabaría por aplastar la rebelión. Pero dueños del Archipiélago los americanos, por virtud del Tratado firmado en París á últimos de 1898, al dividirse los filipinos en dos bandos, los resignados con la nueva soberanía y los partidarios de la independencia, no puede negarse que el clero secular vió con gusto el cambio trascendental efectuado, porque ya quedase Filipinas por América, ya quedase independiente, después de ese cambio radical creía llegada la hora de la redención, creía llegada la hora de usufructuar las parroquias, los beneficios, las mitras de Filipinas.

No fué así, sin embargo. El Pontificado, atento á los informes de los frailes, obstinóse en no atender las pretensiones, tantas veces expuestas, de los sacerdotes filipinos, y la conse-



cuencia de esta obstinación fué que sobreviniese: primero, la indisciplina; después ¡el Cisma! Á todo este movimiento trascendental, que ha dado por resultado la creación de la *Iglesia Filipina Independiente*, va íntimamente unido el nombre de D. Gregorio Aglípay y Labayan: veamos quién es este personaje que, como todo reformador, se ha asegurado un puesto en la Historia; á lo menos en la de su patria habrá de tenerlo necesariamente.

## II

Gregorio Aglípay y Labayan nació en Batac (provincia de Ilocos Norte, de la isla de Luzón), el 7 de Mayo de 1860. Desde pequeño se dedicó á las faenas del campo, labrando un terreno que sus padres poseían en dicho pueblo. Un año, á causa de la escasez de lluvia, retrasó la siembra de tabaco (cada labrador tenía entonces la obligación de sembrar y cultivar cinco mil plantas), y fué reducido á prisión. Esta contrariedad, juntamente con la que su padre le proporcionara arreglándole un casorio que no era del agrado del muchacho, movióle á dejar los aperos de labranza y trasladarse á Manila. El joven Aglípay contaba entonces diez y seis años. En Manila estudió en un colegio particular durante dos años, al cabo de los cuales ingresó en el de San Juan de Letrán, regido por dominicos, en calidad de sirviente, á cambio de la educación y el alimento. Su abuelo, que en el beaterio de Santa Catalina, de la misma capital, desempeñaba el cargo de mayordomo, ayudábale con algunos recursos, para que, con ellos, el criado estudiante adquiriese libros y ropas, que sus amos no le daban.

No tardó el estudiante-criado en distinguirse por su personalidad, por su aplicación y por su inteligencia, y los frailes acabaron por nombrarle *pasante* ó profesor auxiliar de la clase de Lógica, precisamente cuando Aglípay cursaba esta asignatura. En todas obtuvo las primeras calificaciones, y, como el más aventajado que venía siendo, los profesores le concedie-

ron la señalada distinción de que fuese «sustentante» en acto público y solemne. La ejemplaridad de su conducta habíale valido otro título además: el de *mayor* ó inspector de sus discípulos. Así que se hubo graduado en Filosofía y Artes, pasó al seminario de Vigan, capital de Ilocos Sur, la provincia hermana de la suya, con el propósito de hacerse sacerdote. Mientras fué seminarista, su nombre figuró constantemente en los cuadros de honor. En 1889 se ordenó de sacerdote en Manila; cumplía entonces veintinueve años.

Sucesivamente desempeñó los cargos de coadjutor en Indang (Cavite), San Antonio (Nueva Écija) y Vitoria (Tárlac). Tal era su humildad, que ninguno de sus párrocos se vió nunca en el caso de reprenderle por nada. Hasta el año de 1897, la vida del P. Aglípay se deslizó mansamente, tan mansamente como su sumisión á los frailes de quienes había venido dependiendo.

Llegó el pacto de Biac-na-bató (1897), mediante el cual el generalísimo Aguinaldo y algunos de los suyos se expatriaron voluntariamente á cambio de un millón largo de pesos que les dió el Gobierno español; entre los guerrilleros filipinos que no aprobaron ni explotaron aquel *pacto* (paz conseguida con un dinero que sirvió más tarde para reanudar las hostilidades), figuraba Makabulos, quien no tardó en formar una Junta Revolucionaria en Tárlac, cuya existencia, una vez conocida, preocupó hondamente al gobernador militar de la provincia. En el pueblo de Victoria hallábase á la sazón el P. Aglípay, y á éste acudió nuestro gobernador militar con el ruego de que atrajese al general Makabulos, á quien ofrecía armas y el mando de un cuerpo de voluntarios que ayudase á rechazar á los americanos, que estaban para llegar. Aglípay tuvo la fortuna de atraerse á Makabulos. Este excelente servicio le fué, no obstante, perjudicial al humilde coadjutor de Victoria: los frailes le acusaron de *insurrecto*. Entonces se trasladó á Manila, y siguiendo el consejo de su padrino de misa, el magistral D. Faustino Sánchez de Luma (español), pretextó que se hallaba enfer-

mo de la vista, y se quedó en Manila, donde procuró hacer vida en la que no hubiera la más leve nota reprochable. El arzobispo de la diócesis, Fr. Bernardino Nozaleda, hizo que Aglípay tradujese al ilocano la pastoral bélica que acababa de dar contra los yanquis.

El espíritu revolucionario de muchos filipinos se mantenía latente, y acabó por estallar. Entonces Augustí, nuestro gobernador general, echó mano del último recurso: ofreció, en nombre de España, la más amplia autonomía á la Colonia; y para que este ofrecimiento fuese sabido de los insurrectos, diputó (entre otros) al P. Aglípay, el cual marchó á avistarse con ellos, llevando también poderes del P. Nozaleda. En Bigáa (Bulacán) fué capturado el tren en que iba Aglípay con algunos soldados españoles: y Aglípay quedó prisionero de los insurrectos. Pero llegó luego el general filipino Hizon, y éste ordenó, como gobernador militar que era de aquellas provincias, que el P. Aglípay quedase en libertad. Y el P. Aglípay regresó á Manila, huelga añadir que sin haber sacado nada en limpio, fuera de los sobresaltos y molestias que hubo de costarle su infecunda comisión.

Con su regreso á Manila coincidió la vuelta de Aguinaldo al país. Aguinaldo había sido sugestionado por los yanquis, y volvía á proseguir sus empresas libertadoras, curándose en salud en lo tocante al cumplimiento del *pacto*; porque, según él, el *pacto* no se había cumplido por el Gobierno español, por cuanto seguían los frailes en el país, y, á lo que parece, se le ofreció solemnemente al pactar que los frailes serían expulsados. La Revolución, no se olvide, habíase hecho, más que contra España, contra el regimen de la soberanía frailuna. Uno de los primeros cuidados de Aguinaldo fué enviar á su general San Miguel á que se viese secretamente con el P. Aglípay y le rogase que se encargara de sublevar las provincias del Norte de Luzón. Aguinaldo había tratado mucho en Indang (Cavite) al P. Aglípay, y desde entonces existía entre ambos una buena amistad; allí también, mientras fué coadjutor, le

trataron Mariano Trías, Severino de las Alas y otros que más tarde fueron figuras relevantes de la Revolución.

Aglipay comunicó á Nozaleda la proposición de Aguinaldo, y Nozaleda le instó á que la aceptase; porque con el salvoconducto de Aguinaldo podía llegar impunemente al campo insurrecto y, una vez en él, procurarse atraer á los filipinos á la causa de España. Trasladó Aglípay esta respuesta á Aguinaldo, y Aguinaldo le dió otra parecida:—«Acepte usted (le dijo); no puede un cura del país rechazar de plano lo que le manda su señor el Arzobispo: el salvoconducto de Nozaleda le servirá á usted para atravesar las provincias que aún permanecen en poder de los españoles.»

Pero Aglípay rechazó semejante doble comisión, no sólo porque constituía una indignidad, sino porque lo mismo los filipinos que los españoles podían fusilarle por traidor. La orden de Nozaleda llegó á ser terminante, según dicen, y Aglípay obedeció; es decir, partióse llevando ambos poderes. Llegado que hubo al cuartel general de los rebeldes, explicó lo ocurrido; presentó los poderes de ambas partes, y concluyó exponiendo esta sencilla consideración:—«Ahora, hermanos míos, escoged lo que creáis más beneficioso para la patria: aquí me tenéis, entre la espada y la pared.»—Y les mostró la excomunión que el Arzobispo fulminaba á los que peleasen contra España. Los presentes, que eran todos de calidad, le contestaron:—«¡No haga caso, padre, de Nozaleda! ¡Muy pronto le sustituirá usted en el Arzobispado de Manila!»

Aglipay se dirigió á la capital á dar cuenta al Arzobispo del fracaso de la misión que le había llevado al campo insurrecto; pero no pudo llegar, porque la plaza de Manila acababa de ser sitiada por el ejército americano, y entonces resolvió ir adonde estaba Aguinaldo, para ver á éste y darle las gracias por la confianza que le había dispensado.

«Así lo dice Mons. Aglípay—léese en uno de los documentos que sirven de guía para la redacción de este apunte biográfico;—pero lo cierto es que él, desde un principio, simpati-

zó con los revolucionarios: Makabulos, siendo presidente de la Junta secreta, le había consultado algunas veces en el pueblo de Victoria. En su doble misión, todo induce á creer que sirvió á Aguinaldo, y no á Nozaleda.»

Como los americanos no se presentaron en Filipinas con la pretensión de quedarse con el Archipiélago, cuya independencia ofrecían á los hijos del país, Aguinaldo, apenas vuelto á su patria, se proclamó Presidente de un *Gobierno Dictatorial* bajo el régimen republicano; y entre sus ministros descolló desde el primer momento Apolinario Mabini, joven abogado que dió muestras de poseer talento organizador; era además un patriota exaltado, que suspiraba por la independencia. Mabini vió en Aglípay un sacerdote modesto, discreto é instruído y que, en punto á criterio filosófico-religioso, parecía que lo tenía rayano en el libreexamen, y aconsejó á Aguinaldo que le nombrara capellán del Ejército revolucionario, con facultades para reorganizarlo. Nombrósele, en efecto, y al propio tiempo se le comisionó para que recaudase fondos en las provincias del Norte. Una de las causas que más contribuyeron á estrechar las relaciones entre Mabini y Aglípay fué el hecho de no querer Aglípay asociarse á la protesta de cierta parte de los abogados filipinos contra el decreto de aquél favorable al matrimonio civil: Aglípay, por el contrario, elogió esa disposición de Mabini, por entender que, separándose el Estado de la Iglesia, la Iglesia recobraba la plenitud de su libertad. A partir de entonces, Mabini y Aglípay marcharon siempre de acuerdo. Y aunque los revolucionarios nombraron al principio secretario de Cultos al Br. Manuel Roxas, y probaron la capacidad del Dr. Mariano Sevilla para ponerle al frente del clero, Mabini acabó por imponer á Aglípay, por conceptuarle el más idóneo para dirigir la Iglesia Nacional; y por decreto de 20 de Octubre de 1898, el dictador Aguinaldo le nombró Vicario general castrense para todo el Archipiélago.

Aglípay recaudó y envió muchos miles de pesos á Aguinaldo para sostener la guerra contra los americanos, una vez

que éstos, á raíz de firmado el Tratado de París, manifestaron que se adueñaban de las Islas; rechazó la intromisión de los militares en los asuntos de la clerecía; consiguió la libertad de los jesuitas prisioneros, PP. Rosell y Mir; mejoró las condiciones de los demás prisioneros españoles, logrando de los jefes militares que todos los frailes pudieran pasear por las calles y que el obispo Hevia Campomanes dijera misa y ejerciera de obispo, aunque secretamente, entre los eclesiásticos; abrió el seminario de Vigan—clausurado hacía tiempo,—donde ingresaron como aspirantes á sacerdotes algunos soldados españoles (entre ellos el hoy canónigo Torres), á los cuales costeó de su peculio propio los gastos de estancia en dicho centro de estudio; volvió á abrir el colegio de niñas de Vigan, que corría bajo la dirección de monjas españolas, á quienes él procuró la libertad, é hizo otras cosas que han dejado buen recuerdo.

El 15 de Diciembre de 1898, el obispo de Nueva Segovia, Fr. José Hevia Campomanes, nombró al P. Aglípay Gobernador eclesiástico. Nozaleda aprobó este nombramiento, é hizo todavía más: recomendarle que cuanto antes tomara posesión del cargo. Verdaderamente, Aglípay daba señales de no ser un sacerdote del montón. En efecto, queriendo entenderse directamente con el Vaticano, comisionó á su paisano D. Isabelo de los Reyes, que estaba en España, para que conferenciase con el Nuncio y obtuviese de Roma la tan ansiada reivindicación del clero filipino.

Reyes habló con el Nuncio, Mons. Nava di Bontifé, de quien recabó respetuosamente el derecho que tenían los sacerdotes filipinos á ocupar los obispados, canongías, parroquias, dirección de los seminarios, etc., ofreciéndole de paso la libertad de los muchos frailes que á la sazón se hallaban prisioneros.—«El nuncio Nava de Bontifé (escribe Reyes) me contestó que, aunque degollásemos á los frailes, Roma no nombraría obispos filipinos, pero es que ni siquiera nombraría un delegado especial que fuese á examinar la capacidad de nuestros sacerdo-

tes.»—Transmitió Reyes esta respuesta á los Sres. Aglípay y Agoncillo (plenipotenciario este último de la República Filipina en Europa), y al transmitirla aconsejaba que desde luego se fuera al Cisma; idea que expuso asimismo en el periódico quincenal que en Madrid acababa de fundar, titulado *Filipinas ante Europa*. El Dictador, por su parte, enterado de cuanto pasaba, aconsejó también que se fuese resueltamente al Cisma, por entender que no de otro modo podía sostenerse la dignidad del clero del país: ¡resultaba inconcebible que á fines del siglo XIX no mereciesen los sacerdotes filipinos un concepto igual por lo menos al que habían merecido en los siglos XVII y XVIII, en que fueron aptos para todo! Aglípay, sin embargo, se resistía á ir al Cisma. El 23 de Octubre de 1899 reunió y presidió, en Tárlac, una Asamblea, á la que asistieron representantes de todas las diócesis; la Asamblea sancionó su nombramiento de Jefe supremo de la Iglesia Filipina; formuló unas Constituciones provisionales, y acordó continuar bajo la potestad del Papa.

En esto, los americanos, que estaban haciendo una guerra de conquista (ya que los antiguos revolucionarios querían la independencia á toda costa), se hallaban á dos pasos de Tárlac, capital de la efímera República Filipina, y viéndose Aguinaldo, con todo su cuartel general, obligado á refugiarse en las provincias ilocanas, comisionó á Aglípay para que reconociese las vías de retirada por Pangasinán, yendo de paso á apaciguar á los ilocanos, que, exaltados, querían á todo trance vengar el asesinato de su paisano el general Antonio Luna; asesinato que atribuían á Aguinaldo, Buencamino y otros que con Luna se hallaban enemistados. El coronel ilocano Anacleto, segundo jefe de la división Makabulos, quiso entonces, por la razón dicha, sublevarse contra Aguinaldo; pero le contuvo Aglípay. Éste protegió la retirada del Dictador en el mes siguiente de Noviembre, y gracias á Aglípay no cayó Aguinaldo en poder de sus perseguidores. Y, á partir de entonces, Aglípay tomó parte muy activa en la campaña, con lo que dicho

se está que pasó mil penalidades, todas las inherentes á la vida del guerrillero que es objeto de persecución.

Nuevamente comisionado por Aguinaldo, Aglípay avanzó hasta Ilocos Norte, organizando los pueblos en guerrillas. Luego acudió al Abra, en socorro de Aguinaldo; pero tuvo que retroceder, porque ya estaban allí los americanos. El general Tinio, que mandaba los pueblos de Ilocos, desesperanzado, disolvió sus huestes. No conforme con ello el P. Aglípay, reorganizólas por sí mismo y, al frente de ellas, luchó meses enteros denodadamente, hasta alcanzar una gran autoridad.—En los *raports* del Departamento de Guerra de los Estados Unidos el nombre de Aglípay figura repetidas veces, considerándosele siempre como un enemigo de importancia.

Pero capturado ya Aguinaldo y presentados todos sus generales (excepto Aglípay en Ilocos Norte, Malvar en Batangas y Lukban en Sámar), el belicoso presbítero aceptó la proposición que los americanos hacían al país, de darle la autonomía manteniendo el pabellón de la Unión tan sólo temporalmente, ínterin el pueblo aprenda á gobernarse por sí mismo; y se presentó al general Mc Kaskey, quien le cobró tanta estimación, que poco después, á ruego de Aglípay, apadrinó á Mons. Narciso Hijalda en la ceremonia de la consagración de este sacerdote filipino para el Obispado de Panay por la Iglesia Nacional. También el gobernador Taft, que acaba de ser exaltado á la Presidencia de la República de los Estados Unidos, distinguióle; y hasta llegó á creerse que le propondría para el Arzobispado de Manila, cosa imposible, porque ya el P. Aglípay estaba excomulgado por el P. Nozaleda, tiempo hacía.

Aceptó Aglípay humildemente la excomunión; vistióse con gran modestia de seglar, y, lleno de incertidumbre, dejaba que su existencia se deslizase en la penumbra. En esto llegó de España (1901) el ya citado D. Isabelo de los Reyes, grande amigo suyo, y paisano, como es dicho. Y Reyes, al ver anulado al que tanto había luchado por la independendencia del país



y por los derechos de su clero, así que hubo establecido la Unión Obrera (primer germen de socialismo sembrado en Filipinas), proclamó en un mitin el Cisma, á la vez que proclamó obispos á unos 20 sacerdotes filipinos, designando como Jerrarca á Mons. Aglípay. (Esto fué el 3 de Agosto de 1902.) Cuando Reyes se lo comunicó á Aglípay, éste lloró al ver dividido el catolicismo, y le dijo:—«Si sólo por mí ha hecho usted lo que ha hecho, no lo apruebo; yo estoy resignado con el sacrificio á que me han arrastrado las circunstancias. Conste que desautorizo el Cisma.»—Pero Reyes le replicó que había que aprovechar la libertad de cultos puesta en planta por los americanos en el Archipiélago, sin contar con que era cuestión de honra acreditar la capacidad del clero del país. Con todo, Aglípay dió un manifiesto (20 de Agosto de 1902), que fué repartido profusamente, desautorizando el Cisma.

Entonces Reyes se vió en el caso de prescindir de Aglípay; no tenía aquél otra obsesión que la de restaurar los prestigios de los sacerdotes de su patria, y persuadido íntimamente de que á la sombra de Roma no podría lograrlo, insistió en mantener la Cisma, y con su prodigiosa actividad dedicóse á la propaganda de esta idea. Muy pronto recogió el fruto, porque muy pronto reconocieron muchos la Cisma: todo el clero de Ilocos Norte (capitaneado por su gobernador eclesiástico don Pedro Brillantes), parte del de Ilocos Sur y Pangasinán, y algún que otro sacerdote de Camarines, Unión, Antique, Iloílo, Negros, Cebú y otras provincias. Reyes juega, por consiguiente, en esta revolución religiosa, un papel trascendental, decisivo: como que sin su intervención tenaz y propaganda incessante, acaso no existiera hoy la Iglesia Filipina Independiente, no obstante los merecimientos de D. Gregorio Aglípay. Vertiginoso y enérgico en la acción, y en su calidad de presidente del Comité Ejecutivo Supremo, ordenó inmediatamente consagrar al mencionado Sr. Brillantes obispo de Ilocos Norte, por doce presbíteros, como antiguamente se hacía, y el acto se verificó con toda solemnidad ante las autoridades de la pro-

E. M.—Febrero 1909.

vincia. Los filipinos, que llevaban más de un siglo sin ver á ningún paisano suyo mitrado, lo vieron al fin, siquiera no lo fuese por la voluntad del Papa.

Los jesuítas, llenos de buen deseo, lograron atraerse al P. Aglípay, consiguiendo de éste que hiciera con ellos ejercicios espirituales, para obtener el perdón de Roma. Pero en el confesonario, á lo que se cuenta, diéronle á entender que en Roma perseveraban en el criterio de no confiar ninguna mitra á ningún sacerdote filipino, y esto debió de desanimar al modesto ex coadjutor, no mirando su propio porvenir, sino mirando el de sus compatriotas. ¿Qué maldición pesaba sobre ellos? ¿Cómo la raza que antaño había dado obispos inteligentes y dignos, no podía darlos hogaño? Si se les declaraba incapaces, ¿por qué se les ordenaba de sacerdotes? ¿No había filipinos generales, magistrados, etc.? Pues si el militar llegaba á ceñir la faja y el abogado la toga con encajes en las bocamangas, ¿por qué el cura no podía llegar á ser obispo, siendo así que había ya habido algunos, y ninguno de ellos incapaz? Este *lasciate ogni speranza* lanzado al rostro de toda una clase, precisamente la más numerosa y respetable de todo el Archipiélago, justo es confesar que contribuyó poderosamente al Cisma ó, lo que es igual, á que se separaran de Roma muchos de los que hasta entonces habían servido á Roma con fervor.

Reyes proseguía su campaña: en la prensa, en los mitines, en todas partes salía por la honra del clero de su país; y pues que para sostenerla se hacía preciso el Cisma, el Cisma predicaba sin descanso, con la satisfacción de ver que no pasaba día sin lograr adeptos. Aglípay entonces comprendió la gran responsabilidad que contraería si un seglar conseguía salvar los derechos canónicos del clero filipino, que la Asamblea de Tárlac había precisamente confiado al mismo Aglípay; comprendió además que su sacrificio era de todo punto estéril, y acabó por avistarse con Reyes, quien se apresuró á entregarle la Jefatura, que antes Aglípay había declinado.

El 17 de Octubre de aquel año aparece por primera vez la

firma de Mons. Aglípáy suscribiendo la *Epístola III* de la nueva Iglesia, por la que ésta hace profesión de principios más ó menos librepensadores y científicistas, y el 26 del mismo mes celebró misa por primera vez, como *Obispo Máximo*, en el paseo de Azcárraga, de Manila; ante numeroso público. Y á partir de ese momento, muchos municipios y particulares fueron entregando templos ó edificándolos para la Iglesia Filipina Independiente.

El Cisma quedaba consumado en regla.

### III

Hase visto que D. Isabelo de los Reyes desempeña un papel muy principal en la creación de la Iglesia Filipina; ahora debe añadirse que continúa desempeñándolo en el desenvolvimiento de la misma. Téngase en cuenta que D. Isabelo de los Reyes es uno de los mayores representantes de su país. Su vida es por demás singular; hay en ella no pocos episodios de verdadero interés dramático. Ilocano, pasó á Manila muy joven, casi un niño, y en Manila estudió la carrera del Notariado, Dios sabe cómo, porque, á la manera que Aglípáy y tantos otros héroes de la aplicación, carecía de recursos. Veinte años tendría cuando la suerte le deparó una plaza de auxiliar en la Administración del diario *La Oceanía Española*, que dirigía el prestigioso periodista gallego D. José Felipe del Pan. En sus ratos de ocio, Reyes se dedicó á hacer trabajitos literarios para el periódico, y comenzó cultivando lo que en Filipinas constituía una novedad completa: el *Folk-lore*. Puesto en relación con Machado y otros folk-loristas notables de la Península, y por ellos estimulado, prosiguió estos estudios cada vez con más provecho, hasta reunir materiales suficientes para un libro, tanto más importante, cuanto que es el único que sobre tal materia se ha publicado en aquel país. En la Exposición general de Filipinas celebrada en Madrid en 1887 valióle esta

obra una medalla de plata. Además cultivó la Etnografía, la Lingüística y la Historia, y llegó á publicar monografías de interés. Pero acertó á infiltrar en algunas de ellas un tinte nacionalista desusado, y quien tales cosas escribía acabó por ser mirado de reojo por los españoles patrioteros. Reyes, sin embargo, era un gran amante de España, y no hay en ninguno de sus numerosos escritos un concepto siquiera del que trascienda la menor aspiración separatista. Toda su producción de entonces vale más por el fondo que por la forma: el joven escritor no tuvo á su lado á una persona verdaderamente competente que le aconsejara. Con todo, sus trabajos folk-lóricos y etnográficos, y aun algunos históricos, serán siempre consultados provechosamente; que no en balde le valieron títulos de corporaciones sabias: Reyes pertenece á la Academia Indochina de París, á la Sociedad Geográfica de Viena, á la Geográfica Comercial de Madrid y á algunos otros Cuerpos, donde todo afiliado significa algo en el mundo de la inteligencia.

A pesar de la enemiga de ciertos periodistas españoles de la prensa manilense, que sabían menos que él, no tardó Reyes en adquirir notoriedad, y no hubo periódico de orientación *filipina* que no solicitase su colaboración. Él tuvo además la gloria de fundar (en 1889) *El Ilocano*, que en aquella prensa representa el primer periódico bi-lingüe de provincias. Hacíalo en Manila, y en sus columnas dejó no poca simiente reudentora de sus compatriotas, tan hábilmente esparcida, que casi no hubo español que se percatase de ello: en *El Ilocano* hay que ir á buscar los primeros gérmenes de nacionalismo periodístico compatible con el régimen castizamente español. Después fundó otros periódicos, y en todos ellos vulgarizó cultura, pero señaladamente aquélla de carácter político-administrativo que enseñaba á las gentes del pueblo cuáles eran sus derechos como ciudadanos.

Espíritu independiente, rebelde en muchas cosas, rehusó incorporarse á ninguna de las varias asociaciones secretas que hubo en su país durante el período de intenso laborantismo,

de 1892 á 1896. No obstante, á poco de estallar el *Katipunan*, Reyes, denunciado como *cómplice*, fué á dar con sus huesos en la cárcel de Manila, donde pasó algunos meses confundido con los *katipuneros* auténticos. Otro hombre, bajo el peso de la iniquidad, se habría abatido, habría hecho los imposibles por obtener la libertad, aun á costa de exteriorizar sentimientos de servilismo hacia sus perseguidores. Pero Reyes, lejos de acobardarse, en la creencia de que al fin sería fusilado (como lo fueron tantos otros que con la insurrección nada tuvieron que ver), á pesar de que no existía contra él la más leve prueba de complicidad, tuvo un rasgo de gallardía verdaderamente épico: dirigió al general Primo de Rivera, gobernador supremo á la sazón, una *Memoria* fuerte, sincera, «sensacional» (que así la llamó después el propio Reyes), escrita á hurtadillas en la cárcel, en la que el preso exponía las causas de la insurrección, cuáles eran las legítimas aspiraciones del país, cómo los frailes resultaban incompatibles con el bienestar del pueblo, y cómo el fusilamiento de Rizal—ejecutado muy poco antes—había sido un error de funesta trascendencia. Luego de presentada la *Memoria* (que andando el tiempo publicó en Madrid), muchos creyeron que Reyes sería fusilado, pues que al fin exponía oficialmente en Filipinas los mismos principios que Rizal había sustentado desde Europa en sus novelas. El general Primo de Rivera no quiso extremar las cosas, y se contentó con mandar á Reyes á España, como reo político, y Reyes fué encarcelado en el odioso Montjuich, donde, á cambio de *katipuneros*, halló anarquistas, verdaderos ó supuestos. Más de un año pasó Reyes bajo la presión de un dolor moral indefinible: la firmeza de su carácter y el poder de su talento impidieronle que perdiera la razón: ¡porque no fueron pocos los días en que creyó que al siguiente sería fusilado!...

El pacto de Biac-na-bató había restablecido la paz en Filipinas. Desempeñaba el Ministerio de Ultramar D. Segismundo Moret; y estimando éste que era de suma conveniencia

atraerse á Reyes, gestionó su libertad, que le dieron, y acabó por entenderse con él. Reyes hizo cuanto humanamente pudo por mantener la soberanía de España en su país; pero no ocultaba que esta soberanía no sería duradera si en la Colonia no se implantaban *inmediatamente* reformas trascendentales, entre ellas la relativa á la secularización de los curatos. ¡No le oyeron!... Sobrevino el conflicto con los Estados Unidos, y los nacidos en Filipinas, desengañados, no apoyaron la causa de España frente á los yanquis. ¡Y España perdió aquel hermoso archipiélago! Entonces Reyes, que hasta el último momento había trabajado en pro de Filipinas española, se declaró *independista*. Fundó en Madrid, donde seguía, el quincenario *Filipinas ante Europa*, y desde sus columnas se declaró enemigo de los americanos, con los cuales se ha mostrado siempre irreconciliable. Viajó por Europa, y por dondequiera que iba, iba difundiendo con gran fe sus ideales. Al propio tiempo, y por encargo de D. Gregorio Aglipay, gestionaba con el mayor tesón la reivindicación de los derechos del clero de su país, según queda ya indicado. Mas al cabo, persuadido de que su acción sería allá más provechosa que acá, partióse para su patria en 1901.

El padre del folk-lore filipino, el historiador y literato nacionalista, el que ya comenzaba á señalarse por sus estudios religiosos y como traductor de la *Biblia* por encargo de las Sociedades Bíblicas Británica y Americana, apenas llegó á Manila, dió en Manila otra nota nueva y vibrante, que realzó su figura de luchador: fundó la Unión Obrera, primer germen de socialismo sembrado en Filipinas. Faltábale tan sólo destacarse como revolucionario religioso, y no tardó en conseguirlo. Sus campañas le acarrearón frecuentes sinsabores. El Gobierno americano le persiguió y encarceló. Reyes sabe, pues, lo que es luchar, y sabe también lo que es sufrir por mantener con entereza los ideales. Es un gran *pendant* de Rizal. Sólo que Rizal fué pensador de gabinete, y Reyes es un propagandista de acción, afortunado en medio de todo, porque ha lo-

grado salvar la vida después de habérsela jugado muchas veces. Estando preso en Malabón, los insurrectos le enviaron el título de Presidente de la República Filipina, firmado por todos los jefes; los obreros le adoraban: gozó de una notoriedad extraordinaria.

Pero consolidada la vida de la Iglesia Filipina Independiente, el mayor de sus ideales, y siéndole difícil la existencia con tranquilidad en su país, á causa de lo indomable de su carácter, que jamás claudica, decidió venirse á España, donde continúa, y aquí trabaja, día por día, con ardiente fe, con la fe de un iluminado, especialmente en lo atañadero á la Iglesia de su patria. Ha estudiado é investigado con tesón; sostiene correspondencia con los principales tratadistas de Religión de Europa y América, y su sueño dorado es ver á Filipinas libre y *original en todo*. Isabelo de los Reyes es uno de los nacionalistas más calificados del mundo.

Tendrá ahora unos cuarenta y cuatro años; es fuerte, bien complexionado y animoso; sabe varios idiomas, y en ciencias filosófico-religiosas posee una cultura nada común. Casado con una española, y enamorado de España casi tanto como de su país, desde Barcelona, donde reside, influye con su pluma en el curso de la política filipina, con justicia, ya que con su ejemplo y con sus escritos se ha hecho acreedor á la consideración de sus compatriotas. Reyes ha llegado á ser más que *un representativo*; es *un gran representativo*; y así, cuando á la vuelta del tiempo sus paisanos escriban la historia de su renovación, la personalidad de Reyes ocupará en ese libro muchas y brillantes páginas.

Reyes es el único *obispo honorario* con que cuenta la Iglesia Filipina Independiente; su título le faculta para asistir á las sesiones del Consejo de Obispos de esta Iglesia.

## IV

De la doctrina de la Iglesia Filipina Independiente pudiera decirse que, comprimida por derecha é izquierda por el catolicismo y el protestantismo, se dilata hacia arriba hasta internarse en el racionalismo. Renán afirmó que en religión triunfa el que más avanza, y se conoce que los reformadores filipinos han tenido muy presente este dicho sentencioso de Renán. Leyendo las publicaciones de la Iglesia Filipina Independiente, adviértese en seguida: primero, propósito de conservar de la Romana una buena parte de su ritualismo, dando, por lo tanto, importancia á lo que pudiéramos llamar formas extrínsecas; después, cierto deseo de no dejarse ganar por la mano por los protestantes, los cuales, á partir del cambio de dominación, se esfuerzan cuanto les es posible por atraerse á la masa común de aquel país, poniendo en juego los recursos de todas clases con que cuentan sus poderosas Sociedades Bíblicas, y, por último, un vivo afán de infiltrar las ideas más radicales del progreso moderno en la mente popular. «Nuestra Iglesia, dice Reyes, predica la comunión de bienes, el amor sin fronteras y la ciencia libre, y no admite dogma alguno.» ¡Difícilmente se hallará otra religión que avance más!

Niegan los de esta nueva Iglesia el credo romano y el protestante, y el pecado original, por considerarlo contrario á la justicia y misericordia de Dios y á lo dicho por el profeta Ezequiel, de que ni el padre es responsable de las faltas del hijo, ni éste de las de aquél. Moisés, aseguran, había dicho lo mismo en el Deuteronomio.

Niegan el Infierno después de la muerte, fundándose en que Moisés no lo nombró para nada. Creen que no hay culpa que no se pague en esta vida, en cuerpo y alma, más ó menos inmediatamente después de su comisión, en disgustos, desgracias, percances, etc. Lo que faltare de castigo, «Dios lo liqui-



dará paternalmente con la muerte». «Si el hombre de recta conciencia (dicen) no se siente capaz de ensañarse con el muerto, ¿cómo ha de hacerlo Dios, que es la Suma Bondad?» Esta consideración nos trae á la memoria ciertas palabras del gran literato y pensador ecuatoriano Juan Montalvo: «El ir y venir continuo de la vida (escribió) no es sino fluctuación horrible, en la cual todos los días son vísperas del naufragio; y ¡quién lo creyera! el día del naufragio es el primero de la felicidad, supuesto que *tumba* es campo de paz y olvido.»

Niegan en los Sacramentos lo que es esencial para el criterio romanista, ó sea la ritualidad: para los romanos la validez de los Sacramentos depende precisamente de esa ritualidad. La Iglesia Filipina, por no ir contra la costumbre, sigue las prácticas; pero la esencialidad de los Sacramentos la atribuye á lo espiritual, á *la intención*. Son, pues, los Sacramentos espirituales antes que rituales.

En el bautismo no se dice: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Según el Evangelio de la Iglesia Filipina Independiente, la idea de la Trinidad no es bíblica; considérala como interpolada posteriormente en el evangelio de San Mateo. Sostiene que es de origen indio, aceptada por los griegos, especialmente por Platón, y los helenizantes del siglo II la introdujeron en el cristianismo. «Jesús, agrega, no habló de la Trinidad; los Apóstoles no bautizaban en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; bautizaban en nombre de Jesús, según los *Hechos de los Apóstoles*. Su espíritu es el que convirtieron en Tercera persona, dándole personalidad, como la dieron á la Sabiduría, idea abstracta del libro de los Proverbios.»

Para tomar el Pan eucarístico, basta un acto previo de contrición; es decir, no es indispensable la confesión. De la confesión auricular no ha podido tampoco prescindir la Iglesia Filipina Independiente; sus principales hombres no ignoran cuán apegados son á sus costumbres los filipinos, y suprimirla hubiera sido contraproducente: la admiten, pues, *por ahora*;

«pero prohibimos á nuestros sacerdotes hacer preguntas al penitente. Éste tiene obligación de abandonar el confesonario en el momento en que le insinúen cualquier concepto indecoroso. El confesor no tiene necesidad de saber más que aquello acerca de lo cual el penitente reclame sus consejos».

No rinden culto á los santos; pero hacen novenas. Son éstas á manera de reuniones, en las que se lee el evangelio del día, pudiéndose hacer la apología del santo festejado. Predican los sacerdotes, y en las funciones femeninas evangelizan también las diaconisas. La *Revista Cristiana*, de Madrid, órgano oficial de la Misión general alemana, reprodujo no hace mucho, con elogio, las ceremonias de la consagración de las diaconisas filipinas. Las cuales pueden casarse, «aunque, si tuvieran el dón de la continencia, sería preferible que estén libres de los cuidados de la familia, para poder consagrarse por completo al servicio del Señor». También los sacerdotes se pueden casar. «Es mejor casarse que quemarse.» Recomiéndase, sin embargo, el celibato; la nueva Iglesia entiende que es preferible que el sacerdote sea soltero. Hasta el presente, sólo se han casado tres: uno de la Pampanga, otro de Leyte y el ex agustino español D. Salvador Pons.

El divorcio no lo admite de ninguna manera la Iglesia Filipina Independiente, fundándose en estas palabras de Jesús: «Lo que Dios une, no lo separe el hombre.» A lo que añade Reyes en uno de sus escritos: «Ni siquiera por adulterio, según nuestra interpretación; porque Jesús decía que con el divorcio se hacía más adúltera la mujer, teniendo libertad para ello. Consideramos las dolorosas consecuencias de un divorcio, habiendo ya hijos, y creemos que será menor el mal conservar la unión conyugal, aunque hubiere adulterio; como Jesús perdonó á la adúltera después de haberle recomendado que no reincidiera.» Conviene advertir que hay muy poco adulterio, por parte de la mujer, en Filipinas.

En la predicación se aconseja moderación y unción evangélica. «El predicador se ajustará á la seductora sencillez del

Evangelio, evitando el defecto en que suelen incurrir los que, deseando mostrarse grandilocuentes, resultan unos pobres cursilones... Y sobre todo, *se prohíbe en absoluto atacar á las demás Iglesias*, bajo ningún pretexto, porque eso no es cristiano ni mucho menos, y sólo se permitirá defender la nuestra, pero siempre con el debido respeto y razonamiento serenos.»

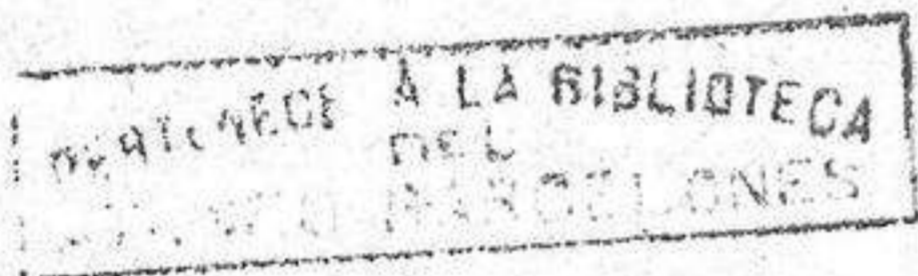
Tienen, eso sí, para las demás religiones un profundo respeto. Ellos sostienen que todas las que se profesan de buena fe, son buenas, invocando el dicho de Jesús: «Llegará un tiempo en que no se ha de adorar á Dios en esta ó en aquella iglesia, sino en cualquiera parte, con tal que se le adore en espíritu y en verdad.» — Budha escribió: «Debe practicarse la misma tolerancia, la misma indulgencia, el mismo amor fraternal, hacia todos los hombres indistintamente.» Al fin y al cabo, según el mismo fundador, «todos los hombres son iguales; no hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que poseen». — Y Mahoma, por su parte, dijo: «¡Sed tolerantes! Si Dios lo hubiese querido, todos los habitantes de la tierra habrían seguido su ley.» Del mismo Mahoma son estas palabras: «La piedad no consiste en levantar el rostro hacia Levante ó Poniente; piadoso es el que socorre á los huérfanos, rescata los cautivos, observa la oración, da limosna y es paciente en la adversidad; el que es justo y teme á Dios clemente y misericordioso.» — En todos los grandes fundadores hay pensamientos comunes, inspirados en el más sublime altruísmo.

Finalmente, los misterios de la Encarnación y de la Virginitad de María los bordea la nueva Iglesia diciendo: «Si bien Jesús tenía las apariencias de hombre, nunca dejó de ser Dios; no era hombre como nosotros, sino *Dios entre nosotros*. Hasta su aparente humanidad era divina; nada tomó de María, y, por consiguiente, la maternidad de esta bienaventurada criatura fué solo aparente.»

La Iglesia novísima rechaza todo milagro: Jesús es Dios. Y acepta al propio tiempo la maternidad posterior de María, en cuanto mujer, siguiendo á Strauss. La *Biblia* la considera

únicamente como un documento histórico, que se debe someter á la crítica como cualquier otro, «y la completamos, dice Reyes, con las tradiciones ó libros sagrados de los pueblos más antiguos que el hebreo, como China, India, Persia, Caldea ó Babilonia y Egipto, y aun de los filipinos y americanos primitivos».

En una palabra: en el ritualismo, mucho de lo extrínseco del catolicismo; en el fondo, cierta analogía con la doctrina protestante, y en conjunto, un eclecticismo en el cual se percibe la influencia de Kant, de Proudhon, de Renán, de Strauss y otros pensadores avanzadísimos. Con la *acción* procura esta Iglesia quedarse á corta distancia del catolicismo; pero con la *intención* va todo lo lejos que puede: llega al librepensamiento.



La Iglesia Filipina Independiente ha llegado á tener hasta treinta obispos. En la actualidad cuenta con veintiuno. Entre los fallecidos merece especial mención D. Pedro Brillantes, ilocano, el primero de todos que fué proclamado (según queda dicho). Desde su juventud se distinguió por sus virtudes y talento; y en la revista *Iglesia Filipina Independiente* ha dejado de ello repetidas muestras. «Mientras los demás sacerdotes filipinos (leemos), á quienes la opinión señalaba como capaces de llevar á puerto seguro la nave de la nueva Iglesia, por sus títulos académicos, andaban aturdidos y miedosos, Mons. Brillantes aceptó resueltamente el Cisma, y así lo participó al clero y á todas las autoridades civiles de Ilocos Norte » (donde estaba de gobernador eclesiástico romano). — Murió el 25 de Diciembre de 1906.

De los vivos, merecen citarse:

Mons. Ramón Farolan, ilocano, maestro de ceremonias, que fué, y actual delegado apostólico en Cagayán.

Mons. Fortunato Clemeña, caviteño; fué capellán del ejército revolucionario. Por sus años é ilustración, es de los que infunden mayores respetos.

Mons. Gregorio Dizon, pampango. Pasa por un distinguido tratadista de Teología y Cánones. Defendió á Mons. Aglipay cuando éste fué excomulgado por el P. Nozaleda.

Mons. José Evangelista, ilocano; fué cura párroco y vicario por Roma en Ilocos Sur, amén de catedrático del seminario de Vigan, todo ello debido á su buena reputación de hombre virtuoso é instruído. En la actualidad es obispo de Cebú y Mindanao.

Mons. Lorenzo Paloma, bisaya; fué el primero que en las islas Bisayas secundó el movimiento reformista. Desempeña actualmente el obispado de Negros.

Mons. Vicente Ramírez, bicolano; fué cura párroco, por Roma, del pueblo de Lagonoy (Camarines Sur). Tiene fama de instruído, y hoy se halla al frente del obispado de Camarines (Norte y Sur).

El número de sacerdotes se aproxima á cuatrocientos. Todos ellos son filipinos, salvo contados extranjeros. De éstos, son españoles los ex agustinos D. Salvador Pons, D. Rafael Murillo y D. Ricardo Sánchez; el ex dominico D. Agustín de las Heras, y algún otro. El primero de los mencionados, señor Pons, tiene una bibliografía propia muy compleja y muy extensa; posee una gran cultura.

Los fieles suman unos tres millones. Todo el país no llega á tener ocho millones. De modo que, si descartamos los mahometanos, los gentiles y los protestantes, resulta que la Iglesia reformada, á pesar de su cortísima existencia, cuenta con un número de fieles próximamente igual á la Romana. Hay provincias que son casi íntegramente de la Reforma. En las restantes, ni en una sola deja de tener representación la nueva Iglesia.

Lleva ésta publicados algunos libros y folletos, entre los cuales descuellan:

Seis *Epistolas* fundamentales, ó manifiestos relativos á la fundación de la I. F. I.—1902-1903.

*Doctrina y reglas* constitucionales.—1904.

*Catecismo de la I. F. I.*—1904.

*Lecturas de Cuaresma.*—Colección de sermones, por varios obispos.—1906.

*Oficio Divino.* Contiene: el *Evangelio*, la *Misa* y el *Ceremonial.*—1906-1907.

*Biblia Filipina.*—En publicación.

Los periódicos afectos á la Reforma son los siguientes:

*Iglesia Filipina Independiente.* Manila. Revista semanal. Organó oficial fundado en 1903.

*El Grito del Pueblo.* Manila. Diario.

*Kapatid nag Bayan.* («El Grito del Pueblo», edición tagala.) Manila. Diario.

*La Asamblea Filipina.* Manila. Diario.

*El Republicano.* Sampáloc (Manila). Semanario en tagalo.

*El Pueblo.* Cebú. Diario.

*Ang Sugá.* Cebú. Diario.

*El Tiempo.* Iloílo. Diario.

*La Aurora.* Iloílo. Semanario.

*La Verdad.* Manila. Semanario.

Todos redactados y dirigidos por filipinos, excepto el último, *La Verdad*, que lo dirige el pastor americano Mr. Prautch. Y nótese que fuera de tres periódicos escritos en lengua indígena (dos en tagalo y uno en bisaya), los restantes van en lengua castellana, que es la *oficial* de la nueva Iglesia; la cual ha proscrito el latín, aun para las ceremonias, porque dice que es *pagano*; de suerte que la nueva Iglesia contribuye á mantener y desarrollar en Filipinas el idioma de la antigua Metrópoli. Este particular, para nosotros los españoles no puede ser visto con indiferencia: la vida de esa Iglesia garantiza la vida del castellano en el Archipiélago de Legazpi.

## VI

Leer en el porvenir es muy aventurado. Sin embargo, todo induce á creer que la nueva Iglesia subsistirá. Aun en el supuesto de que Roma transigiera, proveyendo todas las mitras en sacerdotes allí nacidos (últimamente ha nombrado obispo de Camarines á un filipino), sobre que la satisfacción llega ya tarde, no debe perderse de vista cuán esenciales son las diferencias de las doctrinas de ambas Iglesias; y las sembradas por la Reforma van penetrando incesantemente en la conciencia popular. Bastarán pocos años para que se extiendan más aún de lo mucho que ya se han extendido, y, una vez arraigadas en toda una generación, se hará muy difícil desarraigarlas. La nueva Iglesia tiene sus seminarios, y lanza frecuentemente á la predicación nuevos sacerdotes. El odio al fraile es irremediable, por hallarse basado en antecedentes políticos llenos de pasión, que han tomado naturaleza histórica; y como frailes y jesuítas son casi los únicos que allí trabajan por sostener el catolicismo, esta circunstancia no deja de contribuir á favorecer el desarrollo de la Reforma. En cuanto á los sacerdotes americanos, pocos en número, son la mayor parte de ellos propagadores del protestantismo, que allí no hará prosélitos por dos razones: la primera, porque la austeridad del culto protestante no se complace con el carácter del pueblo filipino, y la segunda, porque éste repele la psicología yanqui. De suerte que todo parece que redundará en beneficio de la nueva Iglesia.

Nadie ignora las vicisitudes por que pasó la Reforma en Alemania, en Inglaterra y, sobre todo, en los Países Bajos: miles y miles de víctimas produjeron aquellas luchas; y, sin embargo, la Reforma luterana prevaleció: actualmente hay 170 millones de protestantes. En Filipinas, sin luchas cruentas, sin probabilidades de que las haya (pues que el siglo xx

no es el siglo xvi), ¿por qué no ha de prevalecer la Iglesia Nacional? La religión, como todo sentimiento íntimo, tiene algo en su fondo que armoniza con el espíritu de raza; y así, el protestantismo, con su austeridad extrínseca y su gran base racionalista en lo intrínseco, es la que predomina en los pueblos de sangre anglo-sajona; del propio modo que el catolicismo, con su fastuosidad externa y su sentimentalismo interno, es el que predomina en los pueblos de origen latino. Pero ni el catolicismo ni el protestantismo han podido vencer—al cabo de algunas centurias de perseverante trabajo—en los pueblos orientales: así lo acredita la estadística mundial (1). El único pueblo de todo el Oriente ganado para el cristianismo, ha sido Filipinas, á lo que contribuyó por cierto de una manera decisiva la oportunidad con que llegaron á las Islas los misioneros españoles. Los naturales del país eran *gentiles* casi todos ellos, y fué empresa fácil darles una religión. La parte del país que era mahometana, mahometana continúa, no obstante la perseverancia, digna de todo elogio, de los celosos padres jesuítas, por convertirla. (Hablen Mindanao y Joló.)

Ahora bien; Filipinas atraviesa actualmente una crisis que hace época en su historia. Ha pasado brusca é inopinadamente del régimen absolutista al régimen liberal-democrático más avanzado: la Iglesia ha sido separada del Estado; existe libertad de cultos y de pensamiento; y los filipinos han experimen-

(1) El Barón de Sacro Lirio, en su excelente obra *El Mundo en 1908*, da la siguiente estadística religiosa, para los 1.559 millones de habitantes de la Tierra:

|                                        |             |
|----------------------------------------|-------------|
| Budistas y sectarios de Confucio ..... | 460.000.000 |
| Católicos, Apostólicos y Romanos.....  | 263.000.000 |
| Armenios y Coptos .....                | 7.000.000   |
| Mahometanos .....                      | 220.000.000 |
| Brahmanes.....                         | 297.000.000 |
| Protestantes.....                      | 170.000.000 |
| Griegos ortodoxos.....                 | 110.000.000 |
| Judíos.....                            | 11.000.000  |
| Gentiles y sin religión conocida.....  | 108.000.000 |



tado una completa transformación: lo leen todo y lo discuten todo. Y ha venido á resultar que apenas existe uno verdaderamente culto que continúe católico á *la antigua*. Repugnan, eso sí, el protestantismo, pero aceptan la mayor parte de las afirmaciones del racionalismo. La juventud culta de hoy es resueltamente partidaria del libreexamen, como lo es la japonesa. Al compás de tales circunstancias, surge una Iglesia Nacional, cuyos sacerdotes, salvos rarísimos, todos son del país; Iglesia ecléctica en sus doctrinas... Los intelectuales no llegarán á ser, en general, prosélitos de la nueva Iglesia; pero la masa común, ya es otra cosa: porque en último término, esos mismos intelectuales hacen y harán todo lo posible por desviar al pueblo de lo que ellos califican de «rutina». De suerte que todo induce á creer que, si los hombres que mantienen la Reforma perseveran, la Reforma prevalecerá, ó, cuando menos, que ha de causar un daño considerable al catolicismo, que tan arraigado se suponía en Filipinas.

Si la Reforma de que tratamos ha sido una sentencia de la Historia (en la que tanta responsabilidad alcanza á los frailes, pues que, bien mirado, la nueva Iglesia ha nacido al calor del odio á ellos), no se olvide que la Historia es, como dijo Kant, *la justificación de la Providencia*. Por lo demás, «Dios no tiene pueblo predilecto; pueblo de Dios es toda la humanidad», léese en el *Corán*; uno de los apotegmas que nadie con buen sentido dejará de aceptar como axioma. Y viva ó no la Iglesia Filipina Independiente, ¡Dios sobre todo!

W. E. RETANA,

C. de la Real Academia de la Historia.

Madrid: Enero de 1909.

E. M.—Febrero 1909.

3

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL  
ATENEU BARCELONES

## DE LA HUERTA DE MURCIA

---

Sobre fondo en grado tan superior pintoresco y feraz como lo es el de la *Huerta* de Murcia; respirando aquel ambiente, literalmente embriagador en ocasiones, saturado de aromas siempre, y siempre encantador y risueño; recogiendo cual premio y recompensa de su trabajo y sus afanes el fruto por la tierra producido en alumbramiento esplendoroso y fértil; nutriéndose, como parte integrante de la vegetación, casi con la savia misma de que se nutre aquélla, y cultivando la fecunda tierra hoy, conforme la cultivaban sus abuelos — vive tranquilo el huertano, bien que no tan feliz y tan dichoso cual en otros tiempos, á causa de la alteración que ha ido introduciendo en sus costumbres poco á poco la influencia política, elemento perturbador que ha dado al traste con la pacífica vida de las poblaciones rurales y del campo.

Si no del *pater familias* latino, con todas sus derivaciones y consecuencias, aun conserva algo del jefe de familia el huertano, en la forma oriental musulmana, del mismo modo que, bajo relación determinada, en la *Huerta* se conserva el culto del varón, observado en todos los países islamitas. Claro es que no se manifiesta semejante culto de igual manera que en el Africa, por ejemplo, donde es tan superior el concepto que merece el hombre; pero no por ello deja de existir y de influir á veces en las relaciones conyugales. Es, por otra parte, preocupación tan irreductible la que se apodera del hombre al fundar la familia,

y es tanto lo que le obsesiona y subyuga, que, generalmente, en los países civilizados, parece natural en cierto modo el frío recibimiento que á las hembras se hace; y si no llega el caso, como entre los musulimes, de que sea el nacimiento de las hijas causa legítima de divorcio, como si de ello fuere la mujer responsable, y dependiera de su voluntad el sexo de la criatura que arroja al mundo,—no me negará nadie que entre nosotros, el nacimiento de la hembra da con frecuencia origen á graves desavenencias y disgustos en los matrimonios. Recuérdese, si no, lo que en tiempo de las vinculaciones acontecía; recuérdese la famosa *Ley Sállica*, que tantos y tan profundos trastornos políticos originó en nuestra desventurada España; de la cual surgieron las dos nefandas guerras civiles que ensangrentaron casi en totalidad el siglo xix, y á todos nos han hecho verter amargas lágrimas y vestir de duelo, y de la cual procede la amenaza constante bajo cuya pesadumbre vivimos todavía en este siglo xx.

Por que, á despecho de la más ó menos refinada galantería con que el hombre ha mirado y mira á la mujer, principalmente desde que elevó el Cristianismo la condición de la que por antonomasia decimos «bella mitad del género humano»; á despecho de los poetas de todos tiempos, que enaltecieron y sublimaron la mujer en sus versos, es el egoísmo varonil tan poderoso y tan grande como para que, — como dicen, no sin razón, las mujeres,—todo esté hecho para los hombres y á favor de los hombres... Y así, y lo mismo que los musulmanes y que todos los pueblos,—pues este sentimiento es universal y cosmopolita, sin distingos en el espacio ni en el tiempo,—nosotros, los que pertenecemos á países civilizados, seguimos creyendo, como en la antigüedad, que el varón es el sér perfecto, la representación genuina y acabada de la fuerza, de la energía, de la inteligencia y del poder; el continuador y representante de la estirpe; la encarnación de la personalidad de la raza; el anillo fecundante que enlaza y mantiene indisoluble la gran cadena de la humanidad; el sér á quien Dios ha dota-

do de superioridad incuestionable sobre todo lo creado; á quien ha favorecido con cualidades eminentes, y á quien ha escogido para intérprete de su voluntad en la tierra; quien ha difundido y ha defendido sus doctrinas por todo el mundo, y quien ha sabido encadenar y someter á su arbitrio los elementos y los ha convertido en humildes esclavos suyos, y ha señoreado triunfante el Universo por la virtud de su inteligencia, el prestigio de su palabra, y la fuerza de su brazo.

Él es quien dirige y gobierna las naciones; él, el que trabaja y sostiene la vida social; él, quien no rehuye las obligaciones y hace á todo cara, y consume la vida en las rudas faenas de la industria, y en las superiores, aunque no menos rudas, del arte, de las letras y de las ciencias, que comparte á veces con el elemento femenino, aunque no muy gustoso, por juzgarlo usurpación insólita. Dios, el Creador de los cielos y de la tierra, el Sér Supremo y Omnipotente, es del género masculino; masculina fué la creación de la humanidad; hombre se hizo Dios en el vientre de la Inmaculada; de elementos masculinos se rodea con preferencia Dios en los cielos; varones son los ángeles, los querubines, los arcángeles que cantan las alabanzas del Altísimo, cumplen sus órdenes y derraman los beneficios de la gracia sobre las criaturas. Varones fueron quienes designó para predicar Jesús su doctrina salvadora sobre la tierra, como fué varón el Precursor; varones son los sacerdotes de la Ley Cristiana; varón el enemigo de Dios, *et sic de coeteris*.

Todo esto está muy bién; pero en la vida de la familia encumbrada y poderosa, lo mismo que en la de la trabajadora y humilde, el hombre, en realidad, representa mucho y muy importante, y aun de trascendencia. La soberbia y el desvanecimiento quisieron hacer, contra la ley natural, perpetua la vida social del individuo con el nombre, é idearon el vínculo para que la estirpe no se extinguiera nunca, ni desapareciese el apellido del fundador, ni se amenguaran su fausto y su grandeza. El hijo varón era quien únicamente podía por naturaleza realizar en la sucesión de los tiempos el milagro; y por ello,

el nacimiento del primogénito era recibido con incomparable júbilo; pero como no siempre la naturaleza respondía á los deseos del fundador, hubo precisión de suplir las deficiencias por medio de subterfugios legales que el nombre perpetuasen por lo menos. En la familia trabajadora y humilde, la necesidad y la conveniencia hicieron preferible el varón, pues éste es quien ayuda al padre, aumenta con su trabajo los ingresos, y por ello, la distinta condición legal entre las que se dijeron *artes liberales* y *artes serviles*. Y en todas las categorías sociales, por los peligros, las contingencias y las incertidumbres que la vida de la mujer trae consigo, el nacimiento del varón, quien puede *sacudir la capa*, es como una bendición de Dios mirado, prescindiendo de la preocupación tan extendida de que acusa mayores energías en el progenitor, y halaga su amor propio.

Por manera que, en justicia, no debe de extrañar lo que en la *Huerta* de Murcia ocurre, pues ha acontecido, acontece y acontecerá hasta la consumación de los siglos en todas partes. Mucho podría decirse respecto de las preeminencias del varón en la familia; pero no creo necesario insistir en ello, viniéndome dejar sentado, por lo que al huertano de Murcia se refiere, que estas preeminencias no proceden directamente de la tradición latina, sino de la musulmana, y que prueba fué bien expresiva de ello,—hoy algún tanto debilitada,—el hecho de que mientras el padre y sus hijos varones, mancebos ó zagales, es decir, púberes ó impúberes, se sentaban á comer á la mesa, pequeña y baja, como en toda Andalucía,—la mujer y las hijas comían de pie, en el suelo, sobre el arca ó andando, al mismo tiempo ó después de haber servido á los varones.

En las bodas había también grandes reminiscencias del propio origen. En el campo de Murcia, y ya probablemente en la *Huerta*, la novia sale de la barraca para hablar con el preferido de su corazón, como en las grandes poblaciones la obrera y la doméstica, aprovechando todos los instantes que pueden. Para obtener la aquiescencia y la autorización paternas, que son la sanción ambas de los amoríos y la formalización de las

relaciones, había dos procedimientos: uno, bien sencillo y fácil de cumplir, pues llegadas las cosas á tal extremo y concertados los amantes,—el día convenido asomaba el novio á la puerta de la barraca donde con sus padres vivía su adorado tormento, y sin trasponer el umbral, decía solamente:

—¡Dios guarde!

—Pasa alante—le contestaban de adentro.

Entonces, el galán se dirigía sin pronunciar más palabra al *jarrero* que hay en las barracas todas sobre el *tinajero*, echaba allí largo trago de agua fresca al aire, y gallardamente se limpiaba después los labios con el envés de la mano, afectando calmosa indiferencia. Si los padres de la muchacha, que estaban ya al tanto, eran gustosos en el noviazgo de la *zagala*, por convenirles á ellos y á ella aquel hombre,—invitaban al pretendiente para que tome desde luego asiento, lo cual verificaba éste sin otras ceremonias, ocupando la silla baja de esparto, inmediata á la de la moza por quien penaba, y así quedaba todo sin más conversación arreglado; pero si, por el contrario, el padre no hacía la invitación, ni decía nada, aquel silencio era más elocuente que un discurso, revelando que no aceptaba ni autorizaba las relaciones, por no creer el novio bueno para su hija, y entonces, el pretendiente, luego de haber con todo despacio bebido el agua del *jarrero*, abandonaba silencioso la barraca, saliendo de ella cabizbajo y triste.

El otro procedimiento no fué sólo privativo de la *Huerta de Murcia*, pues se acostumbró y aun parece se acostumbra en varias regiones de Andalucía. Descríbelo Serrano de la Pedrosa en su novela *El Emperaor*, en *El Cuento Semanal* publicada. Según dicha costumbre, el peticionario se persona en la casa de la novia, llevando «una cayada ó una tranca, adornada con cintas de colores vivos», la cual presenta «al futuro suegro», invitándole «á que acepte ó rechace el compromiso». «Si el padre de la novia lo acepta, toma la porra, la entrega á la novia, y ésta la cuelga de las paredes de la casa.» «Este es el *iporra adentro!*, que reciben con estruendosa algazara los

testigos de la ceremonia.» «En el caso contrario, el padre toma la cayada, y la arroja lejos de sí, diciendo: ¡porra afuera!»

«Pero este caso, que equivale á mandar al novio á la porra—concluye,—no sucede nunca.»

Suele ocurrir que aun aceptado por los padres, ya en una, ya en otra forma, la zagala *le dé torta ó calabazas*, por causas y razones especiales que ella tenga, ó porque el comportamiento del pretendiente, después de formalizadas las relaciones, no haya sido lo que debiera ser y esperaba *la nena*. Mas si nada de esto hay, y los novios continuán entendiéndose, una vez declarados *de oficio*, que podría decirse, los amores,—iba el amante huertano á ver la novia «de quince en quince días ó cosa tal»; y aunque se veían tan de tarde en tarde, no importaba: que «ellos se quieren así *mesmo*, y ni se hacen traición, ni saben qué es eso..., como no vaya el *señorico* á la barraca, cosa que suele hacer las más tardes», según escribía en 1845 D. Luis Alarcón y Fernández Trujillo (1). No tiene hoy ni tanta parsimonia ni tanta paciencia la gente moza, al cabo de más de medio siglo que ha transcurrido desde que fué consignada tal costumbre; y muy poco ha de quedar también de aquella otra, según la cual, los domingos y días de fiesta, después de oída en la Catedral de Murcia la misa, y luego de comer, iba el mozo á casa de la novia, y se sentaba á su lado, «sin más que decir á los padres y demás personas que estaban con ellos: *güenas tardes*», siempre «con la *montera*, y la *manta* y el *palo* encima». Así solían estar «juntos *mano á mano*, tres, cuatro ó más horas», durante las cuales hablaban «media docena de palabras cada media; si llegaban; ella, mirando el suelo, se componía los alfileres del pañuelo, y alguna vez ojeaba al novio, el que, por su parte, estaba con su palo monstruo haciendo un hoyo en el suelo, muy capaz... de plantar en él un *llorón* joven, una *morera* ó unas *parras*» (2).

(1) *El Huertano de Murcia*, artículo publicado en el *Semanario Pintoresco Español* del año referido.

(2) Alarcón y Fernández Trujillo, art. cit.

¡Dichosos tiempos de candidez aquéllos, que ya pasaron!

Aquí en la *Huerta*, como en todas partes, es el padre del novio, si vive, quien hace oficialmente la petición de mano, cuando las cosas han seguido la marcha natural, ordenada y conveniente. Y en tal ocasión, hogaño como antaño, y puestos de acuerdo en los preliminares los que han de ser consuegros, llámase á la zagala, quien aparece toda ruborosa y trémula, é impuesta de lo que significa solemnidad tan ceremoniosa como indispensable, de la cual tiene ella de sobra noticia previa, una vez enterada del beneplácito y de la aquiescencia de sus padres, sin más rodeos y en su presencia y con su intervención las más de las veces,—pues pasión no quita conocimiento,—se entra de lleno en la cuestión metálica, que es la principal y más importante en el matrimonio, lo mismo que en todas las cosas de la vida.

Es en ésto,—bien que con alguna alteración, sin embargo,—en lo que se ha perpetuado con mayor prestigio la tradición musulmana. Más galantes las costumbres musulmicas en el particular que las nuestras, establecen sea el presunto marido quien dote á la mujer, y debe darle «cama ó *axuar* con cumplimiento de casa; sy fuere aldeana, quel den *axuar* segunt usan en las aldeas; et sy fuere de la villa, quel den *axuar* asy como de la villa», conforme se expresa terminantemente en el título XV de las muy curiosas *Leyes de Moros*, dadas á conocer por el maestro inolvidable D. Pascual de Gayangos en el *Memorial Histórico Español*, que sigue publicando la Real Academia de la Historia.

En la Huerta de Murcia, es la novia quien lleva el *ajuar*; y éste, con arreglo á los medios de que disponen los padres de aquélla, y á su categoría y á su rango, es ó el que llaman *ajuar entero*, ó el que dicen *ajuar doble*, ambos los de mayor rumbo,—y que parece han de concertar con el *axuar* que debían recibir del pretendiente las mujeres musulmanas que en la villa ó en la ciudad habitaban,—ó es, por último, el humilde *medio ajuar*, con el que la mayor parte de las lindas huerta-



nas ha de conformarse á la fuerza por no haber otra cosa, y que, salvo las alteraciones de los tiempos, como una gota de agua á otra, ha de asemejarse, ó mucho me equivoco, al que podían aspirar las aldeanas, según las *Leyes de Moros* que he mencionado.

La zagala, que ha tratado largamente ya este asunto con sus padres, y sabe lo que pueden hacer éstos, y por tanto, la clase de *ajuar* que lleva,—toma la palabra entonces, hace relación al futuro suegro de lo que al matrimonio aporta, y como según sea el dicho *ajuar* habrá de ser lo que han de regalarle los padres del venturoso mortal que ha de poseerla honradamente y según manda la Iglesia,—pide ella, y los otros conceden ó regatean, hasta venir á un acuerdo, conseguido el cual, tiene desde aquel momento el novio autoridad para hablar con su prometida por las noches, avisándola de su presencia por medio de los característicos *relinchos*, que así se llaman las inarticuladas y agudas señas que resuenan estridentes en medio del silencio nocturno é imponente de la *Huerta*, y hacen palpar de dulce emoción á la niña enamorada.

Fijado el día en que ha de recibir ésta los regalos convenidos, y siempre con arreglo á la categoría del *ajuar*, acompañada de su madre, y con el padre del novio comúnmente,—aunque puede también concurrir la futura suegra,—va la novia á la ciudad, á Murcia, á *tiendas*, como dicen. En otros tiempos, era en tal ocasión cuando se compraba la *basquiña*, ya hoy no en uso, y la *mantellina*; y hoy como ayer, cuando se compra las *arracadas* y demás cosas concertadas y prometidas, que vienen á ser al igual de las que podrían llamarse donaciones *propter nuptias*, y de las cuales hace entrega de presente entre los musulmanes el novio, y suelen consistir en alhajas de más ó menos precio, según la clase de los contratantes. Nuestro Aly Bey el-Abbasi nota que «la familia del pretendiente envía comúnmente regalos á la casa de la novia», los cuales en la ciudad y en las bodas de rumbo «son conducidos durante la noche en ceremonia, con gran número de fa-

roles, bujías y hachas, en medio de músicas», y de una banda «de mujeres dando gritos» (1).

Después ó antes de hacer las compras convenidas, y si el tiempo es para ello, han de descansar, y tomar la indispensable *agua de espejiquios*, nombre que dan los huertanos al limón helado, lo cual no impide que á continuación sorban sus vasos de café con leche, y luego otros de horchata; y confortados de tal suerte, es piadosa costumbre la de ir á la Catedral á rezar una salve á la Virgen de la Fuensanta «pa que *ensolline* á los zagales, y dempués les haga bien casaos». Verificadas las compras, yantan juntos en cualquier bodegón ó casa de comidas, y regresan contentos y satisfechos á sus *barracas*, señalando el plazo entonces, dentro del cual han de ser felices los *muchachos*; y como todo llega en este mundo, llegado á la postre el día del casorio, después que el señor cura ha echado la bendición á la dichosa pareja y le ha leído los latines del caso, los novios, con los convidados y parientes— que van de rigurosa etiqueta, llevando sobre los hombros la luenga y parda capa, así haga sol como para pillar un tabardillo, — se encaminan, en pintoresco y regocijado grupo, á la *barraca* de los padres de la recién casada, para celebrar la *boa* con todo el aquél posible que consienten sus recursos, y en la cual son indispensables el arroz con leche, las natillas y el vino.

Los festejos de la boda entre el huertano de Murcia y los musulmanes duran varios días, según la mayor ó menor riqueza de las familias de los novios, si bien son distintas, naturalmente, las ceremonias; pero por lo común, sólo se celebran la *boda* y la *torna-boda*, aquélla, cual queda dicho, en el domicilio de la recién casada, y ésta en el de los padres del novio. En la *boda*, si hay *plato*, una vez apurado el último de los manjares del festín, colocan sobre la mesa una fuente de loza ó una bandeja, en la cual, los padrinos primero, y después los parientes y convidados, van depositando el dinero ó los ob-

---

(1) *Viajes por África y Asia*, t. I, págs. 30 y 31.

jetos con que obsequián al novel matrimonio, distribuyendo entonces entre aquéllos la madre de la novia, rosquillas fabricadas por ella, para que las den á los ausentes en memoria de tan fausto día.

Entre los muslimes, el *plato*, que dicen en la *Huerta* de Murcia, no se expone sino en el cuarto día, llamado *Juarí*, porque precisamente en él es cuando se forma el *axuar* particular de la novia, independiente del que ya entregó á su tiempo el novio.

Durante el día mencionado, las parientes, amigas y conocidas de la recién casada y de la familia, acuden, en Marruecos, á visitarla, y conforme las visitas van entrando en la habitación, van individualmente depositando alguna cantidad de dinero en una bandeja, dispuesta al propósito en medio de la estancia. Semejante ofrenda constituye cierta especie de caja de ahorros, porque cada joven que toma estado, recibe en aquella ocasión de sus amigas el equivalente de todas las cantidades que ella les ha regalado en las propias circunstancias y condiciones, para lo cual se toma nota escrupulosa de lo que cada mujer echa en la bandeja, á fin de devolvérselo el día que se case, si es soltera, repudiada ó viuda. En realidad, lo mismo entre los marroquíes que entre los huertanos de Murcia, tal costumbre no es, con diferente forma, sino la que se observa en todas partes, y que tantas veces he leído en los periódicos, en orden á personajes y familias de alta alcurnia social, política, militar, aristocrática ó bancaria, y todos recordarán conmigo, no sólo las aparatosas exposiciones del *ajuar* de la novia, el *trousseau*, que decimos en buen castellano, sino las largas relaciones de regalos hechos á los futuros y publicadas por la prensa, listas en que figura por su nombre cada uno de los donantes, todo ello á los cuatro vientos difundido por las trompetas de la fama, y que no es, en resumidas cuentas, sino el humilde *plato* de la *Huerta*, ó su equivalente la bandeja de Marruecos, pues la humanidad es siempre la misma, vístase como quiera.

Ritual ceremonioso é imprescindible, que tiene mucho casi de sustancial, es éste de las *bodas y torna-bodas*, que termina siempre con el indispensable bailoteo bajo el emparrado de la *barraca*, después del cual, y cuando han caído ya las sombras de la noche en día tan solemne, como lo es el de la *boda*, es alegremente acompañado el nuevo matrimonio á su vivienda, si es que la tiene, ó se despide de los enamorados cónyuges la concurrencia, si, en caso contrario, han de comenzar aquéllos á vivir en la *barraca* de la desposada, siendo de advertir que, celebrada la *torna-boda*, y reunidas amigablemente las dos familias emparentadas por el casorio de los *zagales*, se ajusta á conciencia entre ellas la cuenta de los gastos ocasionados por la *boda* y la *torna-boda*, y se parten y distribuyen entre una y otra familia con toda equidad y á *prorrata*, quedando ya el matrimonio para en adelante establecido, una vez completamente cumplidas estas formalidades de rúbrica.

De igual manera que tiene el huertano repartidas sus labores agrícolas conforme á las estaciones, tiene también por temporadas repartidos sus diversiones y esparcimientos, no faltando nunca á la costumbre, observada religiosamente, y como lo son en la *Huerta* las fiestas de mayor precepto. Por ello, y conforme recuerda el ilustre murciano D. Lope Gisbert en sus *Historias, escenas y costumbres murcianas*, hace «en rigurosa alternativa *tostones* en Enero, *moragas* en Mayo, *monas* por Pascua de flores, *hogueras* por la Cruz y por San Juan, *tortas* por Navidad, y *bailes* por todo el año» (1); y así,

---

(1) En la *Huerta* murciana, del mismo modo que en varias comarcas andaluzas, llaman *tostones* á los granos de maíz socarrados dentro de la sartén con un poco de agua y aceite, y que no se abren formando *rosas*; la *moraga*, que en los pueblos costeros de Andalucía consiste en cierta manera de asar las sardinas recién salidas del copo, atravesándolas con una caña, y poniéndolas á la lumbre hecha en el hoyo abierto al propósito en la arena de la playa en disposición de que no se ahumen,—en la *Huerta* de Murcia se hace abriendo también un hoyo de poca profundidad en la tierra, depositando en él un puñado de espigas de trigo frescas, cubriéndolo luego de rescoldo, sacándolo después de cinco ó menos minutos, y

entregado de lleno á sus faenas, procurando dar esparcimiento al ánimo como puede, y cumpliendo con todo rigor los hábitos consuetudinarios de la tierra,—nada se le daba de nada antes de la invasión malhadada de la política en los campos, si no se le *corrían* los trigos, le cortaba el *callueso* los pimentonares ó se le colgaba el gusano de la seda, gruñendo y reñendo, en otro tiempo, al ver llegar «á la era la mula del diezmero», quien le arrebatava una parte del fruto de sus sudores, hoy, cuando le apremia el pago de la contribución y el del rento, y entonces y ahora, cuando «la quinta le roba los mejores mozos».

Pero á bien que en todo lo restante del año sabe dar al olvido tragos de tanto amargor cual los citados, recurriendo á sus famosos *juegos*, de que hablaré adelante, y zarandeando el cuerpo á su gusto en continuo bailoteo, pues el *baile* viene á ser para el huertano elemento de vida, y tanto, que hasta en aquellas tan solemnes y tan tristes y tan poco apropiadas ocasiones, como la de la muerte de algún *zagal* de poco tiempo, el dichoso baile es ceremonia indispensable y complementaria. Ya en uno de sus lindos cuadros de costumbres murcianas, lo

---

limpio el grano de la cascarilla, queda suavemente asado aquél, y resulta, según dicen, muy agradable; son las *monas* un equivalente de los que en otras partes llaman *hornazos*, sino que en la *Huerta* y en Murcia conservan la denominación arábica, pues esta especie de tortas, con los huevos enteros y encascarados que entre la masa se colocan, eran, y siguen siendo entre los hijos de Mahoma, objeto de regalo que se hacen recíprocamente las familias en ciertas festividades, y tienen también nombre de *monas*, por lo que, aludiendo á ellas y á los demás presentes de la misma condición que es costumbre cambiar en los países musulmanes, se conserva entre nosotros el retrair de *ir á Tetuán por monas*, el cual se ha entendido de otra suerte, creyendo que realmente se trata de ximios; de las *hogueras* no hay que hablar, pues no son sólo privativas de Murcia, y en cuanto á las *tortas* de Navidad, las hay *bastas*, que son bocado exquisito cuando están bien preparadas y bien hechas, y con las cuales obsequia en aquella ocasión entre otras cosas el propietario á sus labradores, y las hay *finas*, de manteca, que no son tampoco especiales de la tierra, sino comunes en toda Andalucía, sin llegar á la exquisitez de los *polvorones* de Sevilla y los mantecados de Antequera.

describió Martínez Tornél al trazar el del *Velatorio de un ángel*, y recientemente, el autor de *Vida huertana*, á quien he citado varias veces, lo describe a su vez en el artículo que titula *Los Auroros*, haciendo constar que la noticia del fallecimiento de un niño, acaecido en cualquier *barraca* ó caserío, circula «como un relámpago, por los cuatro vientos del Partido, y la gente joven» se da «cita en la casa mortuoria para pasar una noche de diversión á costa de tan sensible desgracia, sin tener en cuenta para nada el dolor... de los desconsolados padres.»

«Poco antes de las ocho—escribe el Sr. Orts, pintando un caso,—empezaron á llegar las familias del vecindario, predominando los mocos y las mozas, que iban provistos de guitarras y castañuelas; en la fachada de la casa se colocó un quinqué de pared como una iluminación de fiesta; todas las sillas... se sacaron á la replaceta, donde la gente joven, ávida de bullicio, formó ancho círculo, después de haber proferido mil lástimas alrededor del muertecito; luego, se oyeron los primeros compases de la guitarra y la primera copla del huertano, y por último, dió principio la velada con un golpe de baile que daba la hora, según el común sentir de los testigos presenciales.» «Las tandas de malagueñas—prosigue—se sucedían vertiginosamente; unas parejas eran relevadas por otras parejas, hasta que no quedó muchacha en el corro que no hiciese alarde de sus habilidades de bailadora, con mil variaciones ó mudanzas.» «Así transcurrieron algunas horas, hasta que las madres de las muchachas concluían por dormirse ó por retirarse al interior de la vivienda, dando al traste con la vigilancia que ejercen de ordinario sobre sus hijas, y entonces se convirtió la reunión en algo así como un berengenal, donde iban manga por hombro ciertos respetos y miramientos de la juventud.»

«Lo extraño es—observa,—que á las muchachas de la *Huerta* se les deje la sogá larga en noches de velatorio, sin temores ni precauciones de ningún género, cuando todo el año viven esclavizadas dentro de sus casas, sin que les sea permi-

tido ir solas ni al portal de la calle; cuando se les censura hasta el simple hecho de que pasen por la puerta de la casa del novio, y cuando no pueden sostener conversación con los hombres sino á presencia de la familia.» «La tal costumbre—concluye—es sin duda una reminiscencia de aquellos usos antiguos, cuando todo el mundo vivía á la buena de Dios en este paraíso del Segura (1).»

Yo no sé de qué raza ni de qué tiempo sea, no la costumbre de que las madres en los velatorios descuiden la vigilancia de sus hijas mozas, sino la de que la muerte de un niño sirva de pretexto para que los muchachos de ambos sexos pasen una noche de jolgorio cantando y bailando regocijadamente. Ello, sin embargo, ha de tener un origen y una explicación piadosos. Es un ángel que vuela al cielo. Es un alma que, limpia y pura de toda mancha, sin haber experimentado ninguna de las miserias terrenales, vuelve á la mansión celeste sin tribulaciones ni responsabilidades. Dios la recibe y acoge piadoso en su santo seno, y los cristianos, que en ÉL tienen puestas su fe y sus esperanzas, manifiestan su regocijo por ello... Tal parece hubo de ser el origen de este inoportuno bailoteo, acompañado del cante; pero como todo se pervierte y se desnaturaliza, lo que debía ser expresión de cristiano regocijo, puro y sin mezcla de liviandades, se ha convertido con el tiempo en cierta manera de saturnal impía, que debe acibarar la honda pena de los padres, para quienes no hay consuelo en la pérdida de un hijo.

No tengo tampoco noticia de que en la Huerta de Valencia—que tantas analogías ofrece respecto de la de Murcia—exista costumbre semejante, aunque hay otras que no se practican ó no son conocidas, en el que llama Orts «Paraíso del Segura». En éste, «en medio de la entrada [de la vivienda] sobre una *mesa de cocina* cubierta con un paño blanco», se coloca tendido «el cuerpecito exánime» de la criatura fallecida, «con la cabeza reclinada en la misma almohada de la cuna..., amortajado con un

---

(1) *Vida huertana*, págs. 27 y 28.

sudario de zafiro de color de cielo; las manos cruzadas sobre el pecho, en actitud piadosa; los labios entreabiertos, como si le hubiese sorprendido la muerte en el momento de modular una sonrisa; los ojos cerrados por las propias manos de su madre..., y la pálida frente ceñida con una corona de rosas del Borneo», y «todo el tablero de la mesa... cubierto de geráneos y pensamientos (1).»

La elegante pluma de Blasco Ibáñez, novelista insigne, y tan profundamente conocedor de las costumbres de su tierra, nos hace saber que, también como en Murcia, se coloca en la Huerta valenciana, «en el centro de la entrada» de la vivienda, «la *mesita blanca de pino*», en la cual come la familia, y que es equivalente á la *mesa de cocina* de Murcia; que si en ésta se cubre con un *pañó blanco*, en Valencia se tiende primero sobre dicha mesa «*una sábana*», cuyos extremos son recogidos convenientemente con alfileres, «encima... una colcha de almidonadas randas, y sobre ella el pequeño ataúd», llevado de la ciudad, «una monada...; un estuche blanco galoneado de oro, mullido en su interior como una cuna», y en el cual es depositado el cadáver, cuyas últimas galas consisten en «la mortaja, de gasa tejida con hebras de plata, las sandalias, la guirnalda de flores, todo blanco, de rizada nieve, como la luz del alba».

Respetando religiosamente el huertano de Murcia las huellas aterradoras de la muerte, con caracteres indelebles impresa en el semblante de la criatura; pero en la Huerta de Valencia, después de vestido «el cuerpecillo frío» con aquellas galas que simbolizan la pureza del *albaet*, y de haber ceñido sus sienes con la mencionada «guirnalda, un bonete de flores blancas con colgantes... sobre las orejas; un adorno de salvaje, semejante á los de los indios de ópera», como escribe Blasco Ibáñez,— la «piadosa mano» de la madre, siguiendo tradicional y cruel costumbre, cuyo origen no se me alcanza, pero que tiene algo de profanación y mucho de gentilismo á lo que parece, «em-

---

(1) *Vida huertana*, pág. 26.



peñada en terrible batalla con la muerte», pugna por dar apariencias de vida á aquel semblante amarillento y helado, tiñéndole «las pálidas mejillas de rosado colorete», y los labios ennegrecidos, «con una capa de encendido bermellón», como pugna por abrirle «desmesuradamente los flojos párpados», que vuelven «á caer, cubriendo los ojos mates, entelados, sin reflejos, con la tristeza gris de la muerte»; de manera que con la «guirnalda extravagante» y la «cara pintada», queda la pobre criatura hecha «un mamarracho». Luego, y concluído de aquella suerte el fúnebre tocado, llenan «de flores los huecos de su caja; flores sobre la blanca vestidura, esparcidas en la mesa, apiladas formando ramos en los extremos... la vega entera, abrazando el cuerpo» del niño, «extendiendo sobre» él «una oleada de perfumes y colores» (1).

Por lo aficionada que es la gente moza de la *Huerta* á divertirse con cualquier pretexto, sacándole punta á todo, según en todas partes también ocurre, pues la juventud tiene sus fueros naturales, y porque no descuida aprovecharse de cualquier ocasión que para ello se presente,— díjose un tiempo en Murcia, y no sé si se seguirá diciendo todavía con relación al huertano, que

el que va á San Cayetano,  
sale de Nazareno,  
y pasa la canal,  
es asno cabal;



pero á pesar de este retraire, tan poco lisonjero para la gente de la *Huerta*, los murcianos mismos no desdeñan tomar participación bien activa ni en la famosa fiesta de los *Alcázares*, ni en la romería de San Cayetano, el 7 de Agosto en Monteagudo, ni el día de la Virgen de la Asunción, ni en casi ninguna de las festividades, principalmente, aunque ya con carácter más señorial, en las de Semana Santa, en que se lucen los famosos *Pasos* de Salzillo, en la *Cabalgata* que les sucede inme-

(1) *La Barraca*, págs. 166 á 168 de la ed. económica.  
E. M.—Febrero 1909.

diatamente, y en la *Batalla de Flores* que se celebra en la *Glorieta* desde hace algunos años, como término, remate y complemento de las solemnidades del tiempo santo, y que tanto forastero lleva á Murcia.

Ocasión en la cual se halle junta la gente moza, motivo es en todas partes de regocijo, de broma y de alegría; así es que la operación del *desperfollo*, en la que se hace la limpia de las mazorcas ó *panochas*, arrancándoles la hoja que envuelve las espigas, y que se verifica en las hermosas noches veraniegas, aquí como en las Asturias, donde tiene nombre de *esfoyaza*, da pretexto para que se reúnan zagalas y zagales y procuren divertirse como pueden. En la replaceta de la *barraca*, ó en el interior de la vivienda, si tiene capacidad para ello y la cosecha del *pañizo* lo consiente, y en derredor del montón más ó menos voluminoso formado por las *panochas* recién cogidas, acomódanse los *desperfolladores*, sentados á la oriental usanza, y mezclados los dos sexos. Componen la reunión ya individuos de la misma parentela, ya los de familias amigas, y no hay que decir cómo los novios aprovechan la coyuntura para sentarse juntos y cambiar entre sí, cuando les es posible, algo más que palabras.

La animación y el bullicio, entre risotadas, gritos y parloteos inacabables, dan á la operación especial carácter desde un principio. Las *panochas* menudas son así completamente despojadas de los apretados cendales que las oprimen, y separadas en espuestas nuevas, colocadas al propósito; las más gruesas, libres de la envoltura, quedan, no obstante, con «un mechoncito de *perfollos*, para ensoguillarlas después en grandes *horcos* ó *rastras*, que los labradores cuelgan en la *cámara* para que se vayan secando.» Cuando sale alguna *panocha colorá*, se abrazan y aun se besan con grande algazara y bulla los *desperfolladores* de ambos sexos, persiguiendo los mozos á las mozas que se resisten á la costumbre, y dando carreras detrás los unos de las otras, con escenas que, al decir de los escritores locales, «pasan de castaño obscuro», sin que nadie se dé por

ofendido á causa de semejantes libertades, que, en otras circunstancias, no serían en modo alguno toleradas (1). El *desperfollo* termina comúnmente con un *baile*, el cual suele tener á veces remate no del agrado de los bailadores, bien por alguna demasía, bien por celos de algún mozo, bien por *gracia* de cualquiera, ó por otra causa análoga, caso en el cual, y al percatarse de ello, *echa el cantaor el roque* con la copla:

Por allí viene Roque  
por el cabezo,  
con unos calzonazos  
que mete miedo.

Al escuchar el *roque*, enarbolan sus *plantones* los mozos, matan la luz del primer golpe, y llueve sobre los circunstantes, sin distinción posible, espesísima nube de *plantonazos*, siendo maravilla que no salga á relucir alguna navaja ó algún cuchillo, y que alguno ó algunos de los *desperfolladores* no pague el pato, llevando para toda su vida, si la cosa no es más grave, señal indeleble de la fiesta.

Reminiscencia harto pervertida y degenerada de costumbres cristianas, que arrancan desde los mismos tiempos medioevales, son, sin duda, los *juegos* proverbiales en la *Huerta*, cuyo tiempo natural era el de la Pascua que á la Cuaresma sigue, los cuales no son privativos ciertamente de Murcia, pues han existido en toda Andalucía casi con igualdad de caracteres, según demuestra el docto y malogrado académico de la Historia D. Emilio Lafuente y Alcántara, en el erudito *Discurso preliminar* con que encabeza la *Colección escogida de segui-*

(1) En Asturias, para hacer la *esfoyaza*, cada día acuden los vecinos, generalmente los jóvenes, «á casa de uno de ellos, para ayudarle», igual que en Murcia. Palacio Valdés dice que se reúnen «en una estancia mozos y mozas á la luz de un candil», y pasan «la velada alegremente, bromeando, cantando, requebrándose, mientras poco á poco las doradas espigas» salen «de su envoltura, y se enristran para adornar después los corredores y los hórreos», como se ensoguillan y se cuelgan en la *cámara* de la barraca murciana. (*La Aldea perdida*, cap. XIV.)

*dillas y coplas* que, con el título de *Cancionero Popular*, dió á luz en 1865. Generalmente aprendidos y ensayados, constituyeron la delicia de otras generaciones; y aunque en su principio fueron inofensivos y tolerables, han ido poco á poco degenerándose y descomponiéndose, hasta el extremo de que no sea posible asistir á ellos, pues los salpimentan de tal suerte en palabras y ademanes, que producen, en realidad, escándalo.

Entre otros muchos *juegos* que podrían ser citados, son de recordar el del *Embozado*, cuadro mímico, de un solo personaje, el cual se presenta ante la concurrencia completamente envuelto en una larga capa que le encubre todo, y cuando mayor es la expectación, se desemboza de repente, apareciendo en cueros vivos, y echando á correr después de haberse dado en espectáculo; el *juego del Galápago*, el *del Licenciado*, en el que el principal papel corresponde á una vasija de retrete; el *de la Zorra*, que corre parejas con el del *Embozado*, y el famoso pasillo *El Paje de la llave*. Analogías presenta con el juego de *El reinado*,—del que todavía se conserva en los pueblos del alto Aragón vivo recuerdo, como hace constar mi Padre en el tomo VII de su tan explotada *Historia crítica de la Literatura Española* (págs. 467 y 468),—la tradicional fiesta *de los Reyes*, que se celebra en el Palmar ó Lugar de Don Juan, así llamado por haber pertenecido en el siglo xvi ó el xvii á D. Juan Berástegui.

La farsa, que es todo lo primitiva que teatralmente puede considerarse, es parte de cierto poema dramático de D. Gaspar Fernández y Ávila, que constituye el coloquio de la *Adoración de los Reyes*. Para formar idea del aparato escénico, copiaré aquí las indicaciones hechas al pie del manuscrito del coloquio que poseo, según las cuales, «los tres reyes magos salen montados en sus caballos, y cada uno de ellos lleva un volante agarrado del diestro.» «Uno viene por el Mediodía, otro por Levante y el otro por Poniente, y en el Calvario del Palmar se halla un ángel á caballo, con una estrella en la mano, suspendida por un alambre, que figura estar en el aire.» «Los

reyes se dirigen á la estrella, y al llegar al punto donde ésta se hallaba, se les pierde, marchando por las calles en su busca.» «El pueblo, al verlos, los victorea, y entonces, Herodes, que está en su palacio, sale al balcón, y se encuentra con sus ministros; les pregunta la novedad, y le dicen que hay tres reyes extranjeros; y viendo las grandes aclamaciones, manda á sus guardias que los lleven á su presencia.» «Enfrente del balcón del rey Herodes hay un tablado, desde el cual hablan los ministros con el rey.» «Después de dichas las relaciones, se van á Belén, que figura ser la iglesia; se reúnen en ella los tres reyes, y el ángel, antes de empezar la misa, dice su relación, que empieza con los siguientes endecasílabos:

Oye, pueblo gentil, enjuga el llanto;  
deja ya de sentir, cese el quebranto;  
conviértase la pena en alegría,  
pues del claustro virgíneo de María  
el de nueva salud, Autor divino,  
ha nacido á enseñaros el camino, etc.

Los trajes, tal como los describe otra nota del manuscrito, son: «Herodes, un túnico talar, corona y espada.—El primer ministro, *traje hebreo*, y el segundo, *traje judío*.—El rey Baltasar, *vestido de moro*, con turbante y media luna.—El rey Gaspar, con corona y capa, y el rey Melchor, igual al anterior.—El Angel, *el propio suyo*, con dos grandes alas.» «Las capas de dichos reyes son blancas, verdes y coloradas, con pantalón largo y ancho, del mismo color de las capas, con petos del mismo color, bordados con *antejuela*», esto es, lentejuelas.

Por esta descripción de la indumentaria de los personajes en el coloquio á que aludo, puede el lector formar juicio de lo que será la fiesta. Pero así y todo, es tradicional, como los trajes, y la concurrencia se entusiasma y se conmueve. Quien suele pagar por todos es el pobre *Angel*, que tiritita de frío dentro de las mallas que constituyen el *traje propio suyo*, y suele coger una pulmonía que da con él en el cementerio...

Bien quisiera haberme detenido algo más en los *juegos* y en esta fiesta del Palmar, como me propuse; el temor de hacer demasiado largo y erudito el presente trabajo me lo han impedido, siendo suficiente lo indicado para que se evoque el recuerdo de aquellas *farsas* y de aquellas *églogas* de los tiempos medioevales, con las que celebraban los magnates y los pueblos ciertas solemnidades. También me había propuesto hablar del *gusano de la seda*, de la antigua industria textil casera, ya abandonada, y de otras cosas curiosas de la *Huerta* de Murcia; pero las razones indicadas me lo impiden. Doctores tiene la Iglesia, y escritores Murcia, que han sabido, saben y sabrán pintar con propio colorido todo esto, y mucho mejor que podría hacerlo yo por mi parte, murciano honorario, á quien encanta aquella bendita tierra. A ellos me remito, con la esperanza de que si en las producciones de Martínez Tornél, de Gisbert, de Marín Baldo, de Díaz Cassou y de otros autores locales hubiere deficiencias, que no lo creo,—el moderno pintor de las costumbres de la *Huerta*, D. Luis Orts, habrá de salvarlas discretamente, sobre todo, si se aparta del espíritu tendencioso de su *Vida huertana*, y se limita á reproducir lo que subsiste de aquellos hábitos singulares, que se van poco á poco esfumando á influjos de la vida moderna.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

# MÉJICO

(ESTUDIO GEOGRÁFICO, ECONÓMICO Y POLÍTICO)

---

Voy á dar á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA algunas impresiones sobre aquel país, recogidas por mí en observación personal y directa durante el año que permanecí en la República mejicana (Octubre de 1906 á Septiembre de 1907), en cumplimiento de la misión científica que allí me llevó.

La República de los Estados Unidos Mejicanos, que así se titula oficialmente, figura hoy con la República Argentina á la cabeza de todas las modernas naciones hispanoamericanas, y no es aventurada la afirmación de que, siguiendo su marcha progresiva actual, figurará muy pronto entre las primeras naciones del mundo.

La extensión territorial de la República mejicana es de dos millones de kilómetros cuadrados, es decir, cuatro veces mayor que España, y su población, según los últimos datos, de 13  $\frac{1}{2}$  millones de habitantes, resultando, por lo tanto, una población relativa de siete habitantes, próximamente.

Su situación geográfica está comprendida entre los 32°,25 y los 15 latitud N. y los 98° y los 117 longitud O. de Greenwich. Hay que advertir que por la costa oriental, ó sea la bañada por el Océano Atlántico (golfo de Méjico), la latitud máxima apenas llega á los 26°.

La climatología de este país es de una variedad tal, que difícilmente llegará á igualarla ningún otro país del mundo. Es esto debido á la combinación de los efectos resultantes de la situación geográfica del país y de su sistema orográfico, el cual presenta grandes y variadas altitudes. Así resulta que, situado Méjico en la zona tórrida y en la templada del Norte, en la proporción aproximada de las dos terceras partes y una tercera parte, respectivamente, y no debiendo tener, por este motivo, más de dos climas, caliente y templado, haya, sin embargo, cuatro regiones climatéricas distintas, y son las siguientes: calientes, templadas, frías y glaciales. Todos los climas del mundo, desde el tórrido al glacial, se encuentran en este país.

Es muy difícil señalar las partes del territorio á las cuales corresponden las diversas regiones climatéricas, porque la irregularidad de la orografía mejicana determina variadísimos accidentes en la naturaleza del terreno, en el régimen de las lluvias y en el de los vientos reinantes, factores todos que tanto contribuyen á modificar aquellas condiciones climatológicas que se derivan de la situación geográfica y de la altitud.

De un modo general puede decirse que son *zonas calientes* las costas y todas aquellas regiones situadas desde el nivel del mar hasta los 500 metros de altitud. Pertenecen, por lo tanto, á *tierra caliente*, como allí se dice: en el litoral del Atlántico (golfo de Méjico), los Estados de Tamaulipas, Veracruz, Tabasco y la península de Yucatán; en el litoral del Pacífico, los Estados de Sonora, Sinaloa, Jalisco, Colima, Guerrero, Oaxaca, Chiapas, el territorio de Tepic y parte de la Baja California; en la parte central del país, el istmo de Tehuantepec y los planos bajos de la Sierra Madre, así como la mayor parte de la cuenca del río Balsas. Hay que advertir que los Estados litorales, así del Atlántico como del Pacífico, sólo pueden ser comprendidos en la región caliente en la parte bañada por el mar. De los Estados situados en el centro del país, y en la meseta del Sur, pertenece á tierra caliente el de Morelos, cuya capital, Cuernavaca, al mismo tiempo que una población hermosa, es una ani-



mada estación de invierno, muy favorecida por excursionistas extranjeros, norteamericanos principalmente. En las zonas calientes, la temperatura media es de 30° centígrados.

Se considera como *zonas templadas* aquellas en las que la temperatura media oscila entre los 20° y los 25° centígrados. Pertenecen á ella, en general, los lugares y regiones situados entre los 500 y los 1.500 metros de altitud. Poseen territorios comprendidos en las zonas templadas, además de la mayoría de los Estados antes dichos, los de Nuevo León, San Luis de Potosí, Aguascalientes, Zacatecas, Durango, Guanajuato, Querétaro, Hidalgo y Michoacán.

Por *zonas frías* se entiende aquellas cuya temperatura media oscila de los 10° á los 20° centígrados, y á ellas pertenecen las regiones situadas entre los 1.500 y los 3.000 metros de altitud. Son muchos los Estados cuyo territorio corresponde en gran parte á las zonas frías, pero más señaladamente los de Chihuahua, Coahuila, Méjico y Puebla. Estos dos últimos Estados, sobre todo, tienen un clima tan variado, que en ellos existen regiones pertenecientes á las cuatro zonas.

Como *zonas glaciales* se considera á las regiones cuya altitud excede de los 3.000 metros, y son, en general, las cumbres de las montañas más elevadas, verdaderas regiones de las nieves perpetuas algunas de ellas. Tales son las *Cumbres de Maltrata* y el *Pico de Orizaba*, en el Estado de Veracruz; el *Popocatepetl* y el *Yxtacihuatl* entre los Estados de Méjico y Puebla; todos ellos con alturas que exceden de 5.000 metros; el cerro *Nevado de Toluca*, en el que se encuentra la linda ciudad de Toluca, capital del Estado de Méjico; *La Malinche* y el *Cofre de Perote*, este último en la Sierra Madre oriental; la altitud de todos los cuales excede de 4.000 metros, y el volcán de Colima en la Sierra Madre occidental, *Ajusco* y el *Pico de Tancitaro*, cuyas alturas se aproximan á 4.000 metros.

La sucesión de las estaciones se verifica con bastante regularidad en las zonas frías. En las templadas y calientes puede decirse que, como en las regiones tropicales, sólo hay dos esta-

ciones ó períodos: el de las lluvias, que dura generalmente de Mayo á Septiembre, y el de la sequía, el resto del año.

La ciudad de Méjico, capital de la República, es una gran población. Se halla situada en plena zona tórrida (18°, 40 latitud N.) y casi en el centro de un gran valle circular (el valle de Méjico), que forma un ligero plano inclinado, cuya parte más baja es el lago de Texcoco.

La altitud de la ciudad de Méjico es enorme. Se eleva á 8.400 pies ó sean 2.300 metros próximamente. Esta circunstancia modifica por completo el clima de aquella capital, que, aunque los naturales del país lo consideran como extremo, de frío en invierno y de calor en verano, á mí me ha parecido de una continua primavera. Sin embargo, una mañana del mes de Enero del año que yo estuve allí, aparecieron las calles cubiertas de una ligera capa de nieve, cosa excepcional y extraordinaria en aquella capital.

El perímetro de la ciudad es inmenso, porque las casas son, por lo general, de poca elevación. Las calles son anchas y rectas, de longitud interminable y, en su mayoría, bien urbanizadas. El movimiento, durante el día, es muy grande, y los tranvías eléctricos, con carruajes de grandes dimensiones, vienen y van constantemente por todas partes, circulando casi siempre llenos por todas las líneas y á todas las horas. Durante la noche, el movimiento cesa desde las primeras horas, pues el comercio cierra en su mayor parte entre siete y ocho, y la animación callejera desaparece casi totalmente.

Fuera del casco principal de la ciudad han sido edificadas barriadas de elegantísimos hoteles, entre las cuales merecen ser citadas la colonia de San Rafael, la de Santa María y las de Juárez y Roma. También existen alrededores muy pintorescos, como Tacubaya, Mixcoac, San Angel, Popotla, Atzacozalco, Coyoacán, Churubusco y Tlalpan.

Todos estos alrededores están unidos á la capital por frecuentes y rápidos servicios de tranvía.

Es digno ornato de la ciudad el bosque de Chapultepec,

donde también se encuentra el castillo de su nombre, que sirve de residencia veraniega al presidente de la República y de albergue á la Escuela Militar. Chapultepec es el más favorecido de los paseos de Méjico, y á sitio tan pintoresco conducen tres grandes vías diferentes: la del tranvía para Tacubaya y San Angel, la magnífica Avenida de la Reforma, camino que siguen todos los carruajes, y una carretera alquitranada especial para automóviles.

Por el número y la variedad de los carruajes y por el lujo y elegancia de las damas, el paseo de Chapultepec resulta por las tardes de un efecto sorprendente.

Pero hagamos alto ya en esta labor descriptiva de Méjico, y entremos en la vida del país.

\* \* \*



El que visita por primera vez la capital de Méjico recibe una gratísima impresión. Esto sucede, por supuesto, en el caso de aquellas personas que llevan su ánimo libre de preocupaciones y de cuidados apremiantes. Aquellas otras cuyo espíritu está dominado por los anhelos de la aspiración todavía no lograda y por las inquietudes que produce la escasez de medios frente á la urgencia de las necesidades, como en general ocurre con nuestros emigrantes, no pueden recibir impresiones gratas ni allí ni en ninguna otra parte, mientras no se vean colocadas en el camino de la realización de sus deseos.

Pero aquella agradable impresión se convierte en un verdadero estado feliz desde el momento en que, comenzado el trato social, dan principio también las relaciones y las amistades. Yo puedo asegurar que durante el tiempo que permanecí en Méjico, ni un momento siquiera tuve ocasión de pensar que me hallaba fuera de mi patria y á mucha distancia de ella.

Y esto se debe al trato afectuoso y finísimo de los hijos de aquel país, como consecuencia de su carácter dulce y hospitalario y de su cultura.

Por aquí se tiene la idea de que la cultura, en general, sólo se encuentra en Alemania, Inglaterra ó Francia, así como en la joven República hispano americana se considera también que es inútil pretender buscarla en España. Esto constituye un doble y notorio error, que todos los que hemos hecho estudios y observaciones sobre este particular debemos procurar desvanecer.

Nada voy á decir ahora de lo que se refiere á España, porque no es el objeto de este artículo, en el cual sólo se trata de Méjico. Para mis trabajos de colaboración en la prensa mejicana reservo el dar á conocer allí á nuestro país, como en mis publicaciones en España procuro dar á conocer á Méjico, y así, de este modo, contribuyo en la medida de mis fuerzas á estrechar las relaciones entre ambos países.

La instrucción pública en la nación mejicana es uno de los objetos de mayor y más constante atención, así por parte del Gobierno federal, como de los Gobiernos de cada uno de los Estados de la República.

La enseñanza pública se divide en tres grados: elemental ó primario, secundario ó preparatorio, y superior ó profesional. Es gratuita la enseñanza en todos sus grados, y obligatoria además en el grado elemental.

Se da en Méjico una gran importancia á la enseñanza primaria, la cual se divide en dos períodos, elemental y superior, y este último en dos clases, general y especial.

El período elemental y la clase general del período superior en la enseñanza primaria ofrece mucha analogía con el cuadro de estudios de nuestras escuelas.

La enseñanza primaria superior especial comprende para los varones estas cuatro secciones: industrial y de artes mecánicas, comercial, agrícola y minera, y para las hembras, las dos primeras solamente.

Con esta organización, claro es que no existe allí el tipo del maestro único, enciclopedista de ocasión, al frente de cada escuela. El personal docente en las escuelas de primera ense-

ñanza superior se compone de un director ó directora, un profesor ó profesora por cada grupo de cuarenta alumnos en los cursos de enseñanza general, y otro por cada grupo de treinta en los cursos de enseñanza especial. Además, hay profesores especialistas para aquellas materias en las cuales su concurso se considere necesario.

Siguiendo en esto el ejemplo de los Estados Unidos, no sólo se procura en Méjico la instrucción de la infancia, sino también su robustecimiento por medio de la educación física. Por eso en todas las escuelas, además de los cursos generales y especiales, son obligatorios los ejercicios físicos, militares, gimnásticos, trabajos manuales, canto y juegos libres. En estos ejercicios se invierte hasta la cuarta parte del día escolar.

La enseñanza secundaria, también llamada preparatoria, tiene como fin pedagógico el desenvolvimiento y difusión de la cultura general por otros métodos distintos de los seguidos en la enseñanza primaria y la preparación, además, para la enseñanza superior, ó sea el último grado de la instrucción pública.

El plan de estudios es parecido al de nuestra segunda enseñanza, y los establecimientos á cuyo cargo corre este segundo grado de la instrucción pública son: en la ciudad de Méjico, la Escuela Nacional Preparatoria y algunas más de la misma clase, distribuídas por los diferentes Estados de la Federación, en número de 67.

La enseñanza superior comprende los conocimientos necesarios para el ejercicio de las diferentes carreras ó profesiones.

No existe allí la Universidad, y cada carrera ó profesión es objeto de una escuela ó establecimiento especial, con organización y funcionamientos propios é independientes. Hasta la fecha, el número y clase de estos establecimientos que funcionan en la ciudad de Méjico son los siguientes: Escuela Nacional de Jurisprudencia, Escuela Nacional de Medicina, Escuela Superior de Comercio y Administración, Escuela Normal para profesores, ídem para profesoras, Escuela Nacional de Inge-

nieros y Arquitectos y Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, la cual se ha reorganizado recientemente por decreto de 10 de Diciembre de 1907.

También existen algunos establecimientos de esta clase en varios de los diversos Estados de la Federación.

Todos los establecimientos de enseñanza superior, iguales en categoría, funcionan, como ya he dicho, independientemente, disponiendo cada uno de su local propio y de todos los medios materiales aconsejados por la moderna pedagogía.

Hay, además, en Méjico numerosos é importantes centros científicos, en los cuales se realiza una labor tan activa como constante. Son dignos de notar, entre ellos, la *Sociedad Astronómica de Méjico*, que celebra importantes sesiones mensuales, y la *Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, que se reúne semanalmente, y á cuyas interesantes sesiones públicas acude todo el mundo científico de Méjico. Porque esta prestigiosa Sociedad, que es la más antigua del país, no se limita en sus tareas á los estudios geográficos ó estadísticos, sino que sus investigaciones versan sobre toda la materia del humano conocimiento.

En resumen: la cultura, ó sea la riqueza inmaterial de un pueblo, alcanza hoy en Méjico un grado muy notable de florecimiento.

Y en lo relativo á riqueza material, es incalculable la que en germen encierra en su territorio la joven República hispanoamericana, siendo ya muy grande la que tiene en desarrollo y movimiento.

Hasta hoy ha sido la minera la principal de las riquezas de Méjico. Los metales de todas clases, pero muy particularmente el hierro, el cobre, el plomo y el mercurio, y los metales preciosos, oro y plata, esta última, sobre todo, suministran á Méjico una riqueza inagotable. Recientemente han sido descubiertos riquísimos criaderos de carbón en la parte Norte del país, en la cuenca del río Bravo, los cuales han empezado ya á ser objeto de explotación por una importante compañía in-

dustrial de Monterrey, capital del Estado de Nuevo León; y ahora mismo, apenas abierto al servicio público el ferrocarril de Tehuantepec, acaban de aparecer en la región del istmo yacimientos petrolíferos, que prometen resultados grandiosos. Hay también grandes canteras de mármoles riquísimos, entre cuyas variedades más importantes figuran el blanco de *Galeana*, que se obtiene en el Estado de Chihuahua, y que es muy parecido al de Carrara, y el jaspeado de *Tecali* (Estado de Puebla), del cual todos los que hemos visitado aquellos lugares traemos siempre alguna muestra, en cualesquiera de los muchos objetos que la industria fabrica, para recuerdo.

La explotación de las minas de plata merece renglón aparte. Puede decirse que en todos los Estados de la República hay minas de esta clase; pero sobresalen en la producción argentífera los Estados de Chihuahua, Durango, Hidalgo, San Luis Potosí, Zacatecas y el mismo Estado de Méjico. La producción de plata en la República Mejicana es hoy la primera del mundo, habiendo aventajado ya á los Estados Unidos, que ocupaban hasta ahora el primer lugar (1).

La agricultura, aunque desarrollada, dista mucho de ser hoy lo que será en un porvenir, quizás no lejano. Puede asegurarse que en lo futuro la riqueza agrícola será la primera de Méjico y una de las más importantes del mundo. No puede suceder de otro modo, si se tiene en cuenta la fecundidad extraordinaria de aquel suelo, virgen todavía en una gran parte, y sus privilegiadas condiciones climatológicas.

Los productos agrícolas que actualmente produce Méjico son tan variados como las zonas climatéricas del país. Así, la zona caliente produce el arroz, cacao, café, caña de azúcar, vainilla, añil, maderas finas y palos tintóreos. Las zonas templadas producen riquísimas frutas, como el plátano, la chiri-

---

(1) La producción media anual de plata en todo el mundo ha fluctuado, en el último quinquenio, de 169 á 170 millones de onzas troy, de las cuales corresponden á Méjico 60 millones contra 55, término medio, á los Estados Unidos.

moya, el mango y el chico zapote; y entre las plantas textiles, el algodón, cuyo cultivo ha de llegar á tener en este país una importancia mucho mayor todavía de la que hoy tiene. En las zonas frías, además de obtenerse algunas de las frutas de Europa, se producen los cereales, trigo, cebada y, principalmente, el maíz, de cuya harina se hacen las *tortillas*, que son el pan de las clases populares. También en estas zonas es donde se da el *maguey*, de cuya planta, una de las más ricas por sus numerosos y útiles aprovechamientos, se obtiene el *pulque*, que es la bebida alcohólica del país. De las allí llamadas plantas industriales, es hoy el *henequén* una de las que representan mayor riqueza, especialmente en Yucatán, cuyo territorio apenas produce otra cosa que esta importantísima fibra, que tantas aplicaciones industriales tiene, sobre todo en la cordelería.

También la industria, aunque importante, puede decirse que todavía en Méjico está empezando. Alcanza un gran desarrollo la fabricación de tejidos de algodón, lo mismo en géneros blancos que en estampados. Más de 160 fábricas de esta clase existen esparcidas en todo el país; pero los centros industriales más importantes en este ramo son los de Río Blanco, en Orizaba (Veracruz) y Atlixco, en el Estado de Puebla. Son también muy importantes la fabricación de alcoholes, la de cervezas y la de papel. Esta última explotación industrial corre á cargo de una poderosa compañía, denominada «Compañía de las fábricas de San Rafael y anexas», que posee dos grandes fábricas y extensos bosques maderables, de donde se extrae la primera materia para la pasta, que á su vez sirve de primera materia para la fabricación del papel.

Por supuesto, que en materia industrial figuran en primera línea aquellas explotaciones derivadas de la agricultura y de la minería, como las fábricas de azúcar de caña, las de tabacos y las industrias metalúrgicas. Estas últimas se hallan establecidas en las llamadas haciendas de beneficio, de las cuales existen más de 500 en todo el país.



El comercio está muy desarrollado en Méjico. El comercio interior es activísimo, siendo sus centros principales la ciudad de Méjico y otras importantes poblaciones, como Puebla, Guadalajara, Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí, Saltillo, Torreón y Monterrey. El comercio exterior es muy importante, como lo atestiguan las siguientes cifras: las importaciones en el año fiscal de 1906-07 se elevaron á pesos, 232.229.578,68, y las exportaciones, á pesos 248.018.010, resultando la balanza mercantil con un saldo de pesos 15.788.431,32 á favor de las exportaciones. Las plazas mercantiles más importantes para el comercio exterior son las siguientes: en el litoral del Atlántico (golfo de Méjico), Veracruz, Tampico y Progreso; en el litoral del Pacífico, Mazatlán y Guaymas, y en la frontera del Norte, ó sea en el límite de los Estados Unidos, Nuevo Laredo, Ciudad Juárez, Ciudad Porfirio Díaz y Nogales. En la frontera del Sur se hace algún tráfico por las aduanas establecidas en Soconusco y Zapaluta, pero es poco importante.

Son muy numerosas las vías de comunicación existentes en la República Mejicana, aunque también en este punto quede todavía mucho por hacer, dada la gran extensión territorial del país. En cuanto á navegación interior, hay algunos servicios en varios de los diferentes ríos y lagos del país; pero si se exceptúa la que se hace por el río Papaloapan, que pone en comunicación á Tuxtepec en el interior, con Alvarado, en la costa, ambos pertenecientes al Estado de Veracruz, todas las demás son verdaderos servicios de recreo y no de tráfico, como sucede con la navegación por el lago de Chapala, punto favorito para las excursiones de primavera.

Las líneas de navegación marítima son las siguientes: En el golfo de Méjico hay ocho servicios regulares de navegación á cargo de otras tantas grandes empresas. De estos ocho servicios son cuatro para los Estados Unidos y otros tantos para Europa. Los buques que hacen el servicio de navegación á los Estados Unidos tocan en los puertos mejicanos de Progreso, Veracruz, Campeche y Tampico. La empresa Ward es la prin-

principal de las cuatro que hacen este servicio. La navegación entre Méjico y Europa, y viceversa, corre á cargo de la Compañía Transatlántica Española, de la *Compagnie Générale Transatlantique*, de la Compañía alemana *Hamburg Amerika Linie* y de la inglesa *Royal Mail Steam Packet*. De estas cuatro Compañías son las tres primeras las que principalmente se dedican al transporte de pasajeros. Los vapores de la Compañía francesa recorren la siguiente línea: Veracruz, Habana, Coruña, Santander y Saint-Nazaire (Francia). Los de la Compañía alemana tocan en los puertos de Tampico y Progreso, y siguen esta línea: Veracruz, Habana, Coruña, Santander, Plymouth, Havre y Hamburgo. Los de la Mala Real, como llamamos en España á la Compañía inglesa, recorren el siguiente itinerario: Veracruz, Habana, Vigo, Coruña, Santander, Bilbao, Southampton y Amberes. Estos vapores, en el litoral mejicano, tocan, además de Veracruz, los puertos de Tampico y Coatzacoalcos, ó sea Puerto Méjico, como al último de los dos citados se le llama desde la inauguración del ferrocarril de Tehuantepec. Los buques de nuestra Transatlántica siguen estas dos líneas: una de Veracruz, Habana, Coruña, Santander y Bilbao, y otra de Veracruz, Habana, Nueva York, Cádiz y Barcelona, llegando á veces, y como escala facultativa, hasta Génova. Desde hace poco tiempo, estos vapores tocan también, á la llegada y á la salida del litoral mejicano, en el puerto de Tampico.

En cuanto á comunicaciones terrestres, sólo voy á ocuparme en este trabajo de las vías férreas. La red ferrocarrilera de Méjico excede ya de 20.000 kilómetros, á pesar de que el servicio de ferrocarriles es allí muy reciente, pues data de poco más de treinta años.

Las líneas principales son las siguientes:

*Ferrocarril Central*, desde la capital de la República hasta la frontera norteamericana, ó sea desde la ciudad de Méjico hasta Ciudad Juárez (Estado de Chihuahua) y El Paso (Estados Unidos).

*Ferrocarril Nacional*, también desde la ciudad de Méjico hasta la frontera norteamericana por Nuevo Laredo (Estado de Tamaulipas) y Laredo (Estados Unidos).

*Ferrocarril Internacional*, desde Durango á la frontera norteamericana por Ciudad Porfirio Díaz (Estado de Coahuila) y Eagle Pass (Estados Unidos).

*Ferrocarril Mexicano*, de la ciudad de Méjico á Veracruz, por Apizaco, Esperanza, Maltrata, Orizaba y Córdoba.

*Ferrocarril Interoceánico*, también de la ciudad de Méjico á Veracruz, por Puebla y Jalapa.

*Ferrocarril de Sonora*, desde Guaymas, puerto del Pacífico, hasta Nogales, en la frontera norteamericana, y pertenecientes ambas poblaciones al Estado de Sonora.

*Ferrocarril Mexicano del Sur*, desde Puebla hasta Oaxaca, capitales ambas de los Estados del mismo nombre.

*Ferrocarriles Unidos de Yucatán*, que tienen varias divisiones, siendo las principales la de Mérida á Progreso y la de Mérida á Campeche.

*Ferrocarril nacional de Tehuantepec*, inaugurado durante mi estancia en Méjico, el cual recorre todo el istmo de Tehuantepec, poniendo en comunicación el Atlántico con el Pacífico, desde Coatzacoalcos ó Puerto Méjico (Estado de Veracruz), como ahora se le llama, hasta Salina Cruz (Estado de Oaxaca). Este ferrocarril es de una importancia extraordinaria, considerado desde el punto de vista comercial, y con él ha creado Méjico por anticipado una formidable competencia al futuro canal de Panamá.

El ferrocarril Central es el que recorre la línea más larga, salvando la distancia de Méjico á Ciudad Juárez, 1.970 kilómetros en cuarenta y ocho horas. Sigue después en extensión el ferrocarril Nacional, con 1.290 kilómetros, desde Méjico á Nueva Laredo, que recorre en treinta y tres horas. Este ferrocarril suele ser el preferido para los viajes á los Estados Unidos. Tiene dos trenes diarios para viajeros: uno que sale de Méjico (estación de Colonia) por la mañana, y otro por la no-

che; pero el tren diario directo hasta Nueva York es el nocturno. En el trayecto de este ferrocarril se cruza el trópico de Cáncer entre las estaciones de La Maroma y de Wadley, ambas enclavadas en el Estado de San Luis Potosí. El viaje directo de Méjico á Nueva York puede hacerse sin salir del mismo vagón, pues siendo las vías de Méjico del mismo ancho que las de los Estados Unidos, se puede cruzar de uno á otro país sin necesidad de cambiar de tren.

La mayor parte de las líneas ferrocarrileras antes citadas, explotadas hasta poco hace por distintas compañías, forman ahora una sola empresa, en la cual la mayor participación corresponde al Gobierno federal. En el último período de mi estancia en aquel país se realizó en Méjico la nacionalización de sus ferrocarriles, mediante la constitución de una gran compañía, denominada de las *Líneas Nacionales de México*, de cuyas acciones se reservó el Gobierno federal la cantidad suficiente para tener asegurada su intervención y dominio, ó sea el *control*, como allí se dice.

Durante mi permanencia en aquel país, formaron parte de la nueva empresa las compañías de los ferrocarriles Nacional, Internacional, Interoceánico, y las de los pequeños ferrocarriles de Hidalgo y del Nordeste. A la hora presente debe haberse ampliado la fusión con el ingreso de las compañías del Central y del Mejicano.

Y aquí doy por terminado el extracto descriptivo de la riqueza moral y material de Méjico, para pasar á describir rápidamente cómo dicha riqueza se administra y fomenta en aquel país.

\*  
\* \*

La República federal de los Estados Unidos Mejicanos se compone de 27 Estados, tres Territorios y un Distrito federal.

La mayor de los Estados los he mencionado ya en este trabajo. Los Territorios son el de la Baja California, que forma una estrecha península en el Pacífico; el de Tepic, también en

el litoral de aquel gran Océano, y el de Quintana Roo en Yucatán, limitando con el Estado de este nombre y con el de Campeche. El distrito federal lo componen la ciudad de Méjico y sus alrededores, ya citados al hablar de la capital de la República.

El Supremo Gobierno de la nación se compone de los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial.

El poder legislativo lo forman dos Cámaras: la de Diputados, que representa la soberanía popular, y la de Senadores, que representa á los Estados de la Federación. Ambas Cámaras componen juntamente el *Congreso de la Unión*.

El poder ejecutivo está personificado en un solo individuo: el presidente de la República, quien asume todas las facultades necesarias para el gobierno y representación del país. Entre sus principales atribuciones figura la de nombrar y separar libremente á los ministros, al Cuerpo diplomático y consular, á los oficiales superiores del ejército y, en general, á todos los empleados de la Federación. Los ministros tienen el carácter de secretarios de despacho, y se denominan «Secretarios de Estado».

El poder judicial está formado por la Suprema Corte de Justicia y por Tribunales de circuito y Juzgados de distrito. El ministerio público federal está representado por el procurador general de la República y por agentes del ministerio público adscritos á los Tribunales y Juzgados.

Cada uno de los Estados de la Federación, que son soberanos, según la Constitución, para todo lo que no afecte á la unidad nacional y á la suprema representación de la misma, posee también sus poderes públicos propios. Estos poderes son, como en el Gobierno federal, el legislativo, compuesto de una Cámara de Diputados llamada *Legislatura*; el ejecutivo, representado por el gobernador del Estado, y el judicial, formado por un Tribunal Superior y varios Juzgados de distrito y locales.

Los Territorios no tienen soberanía, y carecen, por lo tan-

to, de poderes públicos. Están regidos por el Gobierno federal, nombrando el presidente de la República á los jefes políticos encargados de recibir y ejecutar las órdenes del Poder central.

El Distrito federal es la capital de la República, y se le considera como el lugar destinado para residencia de los Poderes generales de la Federación. En el orden legislativo, el Distrito federal depende del Congreso de la Unión, y en el político-administrativo del gobernador del distrito, que ejerce sus funciones por delegación del presidente de la República.

La política está inspirada y dirigida personalmente, de hecho y de derecho por el insigne estadista que ocupa, desde hace treinta años, la presidencia de la República, por el ilustre general D. Porfirio Díaz, árbitro supremo de todas las voluntades en aquella nación.

Difícilmente podrá darse el caso de otro jefe de Estado que haya sabido reunir, por su acertada gestión política, tantos prestigios personales.

En Méjico no se oye hablar de política. Se *hace* política, buena política, y no se *habla* de ella, y como no hay partidos, con su obligado cortejo de egoísmos y ambiciones, no se pierde allí ese precioso tiempo que en otras partes se emplea en luchas estériles. Así todo el mundo se entrega por completo y tranquilamente al cuidado y desarrollo de sus negocios particulares. De la cosa pública nadie tiene que ocuparse ni se ocupa, siendo esto debido á la absoluta y bien merecida confianza que tienen todos en la persona del presidente y en las que éste, con tacto verdaderamente excepcional, designa para colaborar con él en las tareas del gobierno. Por eso es Méjico un país privilegiado para la vida de negocios. Por eso prospera allí, de ordinario, cualquier iniciativa, y por eso toda labor resulta siempre fecunda.

La política que Méjico sigue en la actualidad es esencialmente financiera. La Hacienda pública, confiada desde hace algunos años al Sr. Limantour, hacendista de universal renom-

bre, es objeto principalísimo del gobierno del general Díaz en la presente etapa.

Pero esta política financiera no se desenvuelve dentro de un estrecho criterio que abarque sólo los pagos y los ingresos del sistema económico nacional, sino que el espíritu que la informa es amplio y creador, como dirigido que está á fomentar, además de los recursos fiscales, todas las manifestaciones de la pública riqueza.

El sistema tributario reconoce como fundamentos estos dos principios: tipos de imposición suaves y procedimientos sencillísimos.

Dado el régimen político del país, existe completa independencia entre la Hacienda federal y la de cada uno de los Estados de la Federación.

Estos últimos disfrutan de plena autonomía para establecer su régimen económico, cuyos ingresos se alimentan principalmente de una contribución directa sobre la propiedad inmueble y un impuesto de patente sobre el ejercicio de las industrias y profesiones. También pueden fijar impuestos sobre las explotaciones mineras, sin que los tipos de imposición excedan del 2 por 100 de los metales extraídos, ni del 6 por 1.000 del valor del oro y la plata afinados en las llamadas haciendas de beneficio. Además, los Estados tienen diferentes recursos extraordinarios, como la tercera parte del valor en venta de los terrenos baldíos enajenados por el Gobierno federal, y los Ayuntamientos de los puertos y de las poblaciones fronterizas perciben el impuesto adicional sobre los derechos de importación, el cual se eleva del 1  $\frac{1}{2}$  al 2 por 100 sobre lo recaudado por este concepto por las aduanas respectivas.

Les está prohibido á los Estados imponer gravámenes de ninguna clase sobre la entrada, salida ó tránsito de las personas y de las cosas en el territorio nacional, ni gravar la circulación ó consumo de las mercancías con impuestos cuya exacción se efectúe por fielatos ó aduanas locales, ó que requiera inspección ó registro de bultos ó documentación que acompa-

ñe á la mercancía. También se les prohíbe la acuñación de moneda, facultad reservada hoy al Poder Ejecutivo Federal, la creación de papel sellado ó timbres y la emisión de Deuda pública pagadera en moneda extranjera ó fuera del territorio nacional.

Los principales recursos de la Hacienda federal son el *impuesto sobre el comercio exterior*, así se llama el impuesto ó renta de aduanas, y el del timbre, organizado este último sobre bases tan equitativas, que sus rendimientos son de los más productivos, y no ha dado lugar á quejas ni reclamaciones de los contribuyentes, quienes, por el contrario, lo elogian á cada paso. Existe, además, una contribución federal, otra de patentes sobre el ejercicio de industrias y profesiones lucrativas y varios impuestos menores. También cuenta el Tesoro federal con los recursos que le proporcionan diferentes servicios públicos, como el de correos, que siendo el de Méjico uno de los mejores del mundo, deja rendimientos importantísimos, que en el año fiscal de 1906-07 se elevaron á cerca de 4 millones de pesos (pesos 3.994.795,80); los telégrafos, que produjeron más de 2 millones de pesos en igual período (pesos 2.016.177,42), y otros de menor importancia.

En el sistema rentístico de Méjico no existen los monopolios; así que es libre la fabricación y venta de tabacos, cerillas, alcoholes y azúcar, que en otros países suelen figurar—como en el nuestro los tabacos y las cerillas, é indirectamente, el alcohol y el azúcar—entre las rentas estancadas. Existe, en cambio, allí como aquí, la Lotería nacional, de no muy grandes rendimientos, por cierto (pesos 575.548,70 en el año fiscal de 1906-07), sin duda por la competencia de otras muchas que de los Estados y de los particulares hay autorizadas.

Florecente en extremo es la situación de la Hacienda pública mejicana en estos últimos años. Sus presupuestos se liquidan con cuantiosos y constantes excedentes, habiéndose elevado el del ejercicio de 1906-07 á pesos 29.950.368,89 como resultado de haber ascendido los ingresos realizados á pesos



115.027.009,40, y los pagos satisfechos á pesos 85.076.640,51.

En confirmación de lo que ya he dicho anteriormente sobre el criterio en que se inspira la política financiera del Gobierno mejicano, sólo tengo que trasladar aquí algunas de las palabras del ministro de Hacienda, Sr. Limantour:

«De los *ciento once millones y medio* de pesos—dice hablando de la aplicación de los excedentes (1)—á que ascienden los excedentes que figuran en el cuadro arriba inserto, *treinta y ocho millones y medio* se han gastado fuera de presupuesto en grandes obras de utilidad pública, obedeciendo á leyes especiales que ordenaron se dispusiese de las reservas del Tesoro para dichos fines. El resto de los excedentes está incluido en las existencias disponibles, de las que faltan por invertir en las obras que se ejecutan con cargo á las mencionadas reservas, pesos 23.000.000 aproximadamente, según el detalle que se verá al tratar del presupuesto de gastos.»

La Deuda pública por todos conceptos se elevaba en 30 de Junio de 1907, fecha de cierre del año fiscal, á la cantidad de pesos 444.530.711,99 contra pesos 446.760.455,51 en 30 de Junio de 1906, ó sea una disminución en el año de la cantidad de pesos 2.229.743,52.

La clasificación de la Deuda es la siguiente:

|                                                   |                       |
|---------------------------------------------------|-----------------------|
| Deuda pagadera en moneda extranjera:              |                       |
| Valor nominal de los títulos en circulación..     | Pesos. 307.333.121,55 |
| Cupones no cobrados.....                          | 3.182.457             |
| Deuda pagadera en moneda mejicana:                |                       |
| Valor de los títulos en circulación.....          | 131.962.325           |
| Cupones no cobrados.....                          | 1.328.675,52          |
| Deuda flotante:                                   |                       |
| Saldos no cobrados de presupuestos anteriores.... | 724.132,92            |
| TOTAL.....                                        | <u>444.530.711,99</u> |

(1) Nota con que se remite á la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión la cuenta del Erario Federal, correspondiente al año económico de 1906-07, pág. 6.

Los títulos de la Deuda pagadera en moneda extranjera y los de la Deuda interior amortizable se van reembolsando con la cantidad correspondiente de la anualidad consignada para el pago de amortización é intereses. Los de la Deuda interior consolidada se van extinguiendo por medio de su admisión, conforme á ley, en las cajas públicas en pago de terrenos baldíos comprados al Gobierno federal.

Dos signos representativos tiene la Deuda pública pagadera en moneda mejicana: el consolidado al 3 por 100 y el amortizable al 5 por 100. El primero se cotiza á 68 por 100, y el segundo á la par, ambos aproximadamente.

Para terminar, voy á dedicar algunos renglones á la organización bancaria de Méjico, como parte importantísima de su sistema económico-financiero.

El régimen bancario establecido en Méjico es el de la pluralidad de Bancos de emisión, cuyas operaciones están regidas por la *Ley general de instituciones de crédito* de 1897, la cual recientemente ha sido modificada, aunque no en su parte esencial.

Funcionan hasta hoy en todo el país 29 Bancos de emisión, con un capital suscrito de 121.400.000 pesos, de los cuales falta solamente desembolsar 400.000 pesos al Banco de Zacatecas y 250.000 al Banco de Guerrero, ó sean pesos 650.000 en junto.

El importe de los billetes en circulación, cuyo límite legal es del triplo del capital desembolsado por los Bancos, ascendía en 31 de Marzo último á 94.410.475 pesos; es decir, que todavía no iguala siquiera al importe del capital efectivo de los Bancos. Los depósitos y cuentas corrientes á la vista ascendían en dicho día, 31 de Marzo, á pesos 23.904.544,59, cuya cantidad, como se ve, no llega á la *quinta parte* del capital de los Bancos.

Estos dos hechos, que forman un contraste singular con sus análogos de la economía bancaria europea, en la cual la suma de billetes emitidos y la de las cuentas corrientes y depósitos excede varias veces á la del capital de los Bancos, prue-

ba claramente que en Méjico hay pocos capitales ociosos, y que es allí mayor el número de los negocios que el de los capitales disponibles, de los cuales hay siempre mucha demanda porque, siendo todavía muy joven la nación mejicana, no ha podido alcanzar esa cifra de grandes reservas sociales con que cuentan las naciones de Europa, y que sólo se llegan á formar en el curso de mucho tiempo y con el esfuerzo de varias generaciones.

Por esta circunstancia se ha sentido en aquel país, quizás más intensamente que en los mismos Estados Unidos, donde tuvo su origen, la grave crisis económica que en el año último apareció, y que todavía tiene trastornados á los principales mercados financieros, así de América como de Europa.

Las existencias metálicas, que, como límite legal, han de representar por lo menos la mitad de la suma de los billetes emitidos y de los depósitos y cuentas corrientes á la vista, se elevaban en 31 de Marzo ya citado á pesos 70.800.837,09, de los cuales son en oro pesos 47.764.068,82.

Además de los Bancos de emisión, y sometidos á la misma ley de instituciones de crédito, existen dos Bancos hipotecarios, con un capital en junto de 10 millones de pesos, y cuatro Bancos refaccionarios, ó sea de crédito industrial y agrícola, con un capital total de 46.200.000 pesos.

El sistema monetario del país ha sido objeto de una reciente y trascendental reforma, por virtud de la cual se ha establecido allí el patrón oro.

Y como de este estudio, objeto principalísimo de mi viaje á Méjico, me he ocupado extensamente en una Memoria oficial y en diferentes trabajos periodísticos, me considero relevado de entrar aquí en nuevas consideraciones sobre la materia.

RAMÓN PÉREZ REQUEIJO,

Profesor en la Escuela Superior de Comercio  
de Santander.

# ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

## “LA DEVOCIÓN DE LA CRUZ,”

DE

CALDERÓN (1)



El alma humana —á pesar de lo que Voltaire dijera —no es la misma en todas las épocas, ni en todos los lugares del universo. La mentalidad de un castellano, súbdito de Carlos II ó de Felipe IV, de un veterano de Lepanto, de un labriego de la Mancha ó de un conquistador á caza de aventuras lejanas, no se puede comparar en modo alguno con la de un francés moderno que vive en el París de los aeroscafos y de los coches eléctricos, de un hombre de mundo, adaptado á las elegancias del siglo xx, con su día de Ópera, su día de Circo y su día de Comedia Francesa.

Para entender las obras piadosas de los maestros españoles; para identificar nuestros espíritus con sus imaginaciones chocantes y sublimes, tenemos que renunciar por un momento á nuestros prejuicios mundanos y escolásticos; olvidar en el umbral de un teatro lo que hemos aprendido de nuestros maes-

---

(1) En *La Grande Revue*, de 10 de Diciembre último, ha visto la luz esta preciosa conferencia, dada en *El Odeón*, de París, en los días 19 y 26 de Noviembre.

tros y de nuestras relaciones; abdicar de toda idea preconcebida; ignorar las obras modernas y las obras clásicas; no fijarse ni en las obras de Mirabeau ó de Capus, ni en la tragedia raciniana, y, sin buscar el estilo Luis XIV ó el *modern style*, entrar en esos robustos poemas como en una catedral, la de Burgos, de Toledo ó de Zaragoza, llena de luz y de claros oscuros, de Cristos iluminados, de vidrieras relampagueantes y de ramajes abiertos. La voz de los chantres salmodia. A la sombra de los pilares, exhálanse suspiros, y, en pie ante el altar mayor, entre el tembleteo de los cirios embalsamados de incienso, el sacerdote, con casulla morada ó grana, pronuncia las palabras supremas que hacen descender á un Dios.

Así como, pertinentemente, en su bellísimo estudio sobre el *Teatro edificante*, lo hace observar M. Marcel Dieulafoy, cuyo gusto perspicaz y cuya erudición fijan, en páginas definitivas, todo lo que importa saber sobre los hierodramas del siglo XVI, durante el período comprendido entre Lope y Calderón, los espectáculos en España son autos de fe, de igual suerte que las sombrías fiestas de la Inquisición, regocijos de la muerte, en los que la presentación de la hoguera hace gesticular á las víctimas y reír á los asistentes. Ambos espectáculos son manifestaciones de actos gratos á la piedad pública. De éstos toman el nombre: *auto sacramental*, *auto de fe*.

La Inquisición, cuyos comienzos coinciden en España con los primeros ensayos dramáticos, sujetó, tanto á las compañías regulares como á los histriones nómadas, al yugo de una severa disciplina. La escena ortodoxa pone en diálogos y lleva á la calle, ante las muchedumbres recogidas, las exhortaciones de los frailes, de los predicadores que, bajo la negra capa del dominico ó el sayal del franciscano, preconizan con palabras de fuego los horrores de la condenación, las glorias de la salvación; amonestan á los empedernidos, y hacen brotar las aguas vivas de la penitencia al choque de sus discursos. El teatro los sigue. Da vida á las controversias teológicas. Presenta al lado de Arlequín las Virtudes teologales, que replican

á la Tarasca y contienden con los Pecados capitales. Confunde tan estrechamente el amor temporal con el amor celeste, las aventuras de los capitanes, de los pícaros, bergantes en Monipodio ó barones del rayo de luna; mezcla de tal suerte sus hazañas con los milagros de la gracia, las apariciones de ángeles, de espectros, de demonios y de almas en pena—en los momentos precisos en que la cátedra cristiana se engalana con los atavíos profanos y con la antigüedad vuelta á hallar,—que no se sabe en verdad si la edificación no abunda en las proezas de los bellacos tanto, y tal vez más, que en las pláticas y oraciones de los sermonarios. La fe es demasiado ardiente, absoluta; es demasiado robusta para que las cosas ingenuas que inducen á la sonrisa á los hombres de ahora, pueda ser aquí objeto de ninguna mofa. Los herederos de Carlos V—sombria posteridad de Juana la Loca y de Felipe II, el fraile coronado,—confinados en la devoción, rudos para sí mismos, rudos para el pueblo dócil, al que conduce el teocrático cayado del clero; aquellos reyes fantasmas del Escorial abríanse las venas, como el padre de Don Carlos, si creyesen contaminada su pureza por una gota de sangre herética. Hay, en estos sombríos soberanos algo del asceta católico, del fakir musulmán, y sobre todo esto, una imaginación fecunda en espejismos; la aceptación del absurdo, el espíritu novelesco, la facultad de soñar en pleno medio día, la cual no tardará en hacer derivar Loyola en provecho de la dirección espiritual. Don Quijote no es una excepción. España entera está enamorada de las quimeras. Última prolongación en el mundo occidental del Oriente, padre de las fábulas, sueña, durante un siglo, sus *Mil y una noches*. Para ella nada hay tan normal como lo extraordinario; nada tan exacto como lo maravilloso. *La leyenda dorada*, con sus leones arrepentidos y sus cuervos teológicos, hará hacer gestos á Voltaire. El buen Gargantúa, con sus dichos rudos, no dejará de burlarse de «San Guodegrín, que fué martirizado con manzanas asadas». Mas, para los perpetuos creyentes de la España católica, estos cuentos pueriles de los hagiógrafos iluminan

con un resplandor de espanto los antros infernales y divulgan en su eterna fiesta la morada de los Bienaventurados.

Estas almas heroicas soportan sin temor ni desmayo la familiaridad del misterio. El temblor, el horror sagrado de la duda, la necesidad de conciliar la razón con la fe, que destrozan el gran corazón de Pascal, y hacen prosternar ante el Crucifijo rígido y desnudo de Port-Royal á pensadores selectos, no hace mella en la católica España. Fieles en espíritu, fieles en verdad, son estos vencedores de los moros y los judíos. Su adhesión es tan perfecta, su yo se encuentra tan lleno del dogma, su conciencia bautismal es tan respetuosa con sus enseñanzas, creen con tanto fervor en la inagotable misericordia de un Padre buenísimo, que el infierno no les asusta nada, y llegan hasta transformar á los demonios en *graciosos* de comedia. El mismo cielo les inspira menos respeto que alegría. Hijos obedientes de la Iglesia católica cristiana, viven sin terror en el prodigio, sin temor sobre las cosas divinas, llenos de ternura y abandono, en el corazón mismo de su Dios.

\*  
\* \*

*Los autos sacramentales: El truhán santificado*, de Cervantes; el *Condenado por desconfiado*, de Moreto; *El esclavo del demonio*, de Mira de Amescua; el teatro piadoso de Lope, de Tirso de Molina, de Moreto, de Solís, poetas revestidos con las Órdenes sagradas, y todos más ó menos ligados al Santo Oficio, concurrían con mucho á las pompas de la Iglesia romana. Durante la Octava del Corpus es cuando se daban las representaciones más magníficas, festejo augusto y popular, digno de todo punto de esa ruda y sublime España, en donde el ardor seco del clima exalta aún la vehemencia de las cóleras, los transportes del amor, la fiebre de los entusiasmos y la riqueza de los colores.

Es una tarde de primavera, cuando el sol de Mayo despide sus rayos jóvenes. Las campanas, á todo vuelo, lanzan á lo

azul repiqueteos tumultuosos, anunciando á los fieles que la procesión sale de las iglesias; que llegan los regios estandartes, y bajo el palio de terciopelo carmesí, el *Corpus* mismo, en la custodia de perlas, de esmeraldas y de oro. Las Vírgenes, vestidas de brocado y de raso, con sus mejillas pintadas y sus pupilas de esmalte; los Cristos lúgubres, cuya desnudez sangra, cuyas espaldas están amoratadas por el látigo, con la faz amarilla, y cuyos ojos vueltos lloran lágrimas de cristal; los San Sebastián, con los costados atravesados por las flechas; Santa Inés, con dos pétalos de rosas, señalando en su blanco pecho los lugares de los senos arrancados por el verdugo; los bienaventurados caballeros de la Reconquista, Santiago Matamoros, San Jorge y San Alfonso, cabalgando en sus corceles, van en el cortejo; dan al Rey del Cielo una escolta majestuosa y temible. Llamea una gran luz, iluminando en las paredes de la ciudad las telas preciosas, las porcelanas moriscas, los cuadros ahumados, los tapices seculares, con trama de lana y seda, con personajes en relieve bordados, tejidos con metales preciosos. Las capillas abiertas dejan evaporarse bocanadas de órgano y vapores de mirra. El perfume del incienso sube con los aromas más delicados de los lirios, de las tuberosas, de los claveles de Granada y de las almizcladas rosas. La procesión camina sobre una alfombra de flores y ramaje. Y cuando ante los altares elevados, lo mismo en los suntuosos paseos que en las calles pobres y en los barrios sospechosos, el obispo ha bendecido al pueblo y prosigue lentamente su marcha triunfal, de repente rasgúan las guitarras, palpitan los abanicos. La muchedumbre se desparrama por calles y por plazas. Va á los toros, á la taberna. Canta, ríe, bebe. Baila, al son de las castañuelas, las jotas, los jaleos, bailes lascivos de Aragón ó Andalucía, animada al placer, como antes celosa en los ritos santimoniales.

Entonces, bajando con lentitud de sus carros pintarrajeados, los comediantes toman puesto, suben al estrado construído para ellos, lo mismo en los pueblos y aldeas más insig-



nificantes que en Madrid ó en Barcelona. Representa la degollación de un mártir, la enmienda de un alma pecadora, los conflictos entre la Gracia y la Tentación, entre los Angeles buenos y malos, el duelo permanente entre las Tinieblas y la Luz, el Infierno y el Cielo, el Odio y el Amor.

Reina una emoción profunda en el auditorio. Un actor interrumpe el espectáculo, se arrodilla, reza el *Confiteor*. Las lágrimas corren por los rostros; transportes de fanatismo, suspiros, gritos de éxtasis ó de fervor animan aquellos pechos tempestuosos, ascienden en el crepúsculo de coral, de cobre y de oro. La representación dramática concluye en oración.

En los poemas de estos perfectos creyentes, el Demonio ocupa un papel subalterno, exento de todo encanto y de toda grandeza. No seduce ni por la inteligencia ni por la belleza. Es el traidor maldito y escarnecido; más adelante, los ángeles de Goethe le ahogarán casi bajo rosas, porque el mal es vencido por la Belleza; en Calderón, infesta el olor sulfuroso de las «infernales ciénagas». No se ve ni la escultural majestad de Lucifer, en Milton, ni la risa sarcástica de Mefistófeles, en la epopeya de Fausto. No es el Angel caído ni el Espíritu de la Tierra (*Erdgeist*), sino el Diablo sencillamente, fétido, caricaturesco, oscuro, el Prevaricador inmundo rebelado contra la salvación del género humano.

\*  
\* \*  
e

No obstante el dogmatismo, la teología y la carencia de móviles inmediatos, nada tiene de lánguido ó de enojoso un poema como *La devoción de la Cruz*. No es una obra «edificante», en el sentido que hoy lo entendemos, ni siquiera una obra «moral», como el teatro de los jesuitas en el siglo XVIII. No hay en sus tendencias ningún fin apologético. No predica, y se puede admirarla con toda franqueza sin correr el riesgo de ser estigmatizado con el nombre de clerical. Depende esto de que el catolicismo está tan perfectamente amal-

E. M.—Febrero 1909.

gamado con la vida social de España, durante los siglos xvi y xvii; de que forma de tal manera cuerpo con los hábitos, los usos, las costumbres íntimas, que no se la puede aislar como en los pueblos y en las épocas en que la diferencia existe, en que el hecho civil es distinto de hecho religioso. En tiempos de Cervantes, de Calderón, los sacerdotes no están separados de los laicos. El disfraz del cura Curiambro en nigromante de Carnaval—cosa que hoy nos escandalizaría,—aparece completamente decoroso entre los villanos y los muleteros de *Don Quijote*. Las nuevas costumbres sacerdotales que trajeron la lucha contra el protestantismo y la preponderancia de la Compañía de Jesús; la alta reserva, el recogimiento sombrío del sacerdote, no han llegado todavía.

El concilio de Trento no ha modificado aún el estatuto de los laicos y los clérigos.

Al mismo tiempo que funcionaban las compañías regulares, los comediantes ambulantes divertían al pueblo. A través de los caminos pedregosos, por los puertos y las pendientes de las sierras, el carro de Thespis vagabundeaba de lugar en lugar, haciendo alto en los bosques de encinas, ofreciendo espectáculos á los destripaterrones, á los barberos, á los domésticos, ingeniosos de pueblo, á los noveleros de provincia, compadres de Sancho Panza. La compañía de Angulo el Malo recorría por la Mancha, por las dos Castillas, por Andalucía y el reino de Valencia. Representaba, durante la Octava del Corpus, *Las cortes de la muerte*, en donde figuraban, como en la *Danza macabra* de Basilea, ó en las series de Hulbein, con la Eterna segadora, el Emperador, los Angeles y el Amor. Instalaba sus decoraciones en las ventas en donde Ginés de Pasamonte volvía á encontrar, para su daño, al Caballero de la Triste Figura. Y mientras que Felipe IV, en su fúnebre Escorial, entre los locos de corte, las meninas, los enanos gratos á Velázquez, improvisaba con el gran Calderón autos sacramentales, charadas que figuraban la creación del mundo, y reemplazaba, con la animación ficticia del teatro, la facultad de

obrar que se retiraba de él—todo el pueblo español, de Gibraltar á Pamplona, de Murcia á Santander, se embriagaba con fantasmagorías infernales—celestes, proseguía su marcha á través de las sorpresas, los golpes de fortuna, las intrigas sabias y los crímenes feroces que poetas y comediantes le presentaban.

\* \* \*

*La Devoción de la Cruz* pone en escena una de esas vueltas de la Gracia, inesperadas y fulgurantes como un trueno, con las que nada tienen que ver la razón ni la crítica. Eusebio, víctima del puntillo de honor que le incita á matar en singular combate al hermano de la dama que eligiera, se hace bandido, huye á la montaña, lejos de los arqueros de la Santa Hermandad y de los alguaciles, puestos en su persecución por la familia, desesperada. Su adversario pertenecía á esa sombría falange de locos furiosos que tienen á la mujer por una propiedad, perteneciente á su familia primero, después á su marido; maníacos que castigan con la muerte, como Don Gutierre de Solís á la esposa infiel de *El médico de su honra*, ó bien, como el Alcalde de Zalamea, teniendo por culpable, caída y deshonrada á la infeliz que no ha cometido otro delito que sufrir una violación odiosa. Esta mentalidad paradógica, que hace de la mujer una esclava al mismo tiempo que un ídolo, y de su esposo un verdugo sin piedad desde que deja de ser un adorador arrodillado, parece hoy tan loca como perversa. El «matar por amar demasiado», de Otelo, parece, en este negro, una frase de canibal, hoy que la igualdad de los sexos, ese derecho común á la riqueza, al trabajo, á la justicia, á la felicidad y al amor se nos muestra como una verdad primordial, como una ley de los tiempos nuevos.

Los desafueros de Eusebio aumentan, se escalonan á la vista. La embriaguez del crimen ofusca su razón; se ha apoderado de él el vértigo sanguinario de matarle. Homicidios, robos á mano armada, atentados á los bienes y á las personas, em-

boscadas, asesinatos, caminantes desaparecidos, peregrinos puestos en apuro, nada falta á su carrera de foragido. Pero, en medio de tantos horrores y tinieblas, un punto luminoso permanece brillante y puro en esta alma desordenada; una devoción ardiente y honda, un amor infantil por el patíbulo sagrado en el que Jesús salvador, «impasible y animoso, al morir triunfó de la muerte». Por respeto al sagrado emblema, perdona la vida al teólogo Alberto, mediante la promesa de ir á asistirle y absolverle en la hora de la muerte. Apártase con espanto de su dama, entrada en religión y ahora seducida; se aparta antes de consumar la unión incestuosa y sacrílega, al descubrir en la garganta de su amiga una cruz marcada, que la denuncia como hermana de él. En efecto; desde el día en que, bajo el Árbol de salvación, recién nacido, fué puesto al abrigo de las fieras y las tempestades, ha experimentado siempre su benigna influencia. Ahogamientos, tiros, naufragios, incendios, ha desafiado todas las catástrofes, esquivado todas las emboscadas, milagrosamente defendido por el signo redentor, cuya imagen, con misteriosa insistencia aparecía, en el momento mismo del peligro.

Acosado por el padre de la hija culpable y del hijo muerto; perseguido en la montaña; pronto reunido con Julia, á la que las rejas del convento no defienden ya contra el mundo y el pecado, Eusebio concluye por sucumbir bajo el número. Cae herido de un tiro en pleno corazón. Pero la confesión, que concedió cristianamente á cada una de sus víctimas, á Tisardo, su enemigo, durante el duelo del primer acto, la confesión no le será negada. Ha plantado cruces en las tumbas de los viajeros á quienes dió muerte; ha venerado con ardiente amor el celestial madero por el que fué protegido su primer sueño. La Cruz será de nuevo para este penitente monstruoso, pero leal; para este bandido lleno de sangre, de crímenes y de vergüenzas, pero en quien arde como una lámpara de altar una esperanza indestructible en el Cordero mediador; la Cruz será de nuevo el instrumento de redención y de perdón, el Arbol á

cuyo pie brotan las fuentes de la vida eterna, el pináculo luminoso del que sube, entre las estrellas, entre los cantos de júbilo y los cánticos de los ángeles, el camino de la beatitud, el camino de flores del Paraíso.

En el mismo momento en que el bandido exhala su último suspiro, Alberto, el sacerdote cuya debilidad respetara aquél, vuelve al desierto. Cumplirá su promesa. El cielo permite que el alma de Eusebio permanezca envuelta en su envoltura mortal, permaneciendo en ella hasta que no haya confesado sus pecados. En cuanto el santo anciano hace la señal de la absolución, Eusebio cae muerto á sus pies, mientras que Julia, convertida y purificada al contacto de tan gran milagro, vuela como una llama pura por encima de la Cruz tutelar que santificó la muerte de su amante. No es dudoso que, para los espectadores de Calderón y para Calderón mismo, los crímenes y los delitos que en la sociedad moderna entrañan penas graves, apareciesen como pecados veniales al lado de ciertas faltas juzgadas por nosotros sin importancia. Los «casos reservados» forman aquí un grupo de atentados mucho más graves que la rapiña ó el homicidio. La ofensa á Dios, la transgresión de las leyes eclesiásticas: he aquí el supremo delito que castigará la llama expiatoria de la hoguera. La herejía es el crimen por excelencia, crimen de lesa majestad divina que atenta al bien más precioso, puesto que afecta á la doctrina de la Iglesia, á la integralidad misma de la fe.

\*  
\* \*

No se podría hablar del teatro católico en este Odeón en donde los antiguos poetas encuentran cada año un nuevo frescor por la juventud de sus intérpretes; en este Odeón en donde hemos pasado las mejores veladas de los veinte años, y del que Antoine nos narraba los fastos en elocuente y persuasivo lenguaje, sin nombrar, al lado de las obras maestras españolas, esos poemas cristianos, honra de la escena france-

sa. *Poliuto*, *Atalia*, *Ester*, esa armoniosa Ester que hizo llorar hasta á la seca Maintenon.

Si la creencia es una, en Racine, Corneille y en los dramáticos españoles, ¡cuánto difiere su práctica!, ¡cuánto sus personajes y sus resortes! Contraídos al respeto de las unidades aristotélicas, al orden pomposo de un espectáculo de corte, á las conveniencias áulicas, no tienen, para sostener el interés, ni lo divertido de lo pintoresco, ni los prestigios de lo sobrenatural. Toda la acción está encerrada en el fuero interno de los protagonistas. Los acontecimientos son estados de alma. No ocasionan peripecias ó catástrofes, sino en lo ideal y en lo abstracto. Como lo decía festivamente Vacquerie, los héroes trágicos del siglo xvii «no beben sino veneno, y no comen sino á sus hijos». La lealtad de Abner, el cielo «obrando sobre el corazón» de Asenerns, el estoicismo de Poliuto, determinan el triunfo de Ester, la caída de Atalia y la conversión de Paulina. Los personajes de Corneille razonan, discuten, hablan como Séneca ó Cicerón. Conocen el *Tratado de los deberes*, frecuentan la sabiduría del Pórtico. Han recibido de ella el amor de la verdad, una fe razonadora que parecía á la Inquisición contaminada de herejía ó de racionalismo. La obra de la salvación no preocupa de una manera exclusiva á Joad ni Mardoqueo. Se trata, para el uno, de asegurar á la casa de David la supremacía política; para el otro, de obtener, en beneficio de los judíos inmigrados en Persia, un conjunto de garantías económicas y sociales. No hay nada parecido en los autos sacramentales. El hombre, en presencia de la divinidad, previsto de la gracia que pueda hacer eficaz, hasta en la hora suprema, con un acto de arrepentimiento y de amor, no tarda en olvidar las contingencias que le rodean. No dirá como Poliuto:

«Lazos vergonzosos de la carne y del mundo,  
¿por qué no me dejáis cuando yo os he dejado?»

Las «engañadoras voluptuosidades» no extravían ya su conciencia. Reconquista sin esfuerzo el candor bautismal, en-

trega á los ángeles de la muerte un alma libre de pecado. Ni Lutero ni Jansenio perturbaron á estos fieles creyentes con los ingeniosos sofismas sobre el libre albedrío ó el pequeño número de los elegidos. Con una sencillez de catecúmenos, no aceptan del cristianismo sino las promesas de redención, una indestructible esperanza que la eternidad no confundirá.

\*  
\* \*

El signo de la cruz, antes de proporcionar al drama de Calderón un motivo conductor y—puede decirse—un centro de gravedad, ha precedido al cristianismo, ha marcado con su huella los monumentos de pueblos desaparecidos.

Ya ideograma, ya simple motivo de ornamentación, aparece sucesivamente en el alfabeto fenicio, en las esculturas de Egipto, en las orejas de Diana efesiana y en el traje de Sakya-Muni (Buda). El Amubi de Tebas, conductor de las almas á los subterráneos del Amenti, lleva la cruz de asas, que tienen como él todas las divinidades funerarias, mientras que el martillo de Thor, cruz que, más adelante, el Blasón llamará «recrucetada», se emplea en el Indostán, como representación venerable, mil y más años antes de la Era cristiana. Un guerrero de los *Siete jefes*, un hijo de Edipo, en la copa exhumada en Volterra, está figurado con el disco solar, que lleva á su vez una cruz en aspa, mientras que, en los pueblos semíticos, la Cruz, imagen del sol, da su energía al mismo tiempo creadora y devoradora, se identifica con el TAU, representativo de la generación humana.

Los espíritus dóciles que, para comprobar estas reliquias inmemoriales, parten de un punto de vista confesional, doctores profanos ó sagrados, hugonotes ó católicos, paleógrafos, historiadores y hasta periodistas, no se muestran desconcertados ante ellas. Motivan, por una especie de intuición, de movimiento profético, esa unanimidad de los pueblos en elegir,

como atributo permanente de la fraternidad humana, dos palos superpuestos (1). Inventan la palabra «prefiguración».

Voltaire se burla de ellos; compone á su costa el *Coloquio divino entre un mandarín y un jesuita*. Aún nos reímos con esto, á pesar de que la ciencia del gran libelista nos parece un poco rancia. Pero el espíritu subsiste, y como lo atestigua Luis Bouillet:

*Sans être accablé, Voltaire a sur son dos  
La haine des cafards avec l'amour des sots.*

Los que prefieren á estas explicaciones una exégesis al mismo tiempo más humana y más científica, relacionan la cruz de los diferentes símbolos que en las razas indo-europeas se refieren á la invención del fuego. Tal, por ejemplo, fué el *nartex* de Prometeo ó el *swastika* del Indostán védico; es decir, los troncos de sauco que, secos al sol con su corteza, después frotados violentamente uno contra otro, hacen brotar de un montón de hojas secas el Agni: la llama deificada y purificadora, la llama que lleva hasta los dioses los vapores del sacrificio y las oraciones diligentes, exonera á la Humanidad de las servidumbres primordiales del Invierno y de la Noche, expulsando á las tinieblas y á las fieras temibles, erigiendo el hogar, abriendo, á los pasos aún inciertos del pastor que vaga por las pendientes del Himalaya, el augusto camino de las Artes y de la Civilización.

A esta cuenta, la Cristiandad puso con justicia la caña de Prometeo en la techumbre de sus basílicas. Con razón formó de ella su *labarum*.

El ajusticiado del Cáucaso, muerto también «por haber te-

---

(1) Mourant Brock, en A., miembro de la Universidad de Oxford: *La Croix paienne et chretienne*, Leroux, edit.—Sodi-Colbert: *Le Signe de la Croix*, tomo IV de *La Sangue sacrée* (Leroux, edit.)—André Lafèrre: *La Religion* (Reinnald, edit.)—Chantapie de la Sannaie: *Manuel d'histoire des religions* (Armand Colin, edit.)—Malvart: *Science et Religion* (Société d'éditions.)



nido piedad de los Efímeros» á través de los siglos, y el bosque de los mitos complicados en la sombra de las leyendas, responde al ajusticiado del Gólgota. Ambos, el Previsor y el Redentor, nacido el primero de Themis, y el hijo de Maryem, el titán y el Dios, aceptaron con corazón magnánimo la infamia y los tormentos. Sufrieron una misma pasión por la justicia y por la verdad, abrasados uno y otro por ese amor inextinguible que hace á los inmortales.

El signo redentor, la férula, que sirvió á Prometeo y ocultó el fuego de Zeus, después de haber conferido al hombre la claridad del antro, el tizón del horno y la amistosa suavidad de los penates, engrandecido ahora, santificado por la voluntaria inmolación de un Dios, por un heredero supremo de las teogonías declinantes, de los cultos moribundos y de los santuarios abandonados, derramará en el corazón del hombre una llama pura, y para mejores destinos recreará al viejo Adán. Después de haber disipado las sombras de la noche, la cruz expulsará tal vez á los fantasmas del error,

*Procul recedant somnia  
et noctium phantasmata,*

despertará en la conciencia humana una hoguera de inextinguible amor, hoguera de la que quince siglos no podrán amortiguar la gloria ni aminorar la irradiación.

\* \* \*



Los modernos han ilustrado con leyendas suaves ó trágicas *la devoción de la Cruz*. Cada uno de los instrumentos que concurrió al divino suplicio se ha convertido en objeto de una latría y de un culto particulares. En la Cena del Viernes Santo, el cáliz en que José de Arimatea recogió su Preciosa Sangre, flamea é irradia como un carbunco en el altar de Monsalvato. La lanza que atravesó el costado de Jesús, infiere y cura heri-

das, como las armas de Hércules, de tal suerte, que el desenlace de *Filoctetes* es idéntico al de *Parsifal*. Las espinas en corona proporcionan á los arquitectos de la Santa Capilla un tema de ornamentación, tan rico como el loto egipcio ó el acanto helénico. Y el mismo Salvador, en un abrazo, imprime á los elegidos de su corazón, luminoso ó desgarrador, los estigmas de la Cruz. Determina la forma de las catedrales; abre, en lo alto de la nave los brazos místicos de la bóveda. Los caballeros la ostentan en sus armaduras. Conviértese, por excelencia, en la divisa de los cruzados, en la bandera de las ciudades cristianas. Montmorency timbra audazmente con una cruz de oro su escudo de plata. La cruz florentina mezcla, más adelante, con las rosas ensangrentadas del Calvario, los lirios abiertos en las márgenes del Arno.

Y cuando, sucediendo al éxtasis modioeval, al sueño paradisiaco desaparecido para siempre, renace la bienhechora Naturaleza, llena de fuerza y de inmortales encantos; cuando, después de la cuaresma de mil años, que termina en la aurora del Renacimiento, Rabelais toca á maitines en la atalaya de Thelemo; la Cruz sigue ofreciendo una sombra deliciosa, un refugio de calma y de propiciación á las almas delicadas, á las que el tumulto del siglo importuna, y que se niegan á tomar parte en las luchas, en las mentiras del mundo. Ya no es, ciertamente, la única esperanza de la tierra; pero muestra á los corazones apenados, á las inteligencias dolorosas que no saben, ni conformarse con las leyes del universo, ni pedir á la vida activa sus tónicos y su orgullo, el camino que conduce á la paz interior, al olvido resignado de los males inevitables, de la redelincuencia y de la muerte.

\*  
\* \*

He aquí que el poeta, inclinado hacia ella, encuentra en el augusto simulacro que yace entre sus brazos, una promesa de amor y de inmortalidad. Las fúnebres delicias de la tumba

sobreviven á la amorosa muerte que llora Jocelyn (1) con lágrimas de ternura y los sobrehumanos anhelos de una invencible esperanza:

«¡Tú sabes morir! Y tus divinas lágrimas,  
en aquella terrible noche, en que rogaste en vano,  
tiñeron las raíces del olivar sagrado  
de la noche á la mañana.

Desde la cruz en que sondaste el gran misterio,  
viste á tu madre y á la Naturaleza acongojadas.  
Dejaste—como nosotros—amigos en la tierra  
y tu cuerpo en el sepulcro.

En nombre de esa muerte que mi flaqueza obtenga  
el exhalar en tu seno el doloroso suspiro,  
cuando tu hora llegue, acuérdate de la tuya,  
¡oh, tú que supiste morir!

Yo buscaré el lugar en donde su boca expirante  
dió en tu seno el irrevocable adiós;  
y su alma vendrá á guiar mi alma errante  
en el seno del mismo Dios.

¡Ah! Que pueda, entonces, en donde yo yazca,  
triste y tranquila á la vez como un angel dolorido,  
una figura enlutada recoger de mi boca  
la sagrada herencia.

Sostén sus últimos pasos, guía su última hora  
y, como prenda sagrada de esperanza y de amor,  
del que se va al que se queda,  
pasa así sucesivamente.

Hasta el día en que, atravesando la bóveda sombría de los muertos,  
una voz, en el cielo, llamándoles tres veces,  
despertará á todos los que dormían á la sombra  
de la eterna cruz.

Y nosotros, que guardamos en el fondo del corazón, en los secretos repliegues y bajo las puertas del jardín cerrado en donde duermen, con nuestras ilusiones muertas, los dioses y los cultos abolidos; nosotros, que conservamos en el Ideal una fe

---

(1) Poema de Lamartine.—*N. del T.*

consoladora, no nos creemos desterrados para siempre de esa «devoción» milagrosa que, entre los senderos oscuros, las espinas desgarradoras y las travesías diarias bajo la injuria, la mentira, la calumnia y la estulticia desencadenadas, permite que se luche todavía y que se tiendan los brazos hacia un alto luminoso de armonía y de belleza. Los símbolos se transforman. Las religiones envejecen como los pueblos, ¡ay! y como nosotros. Pero, con cualquier nombre que se la llame, brilla sobre nuestras frentes una luz imperecedera. Es la Cruz de Eusebio, es el Graal. Es el Toisón de Oro, es el sueño sublime, más elevado, mejor y más duradero que la cosa humana. Es la estrella que lleva en su blasón, Canalis, el poeta de Balzac con esta noble divisa: «*¡Fulgens, sequar! ¡Tú que brillas en pleno azul, yo te seguiré!*»

LAURENT TAILHADE

## RAIMUNDO LULIO EN PALMA

---

Raimundo Lulio es, acaso para mucha gente, poco más que un nombre romántico. Nos lo figuramos vagamente como una figura medioeval, trovador, alquimista y santo á la vez, ó bien nos trae á la memoria leyendas que tan fácilmente brotan y con tanta vida florecen en torno á las grandes personalidades del pasado remoto.

Pero en los últimos años, después de un intervalo de seis siglos, la figura de Raimundo Lulio ha empezado á adquirir por vez primera su realidad y determinación. Sus obras auténticas, convenientemente separadas de las espúreas, van apareciendo en edición crítica moderna, y al mismo tiempo la importancia extraordinaria del hombre y su obra va poniéndose en claro, merced á las investigaciones estudiosas del día (1). Lulio aparece ahora como campeón brillante é iniciador de tantas cosas, que es fácil entender ya el dictamen entusiasta de los que lo pregonan como una de las figuras más salientes

---

(1) No sólo como objeto de estudio se intenta conocer actualmente en España á Raimundo Lulio. Entre los regionalistas catalanes, que por cuantos medios pueden procuran realzar los antiguos signos de la vida nacional, se observa un movimiento de atención hacia la doctrina de Lulio. De esta resurrección de la filosofía luliana da cuenta Palacios («El Lulismo Exagerado», *Cultura Española*, 1906, II. p. 533), y la expresión de este entusiasmo se ve en un libro catalán titulado *Homenatge al Beat Ramon Lull* (1901), en que colaboran los principales autores catalanes.

de la Edad Media. Para los filólogos, es el primer poeta catalán. En filosofía, es el gran sabio español, pensador, original y de altos vuelos. En religión, por el lado espiritual, es el fundador del misticismo español, el padre de los místicos españoles y de casi todos los místicos modernos de Europa; y por el lado práctico, el tipo más acabado del apóstol moderno, admirando y aprendiendo de aquéllos á quienes trata de convertir, aun cuando muere por su propia fe. Pero por encima de todos estos aspectos fué, ante todo, español entre españoles. En este sentido es mi intención estudiarle, porque si logramos comprender el carácter de Lulio, llegaremos á la misma esencia del genio español, y veremos cómo ha sido el papel que este genio ha representado en la civilización humana.

## II

Por muchos años me ha estado asediando la visión de las Islas Baleares, paraíso terrenal que para los mismos españoles que allí van tiene algo de extraño y exótico. No es el menor de los atractivos que para mis ojos tiene Mallorca, el haber sido patria de Raimundo Lulio, y es rara coincidencia que el barco en que yo salí de Barcelona para Palma fuese el vapor *Lulio*, que atestigua la gran celebridad que la figura romántica del insigne sabio medioeval posee todavía entre sus paisanos. Dejamos Barcelona, y llegaba á bordo el rumor del viento que agitaba las palmas del Paseo de Colón, impresión completamente nueva en mi vida; una brisa fuerte empezó á soplar con rabia durante la noche, y á la mañana siguiente, al fondear en Palma, una suave neblina velaba el horizonte.

La primera impresión, y quizá la más dominante que produce Palma, es su fisonomía morisca. Esta particularidad no reconoce como causa la existencia de monumentos moriscos de importancia como los que encontramos en Granada y Sevilla. Seguramente, esta impresión no es asequible al viajero,

como no haya visitado con anterioridad á Marruecos. Pero no es menos real, y se percibe en innumerables pormenores de la vida de aquel pueblo. No sé de ciudad ninguna del mundo cristiano que tan sutilmente inspire la idea de la persistencia que ha logrado la influencia morisca. En Granada, que posee los monumentos más perfectos del arte moro, se da cuenta uno de la división súbita de la historia de la población; allí notamos dondequiera la presencia de la feroz contienda que terminó con el triunfo de los cristianos, la expulsión de los moros y el desdeñoso abandono á que fué á parar lo que antes se respetaba por sacrosanto. No se imagina uno en Palma tal división; las antiguas costumbres moriscas se han ido amalgamando mansa é imperceptiblemente con las nuevas tradiciones cristianas. Vemos la persistencia de la influencia morisca bien claramente en esas solanas en que se juntan las mujeres á solazarse cuando sus quehaceres han terminado, en las galerías de ladrillo en las iglesias, en el uso universal de los azulejos en las escaleras de las casas y en dondequiera que pueden ser utilizados.

Aun se percibe con más claridad esta influencia en la gente misma. Los tipos baleáricos que se ven en Palma la tienen muy marcada. Los ejemplares castizos donde mejor pueden estudiarse siempre es en las mujeres, y las de Palma valen muy bien la pena de ser observadas. No es imposible encontrar todos los grados de fealdad en las mujeres de Palma; pero la proporción de las que son hermosas, graciosas y agradables me parece extraordinariamente grande—por más que no fuera ésta la opinión de Jorge Sand, que siempre estuvo algo predispuesta en contra suya.—Es ley general, que se verifica lo mismo en el hemisferio Norte que en el Sur, que en las islas se crían mujeres lindas, y esta ley se cumple muy fielmente en Mallorca. El predominio definido de un tipo exclusivo de belleza, como tiene lugar en Arlés, no se puede afirmar de Palma. Hay, sin embargo, una nota peculiar tan generalizada, que puede considerársela como característica: me refiero á la

expresión extraña de los ojos que allí se ven, y de que no hay cosa parecida (por lo que yo he podido advertir) en las mujeres de la Península; estos ojos son oscuros, por lo común, dirigidos hacia el suelo; al parecer, no miran; tienen una expresión como de dolor, pero son dulces y tiernos, á lo que contribuye principalmente el velo de sus pestañas negras y largas. Junto á mujeres muy morenas, verdaderos tipos del Norte de Africa, se encuentran en mayor proporción que la que he podido apreciar en el Mediodía de España, mujeres muy blancas, de cabellos rubios, casi como la estopa—peinados en largas trenzas que les cuelgan por la espalda,—y de tez como nieve. Se ven allí mucho más que en el resto de España cutis sonrosados, que recuerdan los de Inglaterra, aunque los ojos azules ya no abundan tanto; son más bien de un color intermedio ó, como vulgarmente se dice, garzos. Las caras son muy acabadas, de un dibujo perfectamente clásico, y al mismo tiempo llenas de animación y vida; son de un tipo, ni bien rubio, ni bien moreno, sino intermedio. Como he advertido en Polonia, también aquí las jóvenes de los mercados tienen caras más bellas, distinguidas é inteligentes; y la presencia de tipos aristocráticos en las clases bajas es señal de civilización muy antigua. Al revés de las catalanas, las mallorquinas son generalmente muy esbeltas, más parecidas á las de Provenza. Son activas y prontas en los movimientos; el andar rápido, apresurado, solícito de las señoritas en el paseo de moda de la tarde, en la Plaza de la Constitución, es absolutamente inglés; por otra parte, muchas—sobre todo las que van con mantilla y otras prendas españolas—gesticulan y accionan con exquisita gracia y belleza.

Todas las cualidades baleáricas, la historia toda de este pueblo tan complejo y al mismo tiempo tan individual, están impresas en el modo de ser de las mujeres de Palma. Mallorca, joya espléndida del Mediterráneo, está demasiado cerca del Continente para poder ser invadido por los cuatro costados, en condiciones nada propias para desarrollar una civili-



zación independiente dentro de sus propios derroteros. Fenicios y cartagineses, griegos y romanos, vándalos (no visigodos) é imperio de Oriente, todos sucesivamente la conquistaron y dominaron hasta que, al final del siglo VIII, vinieron los moros para levantar la isla en la medida de sus fuerzas, y dejar un sello indeleble de su paso en su población y costumbres. Aquí dieron muestra, como en el resto de España, de su civilización brillante, su humanitarismo, su amor á las artes, su higiene exquisita, sus perfectos conocimientos agrícolas. A ellos se les debe el cultivo de muchas plantas, que sus sucesores del día han abandonado. Así, la palmera, que en el siglo XVII tan importante fué, que dió su nombre á la capital de la isla (antes de llamarse Palma se llamó Mallorca), ya no se la atiende nada. Sólo bajo la dominación de los moros, y durante cuatrocientos años, poseyó Mallorca historia real como estado poderoso más ó menos independiente. Gobernado primero por un wali de Córdoba, y constituyendo accidentalmente un reino moro, adquirió Mallorca, merced á su posición y al temple enérgico de su gente, un gran poder en el Mediterráneo. Tomó parte con sus navíos en las expediciones musulmanas del Mediterráneo, y excitó el terror de los cristianos vecinos con sus hazañas impetuosas y piráticas. Se ha llegado á decir que la flota mallorquina devastara una vez á Barcelona. Las potencias marítimas cristianas de la parte occidental del Mediterráneo se aprestaron al fin á un esfuerzo poderoso. En el siglo XII, los catalanes, bajo el mando del Conde de Barcelona, aliados á los pisanos y florentinos, juntaron una gran flota, y conquistaron la capital de las Baleares, dando así golpe terrible al prestigio de la Mallorca musulmana. La conquista definitiva de las islas tuvo lugar un siglo después, cuando D. Jaime I, rey de Aragón y Conde de Barcelona, con poderosa escuadra de 150 galeras, triunfó al fin de la resistencia musulmana y agregó las Baleares á la corona de Aragón. El segundo hijo de D. Jaime gobernó las islas como reino tributario separado; pero en tiempos de Pedro II se unieron las

E. M.—Febrero 1909.

islas con Aragón, Valencia y Barcelona para formar en adelante parte del gran dominio español.

Bueno será insistir un momento en la relación que de antiguo existía entre Mallorca y Valencia. Si Palma á primera vista sorprende con su aspecto morisco, principalmente á la segunda — por lo menos así me lo ha parecido á mí, — revela curiosas características valencianas, cosa á que no va uno preparado. Lo cercanía de Barcelona y el tráfico constante con este gran centro de vida y actividad, parece que debía haber hecho de Mallorca, descontando las influencias moriscas, población catalana más que valenciana, aunque no es mucho más lo que dista Valencia tampoco. Pues bien: la civilización mallorquina es netamente valenciana, y no catalana, quizá porque los valencianos, al contrario de los catalanes, tienen poderosas afinidades con los moros. Los mallorquines tienen la animación y energía personal de los valencianos, entre los cuales encontramos algo del contraste de que hablé, de tipos morenos y tipos rubios de ojos claros y pelo estoposo. Unos y otros tienen predilección oriental por los colores brillantes y chillones; en ambas regiones, los hombres del campo han conservado la costumbre, que va desapareciendo ahora, de llevar bombachos, como los que llevan las mujeres en Oriente. El cántaro de Mallorca—panzudo y de doble asa, como el ánfora griega, que llevan casi siempre en el hombro derecho, sujeto por la mano izquierda — es el mismo que el de Valencia, y no de otro sitio de España, bien distinto del catalán, menos bello, pero mucho más útil. En la arquitectura de iglesias de Mallorca ya se ve semejanza con la catalana; pero la antigua Lonja, perla de la arquitectura de Palma, tiene rival en su gemela, aunque menos acabada, Lonja de la Seda, de Valencia (1).

---

(1) Guillermo Sagrera, por contrato, reproducido en *Gothic Architecture in Spain*, de Street, empezó, en 1426, á edificar la Lonja en Palma, haciéndolo á su costa por doce años. Sagrera fué el gran arquitecto de Perpiñán, que logró persuadir al Cabildo de la Catedral de Gerona á adoptar el plano atrevido de una gran nave sin alas.

Tampoco hay duda en que los aragoneses, conquistadores de Mallorca, han dejado señal duradera en estas islas, aunque en lo exterior de la civilización es menos fácil de reconocer, porque los usos y costumbres de los aragoneses y valencianos en muchas cosas se confunden. Pero sin las condiciones morales del aragonés — su intensa energía, su indómita independencia, su devoción reconcentrada, — no se pueden explicar muchas en la historia y en el genio de Mallorca cristiana. Nunca podré olvidar la impresión que me produjo, al visitar por primera vez á Zaragoza, la gente aragonesa; esa gente que, á mi ver, no se parece á ninguna otra del mundo por su temple recio y firme, tenaz en su independencia personal é indiferente al juicio ajeno. Una aragonesa entregada á la oración, con actitud patética y ademanes que revelan el olvido de sí misma, y una pareja bailando la jota del país, con la vehemencia desatentada de energía muscular reconcentrada tan enormemente distinta del baile andaluz, cualquiera que sea, da idea también de este temperamento, dotado de fuerza y originalidad especiales. Cuando se llega á conocer su valor, ya no sorprende que el pueblo aragonés, inspirado por unos curas, aldeanos y mujeres, haya sido capaz de hacer frente en la indefensa Zaragoza al aguerrido ejército de Francia, acaudillado por los primeros generales de Napoleón. Sin duda entra por mucho este pueblo en la formación de las cualidades más privilegiadas del espíritu mallorquín.

Conversando con la gente, y estudiando la impresión que los aragoneses han dejado en su capital por espacio de muchos siglos, va poco á poco esclareciéndose la idea del carácter mallorquín. Raza independiente, original, casi escéntrica nos parece; enérgica, pero impulsiva, deja á otros la libertad que para sí también reclama. Son también manifiestamente pueblo activo y comercial. Los que han escrito sobre Mallorca, le presentan como un edén indolente de la antigüedad. Cuando Jorge Sand y Chopin fueron á Palma, no encontraron ninguna fonda en toda la población, ni en casas particulares quien

quisiera de buena gana alojar á un inválido. Ahora hay de todo esto cuanto se quiera; la ciudad es muy limpia, urbanizada, y libre de malos olores—cosa difícil de hallar en Cataluña mismo.—Los chicos vendedores de periódicos animan con sus voces las calles; hasta los más pobres pueden escuchar las piezas del gramófono al tiempo mismo que están paladeando su café ó vermut. La energía venturosa de Mallorca se manifiesta en el febril ardor por las restauraciones arquitectónicas. La Casa Consistorial del siglo xvi, con sus grandes aleros salientes, tan característicos de Palma, está ahora en obra, y la catedral famosa ha estado en restauración muchos años. La actividad eclesiástica de Palma se nota en todo, y muchas congregaciones religiosas de frailes y de monjas tienen su residencia en la isla. En ninguna parte de España he visto tantos sacerdotes y tan distinguidos é inteligentes como allí; parece, según estoy escribiendo, que los veo pasar á cada momento.

Son también los mallorquines artistas por naturaleza. Compiten en gran proporción el gusto por la misma que distingue á catalanes y valencianos, y en general, á todos los pueblos marítimos de España. Siempre han tenido poetas en su propia lengua, que es la catalana, hablada aquí con más fuerza que en otras partes, y no pocas veces acontece que un poeta de Mallorca reciba el primer premio, la «flor natural», en los Juegos Florales, en que los poetas catalanes compiten en la ciencia del «gay saber». Pero principalmente son los mallorquines, arquitectos y escultores. Aunque la rudeza latente de su temperamento—que es en el fondo el elemento africano que persiste—implica cierta falta de sensibilidad estética. En parte alguna oí jamás órganos más chillones y estridentes como los de las iglesias de Palma, ni vi tampoco vidrieras con más colores y adornos anaranjados y grana más barrocos, que traen á la mente las disparatadas combinaciones de un caleidoscopio. La originalidad atrevida, casi extravagante, de los mallorquines se manifiesta con más fortuna en los trabajos de talla, en que claramente se han complacido más sus artistas. Ejemplo

de esta originalidad es el que ofrece la puerta Norte de Santa Eulalia, en que la talla de los capiteles es una hilera de monstruos alados esculpidos en alto relieve.

Son valientes y originales, aunque no muy inspirados en su arte, excepto en el de la construcción, pues su catedral es uno de los ejemplos más imponentes de la arquitectura lemosina.

## III



Raimundo Lulio nació pocos años después de la conquista de Mallorca por los cristianos. Conquista que se llevó á su término con la mayor humanidad, que aún no se había desarrollado el fanatismo feroz de siglos posteriores. Cuando se apoderaron de la isla los musulmanes, toleraron á los cristianos y permitieron al Obispo de Barcelona que ejerciera jurisdicción sobre ellos, ni habían por su parte los cristianos inventado todavía el instrumento de la Inquisición que había de ser algún día aplicado sin contemplación á destruir radicalmente la civilización musulmana. Hecho digno de recordar, porque dado que Raimundo Lulio nació en la ciudad más musulmana de las cristianas, puede comprenderse cuán influida estuvo su vida y obra por lo morisco y arábigo.

Fué su padre un caballero de los que acompañaron á Jaime I en su gran empresa de la conquista de Mallorca. Así, Raimundo Lulio fué criado en el ambiente caballeresco y romántico de la corte aragonesa, por los días en que caballeros y trovadores rivalizaban en brillantes empresas de armas, amor y poesía. En esta corriente de vida se arrojó Raimundo con todo el ímpetu y energía denodada de su ascendencia aragonesa, y toda la brillantez de su temperamento (1). Fué

---

(1) Sin duda, que este temperamento cuadra admirablemente al español en general, pero parece especialmente concentrado en forma típica en

el primer poeta catalán, consumado en la cítara y hábil igualmente en las artes de la navegación, equitación y combates. Nombrado Senescal de la corte de Palma, se casó y tuvo un hijo. Toda su vida le estuvo tiernamente encariñado. Uno de sus libros más célebres, el *Liber de Miraculis Cœli et Mundi*, que es á modo de novela en que un hombre lleva á su hijo amadísimo por bosques, sierras y llanuras, ciudades, villas y aldeas, para mostrarle las maravillas de Dios en el Universo, parece haber sido escrita para su propio hijo. En todo este primer período de su vida, no parece que Lulio sintiera la percepción del mundo espiritual. *Lascivus et mundanus* se representa á sí mismo en las pocas líneas que constituyen lo único que de su biografía queda. La historia corriente acerca de su conversión, que es una anécdota, por la que es conocido de muchos el nombre de Lulio, es muy dudosa porque no figura entre los recuerdos de su vida. Conforme á esta leyenda conocidísima, el joven poeta perseguía obstinadamente con su pasión y con sus poesías á una señora muy hermosa de Palma, que siempre resistió á sus sollicitaciones; y se dice que, en cierta

---

los valerosos é indomables isleños de Baleares. Cinco siglos más tarde nació en esta isla otro hombre que, por diferente estilo, revela exactamente el mismo temperamento versátil, pero vigoroso. Orfila, distinguido profesor de Medicina legal en París, nació en Menorca en 1787; aprendió Humanidades y mucha filosofía escolástica de Cordelier, su maestro; y á la edad de catorce años fué capaz de tratar en discusión pública problema tan altamente metafísico como éste: «si puede una cosa ser y no ser al mismo tiempo». Aprendió también los principales idiomas modernos, así como las Matemáticas, y se hizo marino; pero al zarpar el buque en que navegaba, fué apresado por piratas berberiscos, que quisieron empalarle y decapitarle. Estudió luego Medicina en Valencia; más tarde en Barcelona, y por último, en París, donde llegó á ser un químico famoso, dedicándose después á la Medicina legal, en que se le tuvo por la primera autoridad de su tiempo, igual que en Toxicología. Era también consumado músico y poseía una hermosa voz, que le valió al principio de su carrera una oferta de cinco mil duros por año en la ópera de París, la cual renunció. Después de la Revolución fué separado de su cargo de decano y perseguido sin tregua hasta su muerte, motivada por un derrame seroso.

ocasión, la siguió á caballo hasta dentro de la iglesia de Santa Eulalia, con gran horror de los fieles. Por fin, un día, no encontrando manera de resistir al afán de su amante, le llamó la señora y le enseñó su pecho roído por un cáncer. Desde aquel momento fué tan intensa la mudanza de sentimientos en el corazón del joven trovador, que acabó para él todo anhelo de goce terrenal. Si existe algo de verdad en la leyenda, ó si le sucedió que en medio de su vida de amoríos y canciones, alguna voz interior más espontánea, le llamó á la vocación verdadera, como á San Francisco de Asís, á quien en tantas cosas se asemeja (aunque exento de ese hechizo infantil é idílico, y dotado de más fuerza intelectual y originalidad), es lo cierto que pronto abandonó su carrera mundanal y casi toda su fortuna, buscando dirección espiritual en una peregrinación á los dos santuarios de Roque de Amadour y Santiago de Compostela, y adelanto intelectual en las universidades de Montpellier y París; se hizo al fin franciscano y encaminó sus energías por nuevos cauces.

Llámasele á Raimundo Lulio Doctor Illuminatus. El epíteto le conviene admirablemente dentro de la ciencia escolástica. Abelardo, Alberto el Grande, Santo Tomás de Aquino y Duns Scoto fueron los mayores filósofos, respectivamente, de Francia, Alemania, Italia é Inglaterra. Lulio, llevado al terreno de la filosofía escolástica, por su iluminación interior en período relativamente tardío de su vida, siempre dotado de carácter vigoroso y original, representa exactamente al escolástico español. Falto de la disciplina que la educación monástica imponía, tanto que su latinidad descubre á cada paso los idiotismos catalanes, se instruyó á sí mismo, viviendo en su celda, que miraba hacia aquel mar de zafiro, en las proximidades de Vallde-mosa, sitio de los más amenos de su isla nativa, y en sus perpetuas peregrinaciones por las grandes ciudades de Francia é Italia, no menos que por el Norte de Africa. Mas fué esta educación lo que le dió carácter personal, y libre de prejuicios á su manera de ser y que no hubiera obtenido si se hubiera educa-

do en un claustro; y esto le valió un cultivo variado del corazón y de la suerte, dirigido á fines prácticos, que ha dado lugar á comparársele con Anselmo, aunque no fué tan sutil pensador como él, y fué, en cambio, personaje más extraordinario y brillante.

Mucha gente que tiene noticia de Raimundo Lulio por los rumores vagos de la tradición, recuerda acaso su nombre como alquimista. Leyenda inevitable que envuelve á cuantos en aquellos siglos de ignorancia y superstición se dedicaban al estudio del saber. Muchos escritos de alquimia se han atribuído en los últimos tiempos á Lulio; pero aunque escribió con la energía apasionada y devoradora que consume á veces á los españoles, unos trescientos tratados sobre inmensa variedad de asuntos, no hay motivo para suponer que en alguno tratase de alquimia. Luanco, que se dedicó por entero á examinar la cuestión de si Lulio trató ó no de alquimia, enseña que desde 1272 hasta su muerte, ocurrida cuarenta años más tarde, casi todas las citas del filósofo prueban su incredulidad en esa parte. Repite muy á menudo en sus innumerables obras que no hay ciencia ninguna en esto, que la trasmutación de los elementos es imposible, y que el arte no puede mejorar las operaciones de la naturaleza. En su *Arbor Vitae*, compendio voluminoso de todo el saber humano, se habla de la alquimia como de cosa vana, y aun la ciencia química es desconocida.

El brillante y joven caballero mallorquín, el trovador consumado, se ha convertido ahora en maestro de ciencia enciclopédica. Era época la suya en que tal saber era posible á hombres de entendimiento llameante y energía irresistible como los de él. Y á pesar de esto, la multiplicidad de conocimiento de Lulio es pasmosa. Escribió, magistralmente sin duda, de metafísica, lógica, retórica, gramática, dogmas, ética, cosas todas que se incluyen en la rama escolástica. Y á más de esto, trató de geometría, astronomía, física, química, antropología, leyes, política, navegación, guerra y equitación. Previó el problema de la termo-dinámica,



la cuestión del gusto de color en el principio del movimiento; discutió las propiedades esenciales de los elementos; tuvo noticia de la propiedad del hierro que se ha tocado con el imán de volverse hacia el Norte; quiso explicar las causas de los vientos, lluvia y hielo, y trató también de los problemas de la generación. Predijo la invasión tártara antes de la venida de los otomanos, y creía firmemente en la existencia de un gran continente á la otra banda del mundo, siglos antes que Colón navegara con rumbo hacia el Ocaso. No fué gran descubridor é investigador científico, ni tuvo el temperamento exclusivamente científico de otro compañero de su orden, Rogerio Bacon; pero su inteligencia, aguda y penetrante, le colocó á la cima del saber máspreciado de su tiempo, y no se puede menos de admirar que un hombre que empezó su vida como cantor alegre de un apartado centro de costumbres caballerescas, y la terminó con el martirio por la fe, poseyera tan serena agudeza intelectual, tan templada energía, para emplearlas en la interpretación del mundo visible.

Mas por encima y fuera de sus estudios filosóficos, Lulio fué criatura de emoción y pasión, no tanto en la ciencia como en las cosas religiosas—que restituyeron á su antiguo ardor por la poesía y el amor,—señalándose en las últimas como grande iniciador. No es lo más el que se le haya tenido por precursor del dogma de la Inmaculada Concepción, aunque esto importe para su crédito con una Iglesia que ha estado siempre indecisa en calificarle de santo ó de hereje. Lo de más es que Raimundo Lulio pasa por el padre del misticismo español, es decir, de la escuela más poderosa é influyente de pasión religiosa, de que el mundo europeo puede dar muestra.

En esta parte se patentiza la medida en que Raimundo Lulio, con toda su personalidad individual y ardorosa, ha sido influido por el ambiente mahometano en que naciera. Hermano de la venerable Orden Tercera fué, pero su gusto personal le condujo á la vida eremítica, y á pesar de sus frecuentes peregrinaciones por Europa y Africa, halló evidentemente tiempo

que invertir en la soledad, y especialmente en la exquisita amada soledad de su celda entre los riscos de su isla natal. Mas no fué nunca el típico anacoreta cristiano, ávido de macerar la molicie de su carne ó de vivir de hierbas, con la sensibilidad muerta para los halagos del mundo. Lulio fué no tanto anacoreta cristiano como *Sufi* mahometano. Para lo mejor de la gente árabe, la vida del ermitaño representa un cultivo delicado del entendimiento y de las emociones religiosas. Si Lulio leyó, como quizá lo hiciera, la preciosa novela psicológica el *Filósofo Autodidacto*, en que un musulmán español, Aben Tofail, desenvuelve la historia de un Robinsón espiritual, abandonado de niño en una isla desierta del Océano Indico, amamantado por una cierva compasiva, y convirtiéndose poco á poco, mediante el observar y el meditar, en un sabio docto y piadoso, encontró en ello el ideal que por entero le cuadraba. La iluminación divina era una realidad para los místicos mahometanos que acostumbraban también á simbolizar las relaciones del Creador con la criatura en una serie de imágenes orientales, sacadas valientemente de la relación humana amorosa (1). Lulio, cuya divisa era «no vive el que no ama», el trovador enamorado que se despidió del amor mundano, se apoderó de este aspecto extático de la adoración religiosa con instinto ardoroso é inevitable. Arrancólo á viva fuerza del fondo de los sentimientos musulmanes para aplicarlo al cristianismo (2). Digno es de notar que el *Sufi* ha aprendido el secreto de su misticismo, de los neoplatónicos cristianos de los primeros tiempos,

---

(1) En la *Revue Philosophique*, de Mayo de 1906, se encuentra una noticia sucinta del sofismo, por Probs-Biraben, que ha estudiado sus manifestaciones en el Norte de África.

(2) Adviértase que la extremada amplificación cristiana del amor desinteresado á Dios que informa el soneto *Á Cristo Crucificado* (publicado en todos los libros de himnos protestantes, traducido de una versión latina, erróneamente atribuída á San Francisco Javier), fué obra de un español desconocido. (Foulche-Delbosc discute su autoridad en la *Revue Hispanique*, 1895-1899.)

dándose el caso de que el musulmán empuñara la antorcha que había recibido de manos cristianas.

Menéndez Pelayo, en su *Historia de las ideas estéticas en España*, y Ribera, docto español que ha puesto en claro recientemente la conexión íntima entre Raimundo Lulio y el misticismo musulmán, han evidenciado que su obra, mejor y más caracterista, el *Libro del Amigo y el Amado* (*El Libre d'Amic e d'Amat*), fundamento del misticismo español, fué escrito á imitación directa de los ermitaños musulmanes. Lulio mismo ha dicho repetidas veces que él era un *Sufi*, cuyo amado era Cristo. Por seguir las maneras del *Sufi* cristiano abandonó la compañía religiosa á que pertenecía, y prefirió llevar vida eremítica, peregrinando de tierra en tierra pobremente, predicando en las calles y en las plazas donde quiera que llegaba, retirándose algunas veces á una cueva, entregándose á la contemplación extática en compañía de su Amado. Vida esta que muchedumbre de moros llevaban en la costa opuesta del Africa. La misma doctrina especial de Lulio, de que toda ciencia no es sino iluminación divina, fué enseñada por los mahometanos mucho antes de que él naciera. Su tendencia al panteísmo, su quietismo, su creencia en que el Amigo, el amante espiritual, es uno en esencia con el Amado, doctrina musulmana era también. El filósofo Abensabín, el escéptico Aben-Hard, y más que nadie, el poeta místico y maestro universal, Mohidin Aben-Arabi—españoles musulmanes todos del reino de Murcia que habían llegado al Norte de Africa, y pertenecientes al período inmediatamente anterior á Lulio,—presentan anticipaciones de su propia vida, oposiciones y sistema que, como Ribera ha demostrado, no pueden ser fortuitas (1).

Los sofíes escribieron parábolas de amor divino, valiéndose de la alegoría del amor humano, y parece que bajo la influen-

---

(1) Ribera «Origen de la Filosofía de Raimundo Lulio» (*Homenaje á Menéndez y Pelayo*, vol. II.)

cia de un libro de Mohidin, de este género, nació en Lulio la inspiración de escribir el *Libro del Amigo y del Amado*, punto de partida del misticismo cristiano español que, cuatro siglos después, encontró su apogeo soberano y representativo en Santa Teresa (1). En la parte religiosa práctica se aparece Lulio á los ojos del protestante como campeón y apóstol principalmente. Es el primero entre cierta clase de misioneros que rara vez se encuentran ya, que salen por el mundo, no con idea de su propia superioridad sobre los entenebrecidos infieles á quienes su destino lleva á catequizar, sino con la convicción de que pueden aprender mucho de los mismos á quienes intentan enseñar. Lulio tenía tal deuda con el mundo musulmán, en cuyas fronteras había nacido, que quería devolverle en pago su fe cristiana, como perla que con inestimable valor se presentaba á sus ojos. No había tono de superioridad en sus maneras. Antes por el contrario, profesaba admiración particular por la ciencia y virtudes de los moros. En su *Félix* hace la observación de que ellos son más reflexivos y discretos en sus maneras de vida que los cristianos. Admiraba también sus métodos de ordenada devoción y el como atendían á su predicación. Ribera no ha encontrado un solo pasaje en el que Lulio no hable de los musulmanes con afecto, salvo de Mahoma, y aun de éste recomienda no se hable mal si se desea convertir á los moros. La única cosa de que los moros carecen es la fe cristiana, al parecer de Lulio; y hablando con ellos en su lengua y su tierra, pensó este fervoroso misionero obrar la hazaña de convertirlos. Fué objeto preferente de su vida establecer enseñanzas de lenguas vivas, especialmente de la ará-

(1) Se ha de observar que el concepto de devoción mística y pasional á causas abstractas que excluyen afecto terreno, es fácilmente accesible á la mente del español, aun fuera de la esfera religiosa. Pecchio habla en sus cartas de una joven española entusiasta y bella, que decía del gran héroe popular Riego, en 1821: «Dicen que se va á casar; ¡qué desventura! ¿No vive acaso solamente para el país y su libertad? No debe casarse, porque su matrimonio es una infidelidad á la nación. ¿No es acaso el amante de ella?»

biga, en que pudieran instruirse misioneros competentes. A este fin, como él mismo refiere, dedicó su actividad por cuarenta y cinco años. Tres veces fué á Roma á presentar sus planes al Papa, que le recibió amablemente, pero no hizo nada. En este punto estuvo Lulio muy por encima de todas las universidades, sin que hasta tres siglos después de su muerte se estableciera el Seminario de *Propaganda fide*.

Los esfuerzos personales de Lulio no por eso dejaron de ser muy importantes. Si su energía y su habilidad triunfaron ó no en el empeño de convertir á los musulmanes, no podremos saberlo, y aun puede ponerse en duda. La religión de los mahometanos es posterior á la de Cristo, y rara vez una religión nueva cede á otra más antigua. Aun hoy los mahometanos rara vez se han convertido, ni aun rindiéndose á la espada. Los secuaces de una fe nueva rehusan aceptar lo que les parece un paso hacia atrás. Lulio se había preparado para esta misión con notoria buena maña. Sus estudios de lengua árabe no eran, ni mucho menos, superficiales. La aprendió de un esclavo sarraceno, á quien había educado, y debió conocer algo más que la lengua familiar. En su colegio de Miramar, en Mallorca, instruyó á los frailes, no sólo en el idioma, sino además en los sistemas filosóficos árabes. Se afirma que escribió más de una obra, y entre ellas, la principal de las místicas en este idioma. En una de sus numerosas visitas á Africa disputó en Bona con cincuenta doctores musulmanes. En Bugia discutió de asuntos religiosos con los más profundos pensadores del Islam. Con esto no hay para qué decir lo amenazada que estaría su vida. En las primeras visitas menciona que ha sido encarcelado y golpeado. Contra el fanatismo de las turbas no hay devoción que prevalezca, y así fué que, en Bugia, en 1315, á los ochenta años de su edad, fué asesinado, y de allí se llevó su cuerpo á Palma, donde desde entonces ha obtenido gran consideración y honor, como el más insigne de los mallorquines.

Raimundo Lulio fué el primero de los grandes españoles—si prescindimos de los que en épocas más lejanas pertenecen á

la historia del mundo romano, —sin que español ninguno después haya cifrado en sí; de manera tan completa y brillante, todas las cualidades que se juntan para formar á España. Amante, soldado, un tanto hereje, un mucho santo, tal ha sido siempre el verdadero español. Energía ardiente, para la que no existen obstáculos; predisposición al apasionamiento místico, tanto en amores como en religión, junto á cierta fortaleza que no teme afrontar el dolor ni la misma muerte, cualidades son que reaparecen constantemente en los hombres que engrandecieron á España. Lulio pasó sucesivamente por todas las fases del alma española, y en todas las ocasiones de su larga vida perseveró en él la misma fibra y temperamento invariable, en lo que más que en nada se mostró español. El joven caballero y poeta, que amaba la música, las mujeres y los caballos, cuando por repentino choque de su vida se volvió violentamente á una dirección nueva, conservó el mismo espíritu caballeresco, la misma devoción ferviente enderezada hacia otro amor, y hasta siguiendo el mismo lenguaje en su servicio. En su celda de anacoreta y en su separación ascética del mundo le seguían acompañando su educación caballeresca y su carrera cortesana, siendo su *Blanquerna* (el más memorable de sus libros, que incluye el *Libro del Amigo y del Amado*), así como su *Félix*, una especie de novela de Caballería cristiana. En todas sus cosas la pasión era su fuerza motriz; en Lulio, como trovador y como santo, hay siempre ocasión para decir con él: «No vive quien no ama.»

#### IV

En una capilla oscura, de los Franciscanos en Palma, arde constantemente una lámpara mortecina ante la tumba de Raimundo Lulio. Es esta tumba un monumento trabajado en alabastro, que un hábil escultor mallorquín ejecutó más de un siglo después de la muerte de Lulio, y ocupa toda la pared orien-

tal de la capilla mencionada. Encima hay un sarcófago, en el que yace la figura de Lulio cara al cielo; pero á la extraña manera baleárica, según la cual el lecho en que la figura reposa se inclina en ángulo recto con el sarcófago, en términos que resulta perfectamente visible para el espectador (1). Es un rostro grave, sereno, varonil, de larga y venerable barba; un yelmo cubre su cabeza, recostada en un almohadón, y el cuerpo está envuelto en un hábito liso y luengo y un gran rosario da vuelta á su cintura. Así debió ser el solitario cuando vivía.

Yo no me saciaba nunca de pasear por el variado y desigual pavimento de la iglesia de los Franciscanos. No es de las mejores iglesias de España, pero para mí pocas hay más interesantes, ni concibo que conozca ninguna otra para santuario de Raimundo Lulio más que ésta. Está situada en una plaza tranquila, en el centro de la ciudad, y desde la ciudad misma no llama la atención. Pero cuando salimos de la muralla hacia la carretera de Valldemosa, empieza á verse la torre de los Franciscanos, dominando á la ciudad, y á lo lejos se distingue el grácil torreón de verdes tejas con su terraza, que se ofrece á los cuatro puntos cardinales, como el alminar de una mezquita, reminiscencia feliz del mundo mahometano que Lulio tanto amara y en el que diera su vida (2).

Parece que en la actualidad la marea del favor popular ha ido retirándose de la iglesia de San Francisco. El fervor de los mallorquines por las restauraciones no se ha acordado de ella; ligeras reparaciones, de que se halla muy necesitada, se han llevado á cabo moderadamente; pero en conjunto, la iglesia ha perdido mucho y se halla muy abandonada. Los fieles que á ella concurren son pocos y pobres; los claustros, con su do-

---

(1) No es, sin embargo, único este método en Palma, pues también he visto disposición semejante en las esculturas sepulcrales de la catedral de Zamora; por lo común, está disminuída la abertura del ángulo (como en Salamanca), lo que es menos desagradable.

(2) Torreón algo parecido, con tejado de tejas de vidrio, se ve en la iglesia de San Pablo, de Zaragoza.

ble fila de arcadas encantadoras y delicadas, son casi inaccesibles y están cubiertos de hierbas: apenas si hay sacristán que se encargue de custodiar y mostrar los tesoros del lugar (1). Bien puede decirse que la mayor parte de la sombría iglesia pertenece á uno mismo si la quiere disfrutar como museo de antigüedades, como patria de lo romántico, que invita al ensueño.

En otro tiempo, sin embargo, la iglesia de San Francisco debió haber sido la más de moda y más popular en Palma. En todas partes presenta arruinadas reliquias de pasada riqueza y poderío. Es una rica colección de antigüedades, no acopiadas artificiosamente, sino acrecentadas poco á poco durante varios siglos, conservándose al parecer intactas por espacio de tanto tiempo. Sin belleza notable ni excepcional en la construcción, preséntase adornada la iglesia con tallas platerescas por fuera, y dentro con variedad de mármoles, que las devastaciones del tiempo han destrozado. Los habitantes más ricos de Palma preferían evidentemente ser enterrados aquí, pues la iglesia está llena de inscripciones mortuorias; á los lados hay grandes enterramientos, y en el suelo hay esparcidas innumerables losas sepulcrales. Las capillas, pavimentadas y enlosadas, por lo común de azulejos, están cuajadas de altares de ricas labores y suntuosos túmulos. Amplios y hermosos bancos de variada hechura se hallan distribuídos por toda la iglesia, concesión á la comodidad, que sorprende encontrar en santuario tan antiguo. Ninguna iglesia de Mallorca es más rica en cuadros, no ya religiosos, sino profanos—sobre todo una vista

---

(1) Parte de este antiguo monasterio, con sus hermosos claustros, pertenece al Estado. Se ha permitido á algunos franciscanos ocupar cierta parte del convento. Poco después (en 1906), al año de mi visita, fueron acusados destempladamente, en uno de los principales periódicos de Mallorca, de haber hecho obra en la parte del edificio que pertenece al Estado; paréceme el cargo infundado, y viene á significar principalmente el resentimiento creciente que las Órdenes religiosas van inspirando á la gente en España.



de Palma antigua, y de gran tamaño, que hay detrás del altar,—no de gran valor artístico, pero de considerable interés. Hay también mucha escultura del estilo de Palma, original y atrevido.

La Iglesia ahora, es lugar desierto y agradable para la meditación; en los días de su prosperidad, no siempre fué santuario inviolable de paz. La marejada de las pasiones humanas se estrelló alguna vez contra sus puertas. Un episodio trágico en la historia de Palma alcanzó su proporción más considerable en esta iglesia. En el siglo xv, cierto noble ciudadano de Palma se dirigía á casa de otro ciudadano, cuando una sirvienta, abriendo las maderas de una ventana alta—como es costumbre todavía en ciertas calles de algunas ciudades españolas,—vertió una olla en la cabeza del transeunte. Irritado éste, entró en la casa, queriendo castigar él mismo á la imprudente doncella, sin cuidarse de las advertencias de la señora de la casa. El dueño, ofendido por la violación de su domicilio, tuvo consejo con sus amigos, y ayudado de ellos, vengó la injuria, matando al agresor y á su mujer. Los matadores fueron detenidos, pero al fin perdonados. Pero entretanto, los allegados de una y otra parte fueron agrupándose, formándose dos partidos, y al fin estalló la contienda en esta iglesia de San Francisco, donde los dos bandos, en número de trescientas personas, se atacaron un día con encarnizamiento. La sangre corrió, y el suelo se llenó de cadáveres; en vano hicieron los frailes por restaurar la paz, y fulminaron anatema contra los combatientes. De esta clase es la violencia de carácter de los baleares, que puede apreciarse todavía en sus obras de arte (1). Ahora, frailes y guerreros, y hasta los mismos fieles, han dejado en paz el convento de San Francisco. Sólo la

---

(1) No sucede ya esto en lo que se refiere á la criminalidad; según las últimas estadísticas, las Baleares figuran en situación menos grave, en crímenes violentos, que el resto de España.

memoria de Lulio sigue viviendo en la iglesia, en el sitio en que la lámpara de tibia luz se balancea perpetuamente ante la tumba en que reposa, y desde el bello alminar de matices encarnados y verdes parece aún anunciarse su testamento al mundo.

## V

Tranquila y plácida era la tarde en que, á bordo otra vez del *Lulio*, zarpamos del puerto de Palma. Hundíase el sol majestuosamente en una de las puntas de la rada semicircular, y en la otra la luna llena empezaba á tender sus argentados rayos por las centelleantes aguas. Nápoles no es, al lado de esta pequeña y linda bahía, más que un paseo á la moderna á la orilla del mar. Aún creo ver la bahía de Palma como en las visiones encantadas del hada Morgana. A la izquierda dejamos el famoso castillo de Bellver, guardián de Palma, firmemente asentado en su colina; casi en la cumbre aparece su linda y elegante Lonja, con las atrevidas almenas de sus fuertes dirigidas al cielo. A la derecha, surgiendo de las macizas murallas medioevales, que aún rodean á la ciudad, se contempla la romántica ciudadela de Palma, la amplia cúpula de la Catedral, y bajo ella, la Almudena, de morisco dibujo, que ha sido en todo tiempo el palacio de los distintos gobernadores de Mallorca. Las sierras onduladas le sirven de fondo á este cuadro, que se disuelve en un paisaje fantástico á los trémulos resplandores de la luna así que el *Lulio* vira hacia el Norte, bajo los muros de Bellver.

Aún seguimos por varias horas bordeando la costa. Los riscos, revestidos de hierba, avanzan hasta el callado mar en reflujo, y á trechos, por ciertos pasos, se ofrecen á la vista imágenes de paz idílica; pasamos las alturas que sombrean á Valldemosa y su arruinado Monasterio de cartujos, en que Chopin, inspirado por la solemnidad del sitio, compuso sus *Prelu-*

*dios.* A la izquierda, la enorme masa de Ibiza asoma por entre la oscuridad, que se acrecienta como el vértice de una montaña. La impresión de hechizo va lentamente amortiguándose. Mis compañeros de viaje, en su mayor parte curas, calladamente se van retirando, antes que la hora se haga excesivamente tarde. A la mañana siguiente nos encontramos en el mundo bullicioso y regocijado de Barcelona.

HAVELOCK ELLIS

# EL SUPPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

---

LIBRO CUARTO

---

CAPÍTULO PRIMERO

—Está enferma ó lo finge, para dejar su puesto á la otra; créeme—dijo la generala la mañana del día de la fiesta del lago á Kitty. ¡Qué ridículo! ¡Como si la hubiéramos llevado nunca en tales ocasiones!

—¿Por eso no le has tomado la palabra cuando te pidió permiso para quedarse con Clementina?—preguntó Kitty.—No la puedo ver.

—Querida mía—dijo la generala, aceptando el brazo de su Kitty, mientras se paseaba por la terraza;—está segura de que la detesto tanto como tú, y que en la primera ocasión tomará el portante. Pero la condesa se ha chiflado por ella, y mientras pienses en Guido...

—¿Cuántas veces te he de decir que ya no pienso en él?—exclamó Kitty.—¿Timidez?... ¡Qué estúpida cualidad! No me habléis más de él. Anteayer se portó conmigo indecentemente.

—También coqueteaste tú de lo lindo con Trottau.

—Después de ver que Guido.... ¿Pero no quieres creerme?

—Eso es una locura, querida mía.

—No lo es. Lo que hice, hecho está. No la perdió de vista en todo el día; ¡parecía tonto! Apostaría á que se enamoró de ella en el ferrocarril. Quizá empezaría ella. ¡Cualquiera se fía de ella!

—Sería escandaloso—murmuró la generala,—verdaderamente escandaloso. Y nosotros hemos echado leña al fuego.

—Completamente—dijo Eleonora.—Ella seguramente sabía que vivíamos cerca de él. Estarían de acuerdo.

—¡Escandaloso—repitió la generala.—Si al menos tú estuvieses segura de Trottau...

—Tan segura como de que es de día. Ya lo verás esta tarde.

La generala suspiró, pero no se atrevió á contradecirla. Kitti había demostrado de nuevo ser la más sagaz. Ya había sucedido en los últimos tiempos más de una vez. Sólo que no quería confesarlo.

Se habían quedado en pie delante de la balaustrada, sumida cada una en sus pensamientos, mirando á Juan, que preparaba el bote para la excursión por el lago.

Eleonora había vuelto al lado de Clementina, á quien desde la mañana anterior sólo dejaba cortos momentos, á pesar de que la generala y Kitti aseguraban, que no necesitaba cuidados. Ya había tenido cien veces aquellos ataques.

Clementina lo confirmaba: seguramente, se había enfriado un poco al volver de Wendelstein, á pesar de que había pasado la noche tranquila, hasta que por la mañana sintió su antiguo dolor en el corazón. Había que guardar el plan que el doctor Baltasar le indicó para estos casos.

Pero el plan no se había guardado, y á las enérgicas instancias de Eleonora se había avisado al doctor. La había auscultado, no hallando complicación inmediata. La recetó una nueva medicina, recomendando el sosiego y el más extraordinario cuidado.

Habló bastante consolador, sin tranquilizar por completo á

Eleonora. En el curso del día no había experimentado ningún alivio; su estado hoy, como dijo el doctor Baltasar cuando volvió, era el mismo. Y hasta era de temer empeorase. Pero, de todos modos, la señorita Ritter podía irse descuidada á la fiesta del lago. Era muy interesante, y hasta única en su género. Persuadía á todos de que fuesen, incluso á la baronesa Randow, que, en sus eternos cuidados por la hacienda, tenía necesidad de distracción. Las murrias es lo peor á que puede entregarse una persona.

A pesar de esto, Eleonora rogó á la generala que la permitiera quedarse.

—¡Bueno! ¿Y qué dice mamá?—preguntó Clementina, cuando su amiga volvió á sentarse á la cabecera de su cama.

—Quiere á toda costa que vaya. No sé para qué—contestó Eleonora.

—Creo que puedo decírtelo—dijo Clementina, con una sonrisa de sus pálidos labios;—porque no ha dejado de notar, por mucho que la contraríe, que la condesa te distingue y que Guido, á su manera tímida, te hace la corte.

—Estás loca, niña; se te ha puesto esa idea en la cabeza.

—No soy, seguramente, una vestal como tú. En serio: si Guido viniera un día á ofrecerte una corona condal, ¿la rechazarías?

—No vendrá.

—¿Y si viniese?

—Entonces ya tendría tiempo de pensarlo. Por el momento, debes dormir, como te ha dicho el doctor.

—¡Quién pudiera dormir!—murmuró Clementina, mirando obstinadamente á la colcha.

Eleonora la observó largamente en silencio, con mirada seria é interrogadora. Después dijo:

—Clementina, confiesa que te atormenta algo, además de tu enfermedad, que te ha puesto así. ¿No quieres decírmelo?

—Me preocupas tú—dijo Clementina, mirando siempre á la colcha.

—¿Yo?.. ¿Cómo?... ¿Por qué?...

—Tengo la idea de que no vas á estar mucho tiempo con nosotras. No h  de ocultártelo. A pesar de sus amabilidades, se mueren de envidia hacia ti. Y en la lecci3n de inglés, no hay que pensar. Kitti es muy holgazana; nunca ha aprendido nada. Si tú te marchas, y yo me tengo que quedar con ellas... es un pensamiento horrible. Y mira, t  serías tan buena si te casaras con Guido, y fueras condesa, y necesitaras una señorita de compa a para tus ratos de ocio, y pensaras en la pobre Clementina, y la llevaras contigo por pura compasi3n, ¿sabes? Así tendrías una dama Brita, como tu señora suegra, y...

Cubri3se el rostro con las manos y rompi3 en llanto.

—¡Niña, niña!...—exclam3 Eleonora, asustada.—A callar; no te agites. Ya me casar  con tu conde si pone de nuevo su corona á mis pies. Ya lo hizo en el ferrocarril: la corona de su maleta. Me hizo poner los pies sobre ella. Pero como comprendes, esto no basta. Tiene que ser la verdadera corona condal, de oro puro, de diez y ocho quilates, con que se acuesta por la noche. Ya ves t , t  misma te r es de tus disparates. S  buena y trata de dormir. Tengo que escribir unas cartas. Tengo que llevarlas yo misma al correo. Te dejo la puerta abierta. Si quieres algo, me llamas.

Eleonora sent3se ante el cartapacio, y estuvo largo tiempo sin poder escribir una palabra. En su coraz3n reinaba la tristeza. Aún le preocupaban sus recuerdos de la noche pasada. Había hecho lo que no podía ni quería: alimentar con su propia pasi3n la pasi3n de Ulrico, que ella creía transformada en odio y c3lera por la escena de la primera noche. Le había escrito diciéndole que le agradecía con toda su alma su amor,   que ella correspondía, como habría podido persuadirse; pero que le suplicaba de rodillas que no pensara en hacerla suya. Era completamente imposible. No podía ser feliz   costa de su esposa y de sus hijos. Por dura que fuese la elecci3n, prefería parecer   sus ojos cobarde y miserable, y que dudase de su amor,   faltar á su propia conciencia.

Eran las mismas temerosas quejas de la carta de la última noche de Norderney, condensadas en un grito desesperado.

Había llevado la carta al correo, que todos los días á la misma hora llegaba á Seehausen. Le dió la carta en secreto, permaneciendo detrás de él mientras tartamudeaba que había olvidado algo, y el hombre, sin decir nada, ó como ella creyó notar, echando una mirada de extrañeza á la dirección *poste restante*, se metió la carta en el bolsillo; nunca había pasado mayor vergüenza. No, no; aquello no podía prolongarse más tiempo; no lo soportaba su orgullo. Aunque su corazón se hiciera mil pedazos, debía marcharse.

La tía se quedaría asombrada al verla volver después de tan pocos días. Allí estaba su carta de anteayer sin contestar. Era una carta triste. Don Fernando se había despedido. Quería marcharse el día quince. Chile necesitaba de todos sus hijos, decía, según escribía la tía. Pero sé que no se va á su país; sino que ha alquilado un cuarto con muebles en la calle de Krausen. No lo sentiría, pues era el menos simpático de todos, si mi proyecto de volver, como en otro tiempo, á admitir niños se realizase. Pero, á pesar de mi anuncio en tres diferentes periódicos, hasta, ¡me da vergüenza el decirlo!, en un periódico de oposición, nadie se presenta. Dinero tirado á la calle, como yo temía. Como la pobre Tila, tan débil, necesita cuidados, no puedo despedir á Augusta (Emilia ya se fué), á pesar de que en mi situación, una criada es un lujo. Y, á primeros de Octubre, me tendré que mudar á un cuartucho cualquiera, vendiendo la mitad de mis muebles, que tantas raíces han echado en mi corazón. Si Dios no nos ayuda, no sé qué va á ser de tus pobres parientas.

—¡Pobre anciana! Cómo saltaría de júbilo su anticuado corazón si la pudiese escribir: «Querida tía: te anuncio mi próximo enlace con el conde Guido Wendelin, y creo que no se ofenderá tu orgullo si, de ahora en adelante, tu sobrina la condesa... ¡Ah!

Eleonora llevóse las manos á los ojos, como para disipar



una imagen que no debiese contemplar, y escribió con mano apresurada unas líneas en que trataba de dar valor á su tía, añadiendo que probablemente volvería á Berlín dentro de unos días, pues ya le pesaba su situación, y prometiéndola que entre las dos verían de resolver la situación del momento y de asegurarla para el porvenir.

Eran vanas palabras; ya lo sabía ella; pero cuando nada se tiene que decir, ¿qué remedio si no hacer frases?

Se asomó á la puerta; Clementina estaba tranquila y parecía dormir.

Otra que necesitaba su ayuda, que la imploraba, y á quien no podía concedérsela. ¡Ah, qué espantosa y abrumadora la idea de la impotencia cuando la fantasía concibe el bien sumo y la suprema belleza, y se siente que no sería un vano ensueño la miserable realidad no condenase á la inacción las fuerzas del alma!

Volvió otra vez al escritorio y tomó la carta de Borikin, recibida en los últimos días de su estancia en Berlín, y á que no había contestado por su insensatez. Hoy experimentaba simpatía por aquella insensatez, la cual corre parejas con la vida, que no ofrece nada de razonable.

Y es una carta de insensata valentía, un elogio del nihilismo, no del ruso, que en vano aspira á poner un orden en aquel caos, sino del nihilismo universal; rompe con todo, absolutamente con todo: amor y odio, alegría y dolor, dicha y desgracia, y no halla otra salvación que el Nirvana, que acalla todo impulso del alma, apagándolos todos.

Una larga carta, que no quería volver á leer cuando la acabó. Ya estaba harto cansada de decir una cosa, para contradecirse al instante; de hacer una cosa, para arrepentirse después de haberlo hecho.

Unas horas después, estaba vestida para la fiesta, ante el lecho de Clementina.

—¡Qué hermosa estás! — dijo ésta; — no es maravilla que las mujeres te odien y los hombres te amen. Hoy te espera uno

bueno y modesto, y del que puedes estar segura que no te atormentará con celos y no querrá sino amarte y hacerte feliz.

—Temo que la fiesta me resulte un poco aburrida; pero quiero ver; por supuesto, á condición de que seas juiciosa, y que cuando vuelva, me mires con tus queridos ojos sonrientes.

—Haré todo lo posible. ¡Y ahora otro beso! ¡Querida, preciosa, tú eres todo para mí!

## CAPÍTULO II

La fiesta estaba hacía horas en todo su apogeo. Con arreglo al programa, una hora antes de la puesta del sol, dos morteros en la playa de delante de la fonda de «Los tres peces» habían dado la señal para que los señores de las orillas del lago subieran sus botes. Antes era aquel viaje obligatorio, hiciera bueno ó mal tiempo, y cuanto peor fuera, más divertida era la fiesta. Pero ya hacía algunos años que no se solían emplear las embarcaciones sino cuando el tiempo, como aquel día, era hermoso. También había perdido la fiesta su carácter simbólico, desde que los convidados no se reclutaban entre las siete familias nobles de la orilla del lago. Se creyó necesario invitar también á los colonos de las tierras de Voigt y Waldow, que ahora pertenecían al pueblo; á las autoridades y oficialidad de los dos escuadrones de guarnición en el pueblo, y por último, á los propietarios que vivían lejos del lago, como el Sr. de Trottau, y otras. Así, pues, hasta el nombre de «Fiesta del lago», debía entenderse *cum grano salis*. Por otra parte, la circunstancia de que para aquella tarde la fonda y sus dependencias con el bosque anejo, puesto á disposición de los invitados por el director de bosques, pertenecía exclusivamente á los festejantes, y el haberse comprometido el fondista á no admitir á ninguno otro huésped bajo ningún pretexto, era lo único que recordaba el rigor de los primeros tiempos.

Eleonora tenía que agradecer estos detalles al señor Joa-

quín de Brandt de Postow y Semlo, que, como organizador de la fiesta, se esforzaba en hacer los honores á la señorita Ritter, que por primera vez asistía, sobre todo desde que Guido le dijo que la dama era una particular protegida de su mamá, y le rogó que la atendiese. Hubiera sido para Guido una indecible alegría poderlo hacer en persona; pero comprendió que debía delegar en otro tan agradable ocupación, y esperó pacientemente el comienzo del baile, que le debía acercar á ella. Pronto se vió Eleonora, merced á los esfuerzos del señor de Brandt, rodeada de un enjambre de obsequiosos caballeros, entre los cuales se distinguían especialmente por su celo algunos oficiales. Esto en otras circunstancias le hubiera sido bastante molesto; hoy aceptaba las pequeñas contrariedades con gusto para evitar otra mayor: la de estar siempre con la generala y Kitti, que no se separaba de su mamá, como tampoco de ella el teniente Trottau, aquella tarde de uniforme.

Acercóse entonces á ella de nuevo el infatigable señor de Brandt, separando á algunos oficiales que hablaban con ella.

—Perdonen ustedes, señores; tengo que hablar un momento con esta señorita. ¡Eleonora! Mi esposa arde en deseos de conocer á usted. La estoy á usted buscando hace un cuarto de hora. ¿Puedo ofrecerla mi brazo?

Eleonora se encontraba en compañía de los referidos caballeros á la parte del lago, adonde la multitud se apiñaba en busca de sitio para ver los fuegos artificiales; pero faltaba aún media hora. Ya cuidaría él de que la señorita volviese en seguida, aseguraba el señor de Brandt á Eleonora, al paso que la guiaba por la casa frente á la puerta del comedor, en donde gran número de mesitas estaban dispuestas para la comida al otro lado de la plaza, donde, bajo los árboles, adornados con farolillos, paseaba gran parte de los contertulios, recreándose con los acordes de la banda militar ó charlando en bancos y sillas.

—¡Allí está mi mujer!—exclamó el señor de Brandt—indicando uno de aquellos grupos formado por dos ó tres señoras.

Eleonora se estremeció. Al lado de la que el señor de Brandt señalaba como su esposa, estaba sentada Herta. Como había tardado en verle aparecer, temía y esperaba que no tendría lugar aquella noche un encuentro, para ellos dulce y triste á la vez. Ahora no había más remedio que afrontarle.

—Aquí te traigo, querida Eduvigis, á esta dama; señora baronesa, ¿puedo presentarla á la señorita Ritter?—¡Ah, ustedes ya se conocen! Con permiso de ustedes, yo me eclipso; tengo hoy un mundo sobre mí...

El señor de Brandt desapareció. Su señora invitó á Eleonora á que se sentase á su lado, y se engolfó en una conversación cuyo tema era la educación de los niños. Era imposible oír distintamente, por la proximidad de la banda que tocaba un vals de Strauss. No parecía incomodar esta circunstancia á la dama; hablaba con bastante agilidad de lengua, indudablemente convencida de que proporcionaba á la señorita de compañía de Seehausen un honor y un raro placer. Eleonora dejó hablar á la locuaz interlocutora con gran placer, pues así tuvo tiempo de reponerse un tanto de la impresión nerviosa que había sentido al ver á Herta, y se preparó para el momento en que apareciese Ulrico. Entretanto, no dejaba de inspeccionar á hurtadillas el rostro de Herta, que atendía poco ó nada á la conversación. Las quimeras son mala cosa, había dicho el doctor Baltasar aquella mañana. El aspecto de Herta denotaba que se trataba de algo más grave. Estaba muy pálida, con grandes ojeras. Su mirada estaba apagada é indiferente. Sus marchitas facciones no revelaban ya la energía varonil que distinguía á la baronesa. Parecía diez años más vieja de la edad que, según la cuenta de Eleonora, debía tener; también parecía haber adelgazado desde la primera vez que la vió, y no tenía nada de festivo, á no ser su elegante *toilette*. En suma: causaba el efecto de una mujer á quien agobia una tremenda desgracia, y que no tiene tiempo ni humor para pensar en quimeras.

Su aspecto traspasó el corazón de Eleonora. Sabía el ori-

gen de aquella amargura, y temblaba ante la idea de que la desgraciada levantase repentinamente los ojos hasta ella, la causa de su desgracia, y de quien dependía que su amargura se convirtiese en entera desesperación. «Esto no se puede soportar», pensaba.

La señora de Brandt se levantó, con el pretexto de saludar á una amiga que veía en un grupo. La silla entre Eleonora y Herta quedó vacía.

—¿Quiere usted sentarse junto á mí?—dijo Herta.

La música continuaba su vals; las otras dos damas continuaban muy engolfadas en su conversación. Si Eleonora y Herta deseaban hablar íntimamente, no podía presentarse mejor ocasión.

Eleonora no había buscado esta ocasión; mas puesto que se ofrecía, había que aprovecharla. Había hablado hasta entonces con Herta en presencia de otros, y no se había formado exacta idea de ella. Ahora quería conocerla á fondo; quería saber quién era la que en diez años de matrimonio no supo conquistar el corazón de Ulrico ó no supo conservarle después de conquistado. Y su experiencia habíale demostrado que á veces se conoce mejor á una persona por fugaces palabras escapadas en una insignificante conversación, que por una larga serie de observaciones.

Ya en su primera entrevista tenía Eleonora que agradecer á la baronesa el no haber en modo alguno tenido en cuenta la diferencia de posición social; hoy, su conducta para con ella, á pesar del peso que oprimía su alma tan visiblemente, podía considerarse como amigable y hasta cordial. La enfermedad de Clementina, referida por Eleonora, excitó su viva compasión.

—¡Pobre muchacha!—dijo:—cuando estuve allí, me dijo confidencialmente que su compañía era bienhechora para ella. La felicité de todo corazón. ¡Lleva una vida tan triste en casa de mamá! Yo debía habérmela traído hace mucho tiempo. Es puro egoísmo no haberlo hecho. En los primeros tiempos de

matrimonio da no sé qué tener una tercera persona á su lado, aunque sea una hermana. Mi marido me ha dicho á menudo: ¿por qué no tienes una amiga? Y no le gustaba que le contestase: no necesito ninguna. Usted no me comprenderá quizá; usted no ha estado casada.

—Sin embargo, señora, la comprendo á usted.

—Después de casada se piensa de muy otro modo que antes, y cuando se lleva mucho tiempo, de diferente manera que al principio. Desgraciadamente, las faltas que se cometen al principio, por inexperiencia y tontería, no se pueden luego reparar.

—¿Ni siquiera cuando por ambas partes hay buena voluntad?

—¡Por ambas partes! Sí, quizá. Pero regularmente, sólo la hay por una parte, y esto no basta. Al principio, no ve la mujer joven que su marido tiene necesidades espirituales más altas que ella, y vive como si todo marchase á las mil maravillas. Quizá trata él de elevarla hasta sí; pero no lo consigue, porque ella no sabe de qué se trata; se resiste. Después de algunos asaltos, él se rinde, pierde la paciencia y la declara incapaz. Por fin, ella llega á reflexionar; pero es tarde. Todavía podía hacer algo de ella si quisiera, si aún la amase. Pero ya no se ocupa de ella, ya no la quiere; todo está perdido.

Su voz, de ordinario ya poco dulce, se había enronquecido desagradablemente. Lloraba.

—¡Estoy tan nerviosa de algún tiempo acá!—prosiguió, como disculpándose.—Antes no sabía lo que eran nervios. No hubiera venido esta noche si el doctor Baltasar no se hubiera empeñado. ¿Ha conocido usted á mi marido?

—Sí, señora.

—Anteanoche me lo dijo. ¿Le ha visto ya hoy?

Eleonora, ya desde hacía un minuto, había visto á Ulrico, que estaba á alguna distancia hablando con unos señores, y su secreto deseo era poderse separar de Herta antes de que él llegase, ó que no las viese y se perdieran entre la gente. Pero

Herta, en el momento de hacer la última pregunta, miró en la misma dirección; casualmente, Ulrico miró también hacia allí, y vió á Eleonora al lado de su mujer. No era posible que escapase, tanto menos, cuanto que Herta le llamó. Separóse del grupo y llegó, saludando á Eleonora.

—¿No quieres sentarte con nosotros?—dijo Herta.—La señorita Ritter me contaba que Clementina está enferma.

—Ya se lo he oído á mamá—contestó Ulrico;—cree que no es nada de importancia. Realmente, nada de lo que á Clementina se refiere tiene importancia para ella. Si la señorita Ritter lo asegura, yo lo creeré, naturalmente.

—Me ha inspirado temores—contestó Eleonora;—esta tarde estaba indudablemente mejor. Yo me hubiera quedado de buena gana á su lado.

—La señorita Ritter y Clementina son íntimas amigas—dijo Ulrico, volviéndose á su mujer, y en un tono burlón que desagradó á Eleonora.

—¿Puedo preguntar al señor Barón cómo lo sabe?—repuso ella tranquila.

—¡Dios mío!—exclamó:—se cree fácilmente cuando se desea, como yo deseo á Clementina, una buena amiga; enemigos jurados tiene bastantes. Por lo demás, es, en la mayor parte de los casos, locura, tener por real lo que se desea.

Ahora fué Herta la que se extrañó del tono especial en que hablaba su esposo. Le parecía inconveniente que pegase también su mal humor con aquella dama.

—Debe usted saber que es un gran cumplimiento el que le hace á usted mi marido—dijo amistosamente á Eleonora.—Delira por Clementina.

—¡Naturalmente!—dijo Ulrico.—A los ojos de la mujer, siempre delira el marido, si involuntariamente se fija en que hay otras mujeres en el mundo.

—No te debes alabar de tu perspicacia—contestó Herta, decidida á que Ulrico no pegase su mal humor con Eleonora;—de lo contrario, no hubieras dejado pasar dos semanas sin ad-

vertir que la señorita Ritter estaba en Norderney. ¿Es tan grande la isla?

—No tanto como la sociedad que allí acude.

Eleonora se había inclinado, fingiendo arreglar una arruga de su vestido, para ocultar el rubor que quemaba sus mejillas. Hubiera dado cualquier cosa por cortar aquella terrible escena; pero no halló modo, y tuvo que continuar sufriendo aquel interrogatorio.

—Es realmente una lástima—prosiguió esta—que no conociese á la señorita Ritter. Hubieras encontrado con quien pasar á gusto una hora de charla.

—Falta saber si esta señorita se hubiese prestado á ello—dijo Ulrico.

—¿Puedo creerlo, querida mía?—dijo Herta.—Si no recuerdo mal, me parece haber oído decir á usted que no conocía á nadie allí. Esto me pareció desconsolador. Nada más que cielo y mar. ¿Sabe usted, querida mía, que su boceto de usted que vi en Seehause era ciertamente muy hermoso y correcto? Ulrico, el dibujo que tú tienes en tu escritorio, ¿es también de Norderney, verdad?

—Al menos por tal lo he comprado—dijo Ulrico.

—¿En Norderney?

—Sí; encontré una especie de bazar, donde no sabía uno qué elegir entre tantos objetos: gaviotas disecadas, conchas bruñidas, fósiles, zapatillas y no sé cuántas cosas más. Pero creo que van á empezar los fuegos. Todo el mundo está en movimiento.

En aquel instante apareció el señor de Brandt.

—Señores, no hay momento que perder si quieren coger buen sitio. Querido Randow, haga usted el favor de acompañar á estos señores.

Corrió al interior de la casa, á cuya puerta se apiñaba la multitud que salía del jardín. Ulrico se había puesto en pie.

—Á la disposición de ustedes.

—Prefiero quedarme aquí. No estoy muy bien de la cabeza.



—¿Me permite usted, señora, que la acompañe?— contestó Eleonora, que también se había puesto de pie.

—¡No, no, querida!—dijo Herta con vehemencia;—no se moleste usted por mí. Francamente, quisiera estar sola unos minutos. Mi marido tendrá un placer en acompañarla á usted.

Eleonora no podía vacilar: Herta la despachaba; ¿y para eso estaba allí, para explicarse con Ulrico?

—¿Tiene usted la bondad?—dijo Ulrico.

Eleonora tomó el brazo que éste la ofrecía.

## CAPÍTULO III



Herta se había quedado sentada casi sola en el jardín; sólo unos cuantos señores y señoras, á quienes no conocía, charlaban en una mesa retirada, sin cuidarse de los fuegos que empezaban á estallar y á silbar por el lado del lago.

La soledad y el silencio que reinaban en torno de ella la sirvieron de alivio, por más que no hicieran sino sumirla en sus tristes pensamientos. Pero éstos eran su única compañía, día y noche, durante semanas enteras. ¡Cuán doloroso eran sus recuerdos! Él, que siempre había sido el ideal de la cortesía caballeresca con ella, ¡qué triste variación había sufrido! Que no tuviera ninguna palabra de cariño para ella; que se enfadase con los niños al más pequeño motivo, ya no era nuevo para ella. ¡Pero que ni en presencia de los demás se pudiese contener! ¿Qué pensaría la señorita Ritter de él? Había estado casi grosero. Y como le conocía, sabía que la joven le había gustado por sus bellos ojos, por su gracioso rostro y por todo lo que sabía. Ya había pensado en tomarla si, lo que era muy probable, á la corta ó á la larga abandonaba Seehausen. Ulrico, que se aburría en su casa, tendría con quien entablar conversaciones como él deseaba, y ella se habría ganado una amiga en aquella joven, si es que aún podía tenerla. Además, podría aprender el francés y el inglés, para que Ulrico no la

E. M.—Febrero 1909.

despreciase en silencio, como ahora lo hacía. ¡Sí; haría eso! Ahora mismo, en cuanto volviese de los fuegos, la dirigiría un par de insinuaciones. Vería cómo las tomaba. Tan discreta joven comprendería que con ella no tendría que alimentarse de vanas palabras, como en Seehausen con su mamá. Y pobre y sola en el mundo como estaba, entraría con gusto en una casa en que no iba á ser subordinada, sino amiga.

—¡Qué pensativa está usted, señora!

Herta alzó los ojos: era el señor de Odebrecht.

—¡Y tan solitaria! ¿Puedo hacerle á usted un rato de compañía? Un placer que hace mucho tiempo que no disfruto.

Sentóse, sin esperar el permiso de Herta, en una silla á su lado. El encuentro no le agradaba mucho á ella. No guardaba contra su antiguo pretendiente ninguna enemistad; pero Ulrico no podía ver á su antiguo compañero de Universidad, y si no había roto formalmente con él, rehuía en lo posible todo contacto. Pero allí, en aquel terreno neutral, no había que tomar la cosa tan en serio, y así debió pensarlo también Odebrecht; de lo contrario, no se hubiera acercado á ella.

—¿No es usted aficionado á los fuegos?—dijo ella, apoderándose de aquel tema indiferente de conversación.

—No diría que sí—contestó Odebrecht;—es un espectáculo que me pone nervioso. Además, como estos y mejores se ven en Baden-Baden. Así *en gros* comprendo que gusten; pero estas imitaciones infantiles son ridículas. ¿Conoce usted á Eleonora Ritter?

—Sí; ¿por qué?—contestó Herta, un poco asombrada de tan inesperada pregunta.

—¡Oh! Lo preguntaba sólo porque la había visto con usted y Ulrico... usted perdone... y su señor esposo, al parecer, en sabrosa conversación.

—¿Usted la conoce?

—¿Yo? ¡No! No he tenido la fortuna que su señor marido.

—¿Qué fortuna?

—La de conocer á la señorita Ritter en Norderney; cono-

cimiento envidiable, si he de juzgar por la asiduidad con que su señor esposo le cultivaba.

Si el cohete que subía por encima del techo de la casa hubiera caído á los pies de Herta, no hubiera experimentado tal conmoción. Sabía, por casualidad, que Odebrecht había estado en Norderney por la misma época que Ulrico. Ni por un instante pensó que el hombre pudiera haberse equivocado ó que mintiese deliberadamente. Era como él decía, y había querido expresamente decírselo, porque lo ignoraba, y así gozaba en el triunfo de ser el primero que la pusiese al corriente de la infidelidad de Ulrico. Quiso hacerle ver que se había equivocado.

—Ciertamente—dijo,—Ulrico me ha hablado de ella con gran entusiasmo. Yo me alegré mucho de que la encontrara, pues si no hubiera muerto de aburrimiento.

Esto no lo esperaba Odebrecht. El resultado de sus secretos y asiduos espionajes de Norderney había sido el adquirir la convicción de que entre la joven y Ulrico se estaba representando la correspondiente novela amorosa. Lo hubiera jurado. Naturalmente, al tener la frescura de instalar en casa de su suegra, como señora de compañía, á su querida, importábale á todas luces decir una parte de la verdad, confesar que la había conocido en Norderney; conocimiento... sí, sí.

—Una vez hecha esta amistad, ya no era posible morir de aburrimiento. Los dos fueron inseparables, naturalmente, dentro de los límites de una amistad de balneario. Vea usted, señora; la envidia en persona habla por mi boca. Pero, ¿cómo no ha de sentir envidia un pobre soltero, abandonado como yo, al ver que un hombre, que tiene en su casa una mujer y unos hijos adorables, se divierte en una playa con una joven bella y espiritual, mientras él, el soltero, se tiene que contentar con su suerte? ¡Gran Dios, ya no hay justicia en la tierra! Mi único consuelo es que nosotros, que ya nada deseamos ni esperamos, volvamos, tras corto reposo, como paciente rocín, á tirar de la noria, mientras que su señor esposo echará bastante de menos los

confortables *petits soupers* en su escondido rincón del restaurant Ottendorf y sus hermosos paseos *en deux* por las dunas al atardecer? ¿Soy amargo, verdad, señora? Efectivamente, lo soy y no lo disimulo. Pero también es terriblemente amargo vagar hambriento alrededor de la mesa en donde otros con tanto gusto se regalan. ¡Y pensar que alguna vez se ha soñado con la felicidad! ¡Y que esta felicidad está tan cerca que parece que no hace falta más que extender la mano para estrechar cierta mano querida!... ¿Dónde va usted, querida mía?

—Á buscar otro sitio—contestó Herta, que á las últimas palabras se había puesto de pie, y separándose de su interlocutor, dirigióse á un grupo de señoras de edad, que departían tranquilamente, para sentarse entre ellas.

El señor de Odebrecht, que, al verla levantarse, se había puesto de pie de un salto, quedóse allí, mordiéndose el labio inferior y temblando de cólera.

—¡Orgullosa mujer! Antes morir que confesar que el granuja de su marido la engaña! ¡Pero se lo ha tragado! Estaba pálida como la muerte. Ahora sólo falta que, en pago de haberla yo batido las cataratas, se cuelgue del cuello del canalla. Por mi causa. Por lo menos, he tenido una legítima ocasión de pintarle una vez como es. ¡Quién lo hubiera pensado!

Y el señor de Odebrecht entró despacio en el edificio, donde encontróse con los primeros que venían de los fuegos.

#### CAPÍTULO IV

Ulrico y Eleonora dieron unos pasos en silencio; tampoco Eleonora hubiera podido hablar; apenas la llevaban sus pies. Su respiración era corta y difícil. Tuvo que apelar á toda su energía, para no romper en llanto. Ulrico lo notó pronto.

—¡Querida mía!—murmuró.—Yo hubiera querido ahorrarte este paso. Era una triste comedia.

Estas palabras sublevaron á Eleonora. ¡Cómo podía hablar

así, cuando ella tenía el corazón deshecho de pesar y de vergüenza! Él sintió al punto que había empleado una expresión inoportuna.

—¡Perdona!—dijo;—pero veros juntas á las dos, es más de lo que yo puedo soportar.

—No te volverás á ver más en este apuro—murmuró Eleonora.

—¡Que no volveré á verme!... ¿Qué quieres decir?

Eleonora se vió relevada de contestarle. Habían llegado, con el resto de la gente, á la plazoleta. Todos se apiñaban buscando sitio. No había necesidad de precipitarse. En el jardín, y en el ancho desembarcadero, había sitio bastante para todos, puesto que una parte no escasa de la sociedad había tomado los botes para ver los fuegos desde el agua. Toda una flotilla, en que cada embarcación llevaba una ó varias linternas, circuía, á respetuosa distancia el teatro de los fuegos, un tablado levantado en una islilla del lago, á unos cien pasos de la orilla frente al jardín, sobre postes hundidos en la tierra. Así, pues, tanto desde los botes como desde la tierra, se podía disfrutar con toda comodidad y seguridad del espectáculo, que dió principio con tres disparos de mortero, que resonaron en toda la extensión del lago, y con la repentina iluminación de un letreiro de fuego que decía: «Fiesta del lago». A esto siguió después una gran rueda, que chisporroteó con gran estrépito en todas direcciones.

Mientras estuvieron detenidos por la muchedumbre, tuvieron que contentarse con ser meros espectadores. Después acechó Ulrico una brecha, por la cual pudieron escapar en busca de un sitio más cómodo, hasta que, después de dar unos doce pasos, pudieron estar seguros de que nadie les oía. La precaución no era necesaria; nadie se ocupaba de otra cosa mas que de los fuegos, cuyos dramáticos episodios eran acompañados por un general ¡Ah!... de la multitud.

—¡Te amo, Eleonora!—fueron las primeras palabras que murmuró Ulrico cuando se encontraron solos.

—Ya lo sé—respondió Eleonora con el mismo tono;—y yo á tí. Sin embargo, Ulrico, esta es la última vez que nos lo diremos.

Ella se cogió de su brazo, y allí en la penumbra miraba al vacío con sus grandes ojos, que parecían dos chispas de raro fulgor. Y como Ulrico callase, conmovido por la terrible seriedad de sus palabras, continuó:

—¿Leíste mi carta de ayer?

—Sí—contestó Ulrico.—En Norderney, el último día, me escribiste otra igual: es preciso que no nos volvamos á ver. Y, sin embargo, nos hemos visto. ¿Qué es lo que ha cambiado en nuestra situación desde ayer?

—¿En nuestra situación?—repuso Eleonora dolorosamente.—¿Cómo puedes preguntármelo después de lo que ha pasado? ¿Nuestra situación? Por Dios, ¿no comprendes que es indigna, insostenible? Pues qué, ¿podré mirar otra vez á tu mujer de frente y engañarla sin pudor? Y tú, Ulrico... ¡Ah, cómo me avergüenzo de nosotros dos!

—¡Por Dios!—exclamó Ulrico sordamente; ¿qué es lo que quieres? ¿qué es lo que pides? ¿Acaso he de decir á mi esposa: esta es la mujer á quien amo?

—Sí, sí; sería mil veces mejor que lo que tú... que lo que nosotros hacemos.

—Pues bien; estoy dispuesto.

—No lo estás. Podrías decir mejor: estoy dispuesto á clavar á mi mujer un puñal en mi corazón, ó ver en calma cómo se arroja al lago y se ahoga ante nuestros ojos. Ulrico, yo he podido observarlo ya otra vez antes de ahora. Te juro que está á punto de quitarse la vida. Un paso más, y se mata.

—Bueno; yo también puedo hacer esa prueba conmigo mismo.

—¿Qué dirías tú si yo te amenazara con matarme?

—Pero yo no puedo vivir sin tí.

—Podrás, si comprendes tu deber. Ahora que conozco á su mujer, siento por ella la más profunda estimación; es, en

muchos, muchos conceptos, mil veces mejor que yo. Y tú debes haberla amado en otro tiempo.

—Nunca.

—Entonces fué un delito que te casaras con ella. Pero eso lo crees tú ahora solamente. Piensa que entre vosotros hubo amor en otro tiempo, y la amarás de nuevo.

—¡Eleonora, eso es un delirio, es burlarte de nuestro amor! Di sencillamente: «ya no te amo».

—O «ya no nos amamos». Un amor compuesto de traición, de mentira y de crueldad; eso es indigno de nosotros.

—Así, pues, te desligas de nuestro amor y me envías á mi mujer.

—Pues bien, ¡sí!

—Y tú... ¿tú tienes valor de decírmelo?

—Un valor que he cobrado por horas, pues tú, según parece, no tienes el valor de mirar de frente.

—¡Ah!

Retrocedió un paso, levantando el brazo como para prevenir un golpe que le hiriese, en el mismo momento en que un cohete ascendió silbando y dibujó sus juguetonas líneas en el oscuro cielo de la noche, para estallar arriba en estrellas de fuego que se apagaron después dulcemente. La sombría mirada de Leonora se dirigió á lo alto; la imagen de aquellos fuegos que se apagaban, apagó su cólera y comunicó á su corazón dulce melancolía. Avanzó hasta Ulrico, y dijo en voz baja, estrechando su mano:

—Debemos, pues, separarnos. No es que te envíe con tu mujer. Es que te suplico recuerdes lo que la debes por la fidelidad con que te ha amado tantos años, por los adorables hijos que te ha dado; por el gran pesar que ahora la ocasionas, y que ella sólo te pagará con fiel amor. ¡No pienses en mí! Yo soportaré mi suerte si veo que tú soportas la tuya como un hombre.

Él sonrió amargamente, y murmuró, soltando su mano:

—Esas son palabras, nada más que palabras, que no alteran el hecho real de que yo, por todo mi indecible, delirante

amor, esperaba encontrar amor, y veo que he sido un loco, y como á tal me tratan.

—¡Ulrico!

—¡Terminemos! Esto no conduce á nada.

—Ulrico, esas no pueden ser tus únicas palabras.

Ulrico contestó vivamente algo que no se oyó, á causa del estrépito que hizo el último mortero. Ya poco antes, los espectadores comenzaban á moverse en el jardín y en el embarcadero, para dejar sitio á los de los botes que, como terminase el espectáculo, se apresuraban á saltar á tierra para coger sitio en el comedor. Así es que Eleonora y Ulrico se vieron cercados de una multitud que reía y hablaba, por entre la cual apareció repentinamente el señor de Trottau, tendiendo ambas manos á Eleonora.

—¡Querida mía! Por fin, por fin. La busco á usted hace un cuarto de hora. No; hace más que estoy aquí. Mi embarcación ha sufrido averías. *Bon soir, cher baron!* Ya he ofrecido mis respetos á su esposa de usted, al pasar, y también he secuestrado una silla; el conde Guido la guarda. Señorita, ¿tiene usted la bondad, con el permiso de la generala, naturalmente, que se encuentra en el bote con su hija y Hans y unos oficiales? Querido barón, dese usted prisa á ir con su esposa, que le espera, y únanse ustedes á nosotros. Aún tengo dos sitios en mi mesa. Pero corra usted, corra usted señorita; ¿puedo ofrecerla el brazo? Aquí están ya los demás. ¡Busse! ¡Busse! ¡Aquí! ¡Querido Brandt, aquí! Ya encontraremos á los demás. Conque ¡vamos, vamos!

Eleonora se vió rodeada de los señores citados por Trottau, á los cuales se unieron pronto dos oficiales. Los militares presentaron á sus compañeras; la señora Ozamki, una joven y bonita viuda, según susurró el señor de Trottau al oído de Eleonora, y su sobrina la señorita de Paalzow, menos bonita, pero, según afirmó el mismo señor de Trottau, enormemente rica.

Cuando Eleonora volvióse buscando á Ulrico, éste había desaparecido.



## CAPÍTULO V

En el comedor halló el señor de Trottau mesa libre para él y sus amigos, gracias á la energía con que Guido la había defendido de la irrupción de la multitud que regresaba de los fuegos. No todos habían sido tan dichosos; muchos hallaron ya ocupado el puesto que esperaban; los intrusos no querían cederle; en la fiesta del lago rige *abonnement suspendu*. Esto ocasionó gran algarabía y confusión, y más de una disputa aquí y allá, que hubiera tenido quizá graves consecuencias si el señor de Brandt, que se multiplicaba, no hubiera acudido oportunamente.

Por último, llegó sin aliento y juntó las manos con gesto de cómica desesperación cuando vió á la izquierda de Eleonora á Su Excelencia y á su derecha á Guido.

—No—exclamó,—¡esto pasa de la raya! Yo había ganado, como premio á mis esfuerzos, un sitio al lado de la señorita Eleonora. De Su Excelencia no hay que hablar: á gran señor, gran honor; pero usted, conde, á usted tengo que ajustarle las cuentas.

Guido le miró desconcertado con sus ojos saltones.

—Excelencia es mi testigo—murmuró.

—¡Sí, sí; yo soy su testigo!—exclamó el anciano.—El conde no ha reclamado ningún premio por su heroica defensa de la mesa, y hasta afirma que no sabe si es bien acogido aquí. Por tal modestia, yo le he premiado con el sitio que ambicionaba. ¡Siéntese usted ahí, frente á esta señorita! Así tendrá usted al mismo tiempo el honor de un *dos-á-dos* con su señora esposa.

—¡Hola! ¿Estás ahí tu también?—dijo la señora de Brandt desde la mesa vecina, volviendo la cabeza.—¿Estás bien colocado?

—No puedo estarlo mejor—exclamó el señor de Brandt con

entonación solemnemente cómica, que hizo sonreír á la misma Eleonora, mientras los demás reían á carcajadas.

En el curso de la comida se siguió riendo con frecuencia. Excelencia de Trottau era inagotable en sus historias cómicas; el señor de Brandt no desmintió su fama de animadísimo tertulio; los dos oficiales, de los cuales el de más edad, un caballero, hacía asiduamente la corte á la hermosa viuda, mientras el más joven, por discreta, pero decidida manera, cortejaba á la riquísima sobrina, mostrábanse como inofensivos y amables convidados, que reían todas las bromas y no dejaban de contribuir á la común alegría; el señor de Busse, casi siempre mudo, reía ahora complacido, bajo su espeso bigote rojo, no sabemos si del último chiste ó de complacencia por el último bocado que atrapara su tenedor. Guido estaba silencioso, como en la mesa de su mamá; pero tan pronto como Eleonora le daba ocasión, aventuraba una modesta frase.

Eleonora, al principio de la comida, estaba como atontada por la terrible crisis que había sufrido, incapaz de pensar, incapaz de sentir su propio dolor. En tanto, oíase á sí misma hablar y reír como si no tuviese corazón ni cerebro, y sintiendo sobre su pecho una piedra que la oprimía.

Luego volvió en sí, y dióse cuenta de que el papel que hasta entonces había desempeñado mecánicamente, lo representaba ya conscientemente; después tomaba gusto en la representación; después se dijo á sí misma que ya no era una comedia la que representaba; era su propio yo, su actual manera de ser y lo que sería en lo futuro. Y esto ya lo presintió aquella tarde al escribir á Borikin; un hombre de inteligencia no se contenta con ser nihilista ruso, que al fin y al cabo es un grado inferior de la escala, sino que se confiesa nihilista universal. Su Excelencia, sí, un poco fatuo, ¿por qué hacérselo notar? ¿Por qué no fingir que le admiraba como él se admiraba á sí propio, y reír con sus historias, que ya había oído en Wendelstein, como si las oyese por primera vez? Guido no era ningún genio; no era más que un buen muchacho, amable,

que montaba muy bien á caballo, por cuyos dominios se podía cabalgar al trote durante hora y media, y que... naturalmente, se dejaría matar por ella; entonces, ¿por qué no casarse con él? El resto de la sociedad que ocupaba la sala, jóvenes de sangre azul con sus mujeres é hijas, ¿por qué preocuparse de sus ideas antediluvianas? ¿Porqué no alternar con ellos sin quebrarse la cabeza, y beber champagne en su compañía?

Los comensales no sabían cómo expresar su admiración por tan hermosa, amable y espiritual dama, cuyas ocurrencias, ingeniosidades y anécdotas de viajes no se agotaban, y que, sin buscar el aplauso, le encontraba cada vez más entusiástico. La misma linda viudita y su sobrina, que de buen grado la cedían el primer puesto, y sus vecinos, declaraban que era un «fenómeno». Su Excelencia el señor de Trottau no trataba de disimular que estaba perdidamente enamorado de ella, y lamentaba, por primera vez en su vida, sus años, que le imposibilitaban formar en las filas de sus adoradores, bajo cuyo nombre comprendía á todos los jóvenes. El buen viejo decía esto en tono tan cómico, y con discurso tan pomposo, galante y anticuado, que nadie podía tomarlo á mal, ni siquiera Guido, que, en su estilo callado y celoso, no permitía que su diosa fuese profanada con la menor mirada ó frase.

Pues ciertamente le parecía una diosa, que se dignaba descender al pueblo, en el cual él se incluía lleno de humildad. Entretanto que su discreta mirada rozaba sus amadas facciones, siguiendo las delicadas líneas que dibujaban su figura, y escuchaba devotamente su discurso, preguntábase maravillado dónde encontraría valor para pretender su mano; y cuando ella fijaba de tiempo en tiempo, con amable expresión, sus grandes y luminosos ojos sobre él, estremecíase en lo más profundo de su alma. En vano su madre le exhortaba á que tuviese valor, y trataba de consolarle diciendo que aún podía arreglarse todo; él no lo creía.

De nuevo habíase vuelto Eleonora hacia él.

—Todavía no he podido decir á usted cuánto me ha gusta-

do Wendelstein, y, sobre todo, cuán profunda admiración y respeto ha despertado en mí su mamá de usted. ¡Qué feliz debe usted ser con una madre así!

—Sí, cierto—contestó Guido:—me hace muy feliz, mucho... ¡naturalmente!

—¡Y usted también es un buen hijo!

—Trato de serlo; pero con eso no basta.

—¿Cómo puede usted pensar eso?

—Creo que, á pesar de mi buena voluntad, no soy yo el hijo que mi madre soñó.

—¡Es usted muy modesto!

—¡Ah! Nada de eso; es que no me forjo ninguna ilusión sobre mí mismo. Veo claro en este asunto: nada de lo que poseo, nada lo he adquirido por mérito propio; todo ha sido un presente del destino. Se lo confieso á usted; esto me pone con frecuencia muy triste.

—Otros mil, en su situación, pensarían de muy distinto modo. No por esto quiero decir que usted deba pensar como ellos; es decir, tratar de ser como ellos. Cada hombre tiene, no sólo el derecho, sino el deber de ser quien es. Y con querer ser como los demás, no se alcanza sino engrosar el número de tristes imitadores, que tan crecido es en el mundo.

—¡Habla usted muy bien, señorita! Usted no necesita ser más que usted misma para causar admiración.

—¿Sabe usted, querido conde, que está usted en camino de hacer competencia á mi vecino de la izquierda?

—No; pero no es posible que el señor conde quiera á la señorita Ritter para él solo—exclamó el señor de Brandt inclinándose sobre la mesa.

Guido echóle la peor mirada de que sus amables ojos eran capaces. Desde las inolvidables horas del coche del ferrocarril no había tenido otra conversación más íntima con su amada que aquella, ¡y ahora le hablaba con tanto cariño y bondad! ¿Tendría mamá, esta vez, como siempre, razón? ¿Sería posible?

Guido no permaneció mucho tiempo pensativo sobre la más

importante cuestión que en su vida se le había presentado. Ya repetidas veces se habían acercado varios jóvenes á la silla del señor de Brandt, preguntándole si no se levantaba de la mesa. Este había vacilado; debía, por fin, decidirse.

Lo hizo, después de suplicar á sus amigos que le dejaran brindar á la salud de las damas, y no sentarse más, también en favor de las damas, que ardían ya en deseos de lanzarse á bailar.

Los vasos chocaron unos con otros: todos querían chocar el suyo con el de Eleonora; siguióse gran ruido de sillas y mutuos saludos. Mientras Su Excelencia besaba la mano á Eleonora, con floridas alusiones al alto honor que le concedió de niña vestida de blanco y con banda azul, oyó ésta decir tras de sí: —¿Dónde diantre están los Randows? Y la voz del señor Brandt contestó:—Se marcharon ya antes de la comida; la baronesa no se encontraba bien.

Eleonora respiró penosamente. Había creído que Ulrico y su mujer habían encontrado sitio en el comedor de al lado; ahora se le evitaba encontrarse con su amado, al cual había ella enviado con su mujer. ¡Ah!

—¿Puedo ofrecerla mi brazo?—dijo Guido. Y cuando estuvieron un poco apartados de la multitud:

—Yo no sé, señorita, si recuerda usted la promesa que me hizo en Wendelstein.

—¡Ciertamente: el primer vals! Con mucho gusto. ¿No se ha comprometido usted con Kitti para una contradanza?

—¡Oh, Dios! ¡No!

—Yo le ruego que lo haga usted. Deme usted ese gusto. Está allí con la generala. Yo debo hacerme presente con las damas. ¿Quiere usted?

—¡Usted manda, señorita!

## PARNASO INTERNACIONAL

---

### INTROITO

---

*(De Federico Plessis.)*

Enfermo, solo, triste,  
Ningún alivio mi dolor alcanza;  
Ni maternal solicitud me asiste,  
Ni de salud abrigo la esperanza.  
Un amor casto me robó el sosiego,  
Y he de ocultar su fuego  
Como explosión de ardores criminales.  
Fáltame aliento ya para la vida,  
Y veo, en sucesión no interrumpida,  
Venir las horas con mayores males.  
A mi duelo profundo  
Remedio inútil son, que en vano imploro,  
Frágiles amistades de este mundo;  
Y puesto que á través de amargo lloro  
Que mis pupilas vela,  
Aún veo el signo que al mortal consuela,  
En la iglesia entraré, donde mi amada  
A los pies de Jesús el alma vierte  
De cristianas virtudes perfumada.

¿Cuándo entreabierto vuestro cielo santo  
Podré ver, oh Señor? Triste es mi suerte;  
Mucho pequé; pero ¡he sufrido tanto!

La sangre, que en mí hervía  
Y el orgullo del mundo maldecido  
Postraron el rigor del alma mía.  
Mas ¡cuánto, noche y día,  
He clamado por vos arrepentido!  
Mis propias culpas, pecador, condeno,  
Y bendigo la mano que me hiere.  
Si vuestra compasión salvarme quiere,  
Dadme alas de paloma, y de amor lleno,  
Volaré á descansar en vuestro seno,  
Y tú, ministro del altar bendito,  
Que al Verbo, por tu espíritu invocado,  
Haces bajar, cumpliendo el sacro rito,  
En la doble substancia consagrado,  
Mírame: á tu presencia  
Vengo infeliz, perdidas dicha y calma;  
Lástima ten de la que sufre mi alma  
Prolongada indigencia.  
No soy ya el niño indócil é indiscreto  
Que nada amado había,  
Que exaltaba en secreto  
Espíritu de loca rebeldía,  
Vanidoso, y ufano  
Del audaz blasfemar irreverente,  
Ajeno á la virtud y á la fe ardiente  
Que Dios infunde al corazón cristiano.  
¡Mira cuál llevo hasta el umbral del templo!  
Aunque menos creyente,  
No tan duro y altivo me contemplo;  
Humilde en mi esperanza,  
Resignado en la queja y el gemido  
Que opreso el pecho lanza;  
Por amor conducido  
Adonde fuí por el temor movido.  
Sois, Señor, en verdad, un Dios oculto.

Por eso, largo tiempo os he buscado  
Para rendiros culto,  
Y las noches insomnes he pasado,  
Ardiendo en vuestra sed el labio acerbo,  
Cual por la clara fuente brama el ciervo.  
Débil luchaba en pavoroso abismo;  
Os hallé, al fin, saliendo de mí mismo.

    Mi iniquidad proclamaré sincero:  
La corona de espinas dolorosa  
Que hirió cruel vuestra cerviz gloriosa,  
En mi abatida frente clavar quiero.  
Y como, al sér rendido y extenuado,  
El místico alimento da energía,  
Fuerza y vigor, un día,  
Junto á mi buena madre arrodillado;  
Ante el altar divino  
Del Juez eterno, cuya gracia imploro,  
Mis manos sostendrán el blanco lino  
Sobre la santa balaustrada de oro.

TEODORO LLORENTE



# RECUERDOS

---

La misma duda de siempre sobre el punto en que quedé en el artículo anterior; el mismo esfuerzo para recordar recuerdos; la misma inseguridad sobre el resultado del esfuerzo, y la misma resistencia de siempre para consultar lo ya escrito.

Método perezoso, que á veces me conduce á repetir lo ya dicho; que otras veces me obliga á dar saltos y á dejar en claro períodos más ó menos grandes de mi vida pasada.

Me parece que hablaba de la solución llamada del príncipe alemán, de las acusaciones que con este motivo han dirigido, sobre todo algunos escritores franceses, á D. Juan Prim, y de la defensa que emprendí, por creerla justa y fundada, del general ilustre que por aquellos años del 69 y 70 representó la fuerza política más eficaz y más poderosa de la Revolución de Septiembre.

Dudaban muchos de la lealtad del general Prim, cuando afirmaba á todo el mundo, y en todos los instantes necesarios, que sin cesar se ocupaba en buscar candidato para el trono de España.

Se le atribuían ambiciones que no tuvo y planes maquiavélicos para hacer imposible toda solución monárquica, llegando á imponer con el cansancio, y por una serie de fracasos, la solución republicana, en cuyo caso, decían sus adversarios po-

E. M.—*Febrero 1909.*

líticos, él y no otro será el presidente de la nueva república.

La experiencia, los hechos, hechos que, por desgracia, tuvieron resonancia en toda Europa, demostraron prácticamente lo infundado de semejante acusación.

Cuando le creían descansando tranquilamente de la difícil empresa, dejando correr el tiempo y haciendo que la solución republicana madurase á fuerza de cansancio, el general estaba preparando la candidatura alemana, aunque observando el silencio y la prudencia que se había impuesto.

Yo recuerdo perfectamente una escena, que he de referir, y que en rigor era repetición de otras muchas análogas.

Se trataba de un proyecto de ley, insignificante por sí, pero que estaba enlazado con cuestiones más graves, y cuya aprobación, por este motivo, importaba mucho al Gobierno.

La comisión de la Cámara, compuesta de diputados de segunda ó tercera fila y sin importancia política de ningún género, quiso hacerse valer, quiso hacerse rogar, y puso grandes dificultades para la presentación del dictamen, hasta tal punto que fué preciso jugar la última carta, y el general les reunió en el ministerio de la Guerra, celebrando con ellos una larguísima conferencia, en la cual agotó todos sus recursos persuasivos.

Fué cariñoso, dulce, insinuante, y al fin prometieron presentar el dictamen que el Gobierno deseaba.

Pero otros muchos diputados, que estaban esperando el resultado de la conferencia, y sobre todo los íntimos del general, entraron en el salón en que el general descansaba de discusión tan larga, y entraron indignados, coléricos y en son de guerra.

—Esto es intolerable—decían en todas las formas imaginables.—Que unos cuantos diputados sin importancia, ni elocuencia, ni prestigio, sólo por darse tono y hombrearse con el Gobierno resistan un día y otro día los ruegos y hasta las súplicas del general Prim, sometién-dole á esta humillación, que casi

hemos presenciado, esto no pueden tolerarlo los que son verdaderos patriotas, verdaderos liberales y verdaderos revolucionarios.

Y otros agregaban, forzando algo más la nota:

—Desengáñese usted, general; la Cámara se ha hecho vieja, la Cámara está gastada, y si al principio la gobernaban hombres de verdadero valer, hoy está entregada á medianías ambiciosas, que ni le quieren á usted ni le respetan. Las Constituyentes deben concluir, porque si no se convertirán en un cadáver putrefacto.

Y los más exaltados levantaban el tono, repitiendo á su vez:

—Mi general, disuelva usted las Constituyentes, que de nada sirven, y que para usted y sus proyectos, que los buenos liberales no necesitamos conocer para aprobar, son un obstáculo en que no debe reparar un hombre de las energías de usted: el país liberal está con el general Prim; basta de Constituyentes.

Y los que querían demostrar aún mayor entusiasmo por el general, le rodeaban con ademanes coléricos.

—Mi general—gritaban,—la dictadura del general Prim es lo que todos deseamos; una dictadura revolucionaria, que es la verdadera libertad, sin tiranuelos con pretensiones de legisladores.

Algunos de los más tímidos, apuntaban, pero sin convicción:

—Pero si no hay Constituyentes no hay rey; y los demás le contestaban en coro:

—Ya no es posible rey; de esto debemos estar convencidos; nada de rey; la república, una república de orden, fuerte é implacable, con el general Prim de presidente.

Yo presenciaba la escena, y recordaba la escena de las brujas de *Macbet*.

La tentación, sí; era la tentación.

Y el general Prim, tendido en un sofá, les oía impasible, y al fin, dijo cosas muy parecidas á las que voy á repetir: de las

palabras no respondo, ni puedo responder después de cuarenta años; pero del sentido de la réplica del general, de sus ideas y conceptos, y sobre todo de su actitud, en que se revelaba la verdad, no la comedia, respondo con seguridad absoluta, porque para estas cosas mi memoria es buena, y de ella me fío y me he fiado siempre, y sé que no ha de inducirme á error.

Dijo, pues, el general con acento enérgico:

—Todos esos son disparates, locuras, aventuras insensatas, que comprometerían mi nombre ante la Europa, y que me conducirían al abismo, y quién sabe si al ridículo.

Nosotros no tenemos más que una legalidad ante la Historia: las Cortes Constituyentes; si yo la destruyo, soy un aventurero como tantos otros de las repúblicas hispano-americanas en sus períodos más turbulentos y más desastrosos.

Con las Cortes Constituyentes, digan lo que quieran nuestros enemigos, representamos la voluntad de la Nación; sin ellas, ¿á qué quedaría yo reducido? A un turbulento más, á un ambicioso vulgarísimo.

No me asusta la palabra ambición; pero es cuando la victoria es probable, y sobre todo cuando conduce á algo grande.

Y le interrumpió uno de los aduladores:

—Mi general, con usted la victoria es segura.

—No diga usted desatinos; el resultado, yo sé cuál sería.

Por el momento, podría yo establecer la república y hacerme presidente; pero ¿y después?

Hoy, como ministro de la Guerra, y con los amigos con que cuento, tengo al ejército en mi poder, es mío, lo puedo manejar como quiera; si llegara á presidente de la república, ese ejército, no sólo no me respetaría, sino que á la vuelta de dos años se sublevaría contra mí.

Muchos que hoy me obedecen y son leales, en cuanto vieran que un general podía llegar á presidente de la república, dejarían de serme leales y se convertirían en mis competidores. Yo conozco á los hombres, y todo eso que ustedes me cuentan me parecen delirios.

No soy un santo; tendré ambiciones, las tengo, pero mis ambiciones son de otra clase.

He subido hasta donde se puede subir; tengo un nombre que suena mucho; tengo honores de sobra; soy rico; los destinos de España están en mi poder; pues ¿qué gano con ser unos cuantos meses ó unos cuantos años presidente de una república, que al fin se me desharía entre las manos?

No hablemos, pues, de cosas fantásticas; lo que yo quiero hacer, ya lo verán ustedes á su tiempo.

—Pero esas Cortes...—empezó á decir uno de sus íntimos.

—Esas Cortes Constituyentes—le interrumpió el general—no son tan malas ni tan intratables como ustedes suponen, y el que, entre trescientos ó cuatrocientos hombres, tropecemos con una docena de díscolos ó de impertinentes, nada supone.

Hay que tener paciencia. Yo sé manejar soldados; estoy ahora aprendiendo á manejar otra clase de tropa—agregó sonriendo.

—¡Pero si no es posible traer un rey!—insinuó uno de los más recalcitrantes.

—¿Y usted qué sabe?

—¿Pero usted lo busca, mi general?

—¿No he repetido cien veces que sí? ¿Qué quiere usted—agregó irritándose algo,—que suelte un nombre, para que entre todos, y ustedes los primeros, me lo conviertan en un guiño?

Cuando yo diga: «este es el candidato», será *que todas las dificultades están vencidas*;—y acentuó particularmente estas últimas palabras.

—¿Y si no se vencen esas dificultades?

—Buscaré otro candidato que no las tenga; y basta ya, y no me mareen ustedes con proyectos de locos ó de insensatos. Yo, gracias á Dios, conservo mi juicio, y voy adonde voy.

Y aquí concluyó la escena que he descrito, y algunos meses después, cuando brotó de repente la candidatura del prin-

cipe alemán, recordé en todos sus pormenores, y fijé en mi memoria para siempre, hasta sus más insignificantes pormenores.

\*  
\* \*

La situación política, ya he dicho cuál era. Dudas, desconfianzas y temores, cuando no hostilidades, respecto al general Prim.

Los republicanos alentaban, con la esperanza de que no se encontrara candidato para el trono.

Los montpensieristas, acusaban al general de no querer buscarlo, y le suponían ambiciones, que, como hemos visto y demostrado, y como demostraron hasta la evidencia hechos posteriores, eran ambiciones falsas y supuestas.

Otros muchos elementos de la mayoría, y entre ellos, algunos muy valiosos del grupo democrático, tampoco tenían mucha confianza en la sinceridad del general Prim.

Sus amigos andaban desconcertados, y no sabían cómo defenderle.

Y el general, impasible, frío, y trabajando con ahinco, como luego se vió, cerca del rey de Prusia y de Bismarek, la candidatura Hohenzollern.

Y esta candidatura continuaba en el misterio y en el secreto más absoluto.

Y de pronto, de una manera inesperada, cuando todos los elementos políticos se preparaban á descansar, según costumbre en la tregua del verano, la candidatura hizo explosión.

Esta es la palabra propia; hizo explosión en sólo un día; dijera mejor en unas cuantas horas.

¿Cómo fué ello?

¿Reveló el nombre del nuevo candidato el general Prim á alguno de sus íntimos?

No, seguramente.

El general fué el más sorprendido entre todos los habitantes de Madrid.

Sorprendido y profundamente apesadumbrado, como indicaré luego.

Para él fué un verdadero golpe de maza.

Pues ¿cómo se descubrió negociación tan secreta y tan trascendental?

Yo sólo refiero en estos desordenados recuerdos lo que he visto, lo que he llegado á conocer personalmente, lo que me consta que es cierto.

Lo que he sabido por referencias, por conversaciones particulares, por el murmullo de un mentidero, por los salones del Congreso ó por las revelaciones de los periódicos en todo caso, nada digo, nada afirmo.

Allá que el historiador de aquella época estudie documentos, recoja datos y memorias, y concentre ecos perdidos.

Yo, ni soy historiador, ni mis pretensiones llegan á tanto.

Soy testigo presencial de aquellos años que siguieron á la Revolución de Septiembre; cuento buenamente y á la buena de Dios lo que recuerdo de mis impresiones personales.

Mis aficiones matemáticas no me permiten dar por cierto sino lo que en conciencia creo que lo es.

Y, por lo tanto, cuando ignoro una cosa, digo sencillamente que la ignoro.

Y en este acontecimiento de que voy tratando, con toda sinceridad declaro que ignoro en absoluto cómo estalló la bomba, que, en rigor, bomba incendiaria fué; y en estos tiempos que corren se diría que fué bomba inmensa de dinamita que provocó destrucción y muerte.

Sí; más tarde, destrucción y muerte, y por el pronto, inmenso regocijo entre muchos elementos de la Cámara, y entre todos los elementos monárquicos que á todo trance querían salir de la interinidad, y que andaban confusos y avergonzados de su impotencia para llenar aquel trono vacante.

Pocos fueron, aun entre estos últimos, los que en el primer instante pudieron medir las consecuencias del suceso y los efectos desastrosos de aquella candidatura.

Somos raza impresionable y nerviosa; nos entusiasmos de pronto, y no siempre medimos las consecuencias del entusiasmo.

La mayor parte de los monárquicos, exceptuando naturalmente los partidarios del duque de Montpensier, acogieron con aplauso la candidatura alemana.

Era el desquite de una serie de fracasos y humillaciones; era la Revolución de Septiembre aceptada, sancionada por el reino de Prusia, por la nación más poderosa de toda Alemania, por los vencedores de Sadowa, por los que comenzaban á hombrearse, valga la palabra, ante el emperador Napoleón.

Los destellos de aquella corona se convertían en fuego en las venas de nuestros organismos meridionales.

Prusia nos daba una de sus familias más gloriosas para ceñir nuestra corona, que durante dos años se bamboleaba en el vacío.

Esto se decía, y esto se pensaba en una ú otra forma.

El orgullo se mezclaba con la alegría, y arrojaba á un lado toda duda y toda angustia.

Esta candidatura, además, mataba para siempre la candidatura del duque de Montpensier.

Y, cosa extraña, los elementos más democráticos encontraban muy de su gusto, temiendo las turbulencias de los federales, la férrea autoridad de un príncipe alemán.

—Ya tenemos libertad y democracia—decían;—ahora hace falta mucho orden. Con un príncipe alemán en el trono y con el general Prim en el ministerio de la Guerra, la Revolución corona su obra, y esta situación provisional se convierte en definitiva. Ni tememos las turbulencias de los federales, ni las ambiciones de los montpensieristas, ni la restauración tampoco, ni siquiera la guerra civil de los carlistas.

Así discurrían: no digo que discurriesen bien ó discurriesen mal; recojo y evoco los sentimientos de una gran masa de los revolucionarios de mi tiempo.

Y de los amigos del general Prim no se hable; su entusiasmo rayaba en el delirio.



—Este es el general Prim—decían,—el héroe de siempre, el vencedor de Africa, el caudillo de la Revolución de Septiembre, que, cuando se lanza á la diplomacia, es más diplomático que todos los diplomáticos de Europa. Y además, ¡qué carácter y qué lealtad!

¡Cómo sabe guardar un secreto!

¡Cómo sabe resistir impasible las murmuraciones, las calumnias, los insultos, sin defenderse, sin pronunciar una palabra que pueda comprender su difícil negociación!

Todos estaban entusiasmados con el general Prim.

Sólo el general Prim estaba triste, más que triste, desesperado.

\*  
\* \*

Pero, ¿cómo se supo la noticia?, vuelvo á preguntar.

Yo no lo sé.

Es decir, sé lo que se dijo.

Se habló de ligerezas de lenguaje de uno de los diplomáticos que habían mediado en la negociación.

Había llegado á Madrid, y en confianza dió cuenta, de la candidatura y de la aceptación del rey de Prusia y de la familia del príncipe, á un eminente hombre político.

Y éste, en el acto, y con el mayor secreto, le refirió el suceso inesperado á otro eminente hombre político.

El cual, ardiendo en entusiasmo, comunicó la buena nueva, en secreto, por de contado, á varios personajes.

Los que, de buena fe, ó por darse tono y demostrar que estaban en el secreto de los grandes misterios de la política, murmuraron á cada uno de sus amigos, con la mayor reserva: «Ya tenemos rey, un rey de cuenta y de prestigio; familia reinante de Alemania; solución admirable; triunfo del general Prim, y es seguro, seguro; esta mañana no lo sabía nadie, pero yo lo sé.»

Y en pocas horas, la noticia era del dominio público; circu-

laba entre los monárquicos con el calor del entusiasmo, entre los montpensieristas con los estremecimientos del despecho, y entre los republicanos con el fuego de la ira.

Y aun en las masas neutras produjo buena impresión.

Todo el mundo estaba cansado de la interinidad.

Y todo el mundo repetía: «El general Prim se ha portado bien: por lo visto, lo que de él contaban era mentira; no pensaba en traernos la república.»

—¡Buen cambiazó!—decían muchos.

Juraban que iba á traernos la federal, y nos trae un rey del Norte.

Y agregaba alguno, picado de republicanismo: de los que mandan á latigazos:—¡Ya verán, ya verán los señores demócratas!

A lo cual le oponía otro:—Para evitar eso, está el general Prim.

\*  
\* \*  
\*

Y no fué esta la única versión con que pretendió explicarse aquel inesperado suceso.

Algunos dijeron que, enterado cierto personaje de los adictos al duque de Montpensier del buen camino en que marchaba la candidatura del príncipe alemán, quiso entorpecerla, entregándola al público antes de tiempo, para que los enemigos la maltrataran y escarneciesen, dificultando las negociaciones y acaso haciéndolas imposibles.

No tengo ningún dato positivo para asegurar que esto fuese cierto, y me limito á referir una de tantas historias de las que circularon, con más ó menos crédito, en aquellos días.

Y todavía los inventores, ayudados por los crédulos, propalaron combinaciones aún más sutiles, con sus puntas y ribetes de maquiavélicas.

Se dijo, aunque esto en verdad no se creía, ó sólo lo creían los que estaban dispuestos á creerlo todo, que se había dado al público en forma tan inesperada la candidatura del príncipe

alemán, por la misma corte de Prusia, que, temiendo que el general Prim retrocediese en el camino de las negociaciones, quiso cortarle la retirada dándoles pública sanción; ó acaso para evitar á Napoleón...

Todo esto se decía y se contaba, y aun se daban nuevas explicaciones del hecho, á cual más rebuscadas é inverosímiles.

Sea de ello lo que fuere, ya se admita una ligereza ó indiscreción, acaso por exceso de entusiasmo de tal ó cual diplomático; ya se suponga que fué una contramina de los montpensieristas; ya un maquiavelismo de los alemanes, ello fué, como antes referíamos, que en breves horas el secreto fué público: el príncipe alemán fué entregado al entusiasmo de unos, á la enemiga de otros y á la voracidad de todos.

Porque es lo cierto, que la curiosidad de las gentes es voraz, y mucho más, tratándose de noticia de tanta magnitud y de tan apetitoso sabor.

Dije antes que entre los monárquicos y, sobre todo, entre progresistas y demócratas, el entusiasmo fué extraordinario, y apenas pudiera anotar contadísimas excepciones.

Si alguien apuntaba tímidamente que la candidatura del príncipe alemán pudiera traer complicaciones por parte de Francia, los incondicionales de entusiasmo se burlaban de tal hipótesis.

Recuerdo á este propósito una opinión curiosa, la del diputado de procedencia unionista, pero adicto hasta cierto punto al general Prim, y que fué de los que después de la noche de San José, en que dió el general aquel grito de combate: «¡Radicales, á defenderse!», cayó, como vulgarmente se dice, del lado del Gobierno.

Me refiero á D. José Luis Albareda, andaluz, ocurrente, hombre de sociedad, buen mozo en su tiempo, elegante de primera, jinete sin segundo, con mucho talento natural y voz poderosa; todo lo cual hacía que la Cámara le oyese con agrado y le aplaudiese con frecuencia.

Pues José Luis, que así le llamaban sus amigos, en cuanto supo la noticia, acogió, si no con entusiasmo, con gran benevolencia, la candidatura del príncipe alemán.—Me parece buena candidatura—decía,—y yo la votaré con mucho gusto si prospera; pero no creo que prospere, ó mejor dicho, temo que no prospere.

—Pero, ¿por qué?—le preguntaban.

¿Tiene usted alguna noticia particular que justifique esas dudas que manifiesta?

—Ninguna.

—¿No la ha preparado, y no la presenta el general Prim?

—Bien presentada está, y buen padrino tiene.

—¿No la aceptan el rey de Prusia y Bismarck?

—¡Qué más quisieran!

—¿No están terminadas las negociaciones?

—Eso dicen.

—Pues entonces, ¿de qué nacen sus preocupaciones de usted?

—Del agente diplomático que ha mediado en el asunto.

—Pues ¿qué tacha le pone usted, querido Albareda?

—Ninguna. Yo no pongo tachas á nadie, y menos á una persona digna como él y de sus condiciones. Lo que yo digo es que ese mismo fué el que nos metió, no por falta suya, sino por mala suerte, en aquella funesta complicación con las repúblicas hispano-americanas. Yo pienso, mejor dicho, yo siento que la suerte y ese buen señor no se ven con buenos ojos. En una palabra, y á estilo de mi tierra, ese hombre tiene *jetatura*, ó mala sombra, como ustedes quieran. Y la candidatura del príncipe alemán, gestionada por él, *va á traer algo gordo*, yo no sé qué, pero algo muy gordo; y ya verán ustedes como no prospera.

—Cosas de Albareda—dijeron todos.

Y resultó que Albareda, con sus presentimientos de imaginación andaluza ó con los atisbos de su buen talento, tenía razón. No prosperó la candidatura, y trajo una catástrofe.

---

A todo esto, ¿cuál era la actitud del general Prim?

Esto lo explicaré en el artículo próximo, acudiendo á recuerdos personales, á observaciones propias, á palabras que oí al general Prim cuando, pocas horas después de conocida la noticia, fuí á darle la enhorabuena.

JOSÉ ECHEGARAY

## CRÓNICA LITERARIA



La guerra carlista: *Los cruzados de la causa*, novela por D. Ramón del Valle Inclán.

Don Ramón del Valle Inclán comienza con su libro *Los cruzados de la causa*, una serie de novelas consagradas á la última guerra carlista. Las guerras carlistas son una parte importante de la historia de España en el siglo XIX, y una manifestación muy expresiva de la psicología nacional. Se explica que la novela, naturalmente curiosa de la historia y de la psicología, recoja ese asunto y le alumbre con la luz del arte. Los *Episodios* de Galdós no han llegado aún más que á los prodromos de esa guerra, y eso solamente en su último volumen *España sin Rey*. Hasta ahora, *Paz en la guerra*, de Unamuno, es, entre las novelas modernas de importancia, la que mejor ha explotado ese filón histórico.

En las anteriores novelas de Valle Inclán hay algunas referencias á las guerras carlistas. El espíritu aristocrático y amigo del pasado de este notable escritor, se ha complacido alguna vez en visitar esos recuerdos. Así como el espíritu vengano tiene su representación en la literatura francesa del pasado siglo, y la tiene en muchos literatos que no eran legitimistas, ó lo eran sólo de un modo fantástico y caprichoso, el espíritu carlista se ha asomado á la nuestra, en las novelas de Valle Inclán, como un tema estético. Dudo que pueda dársele otro alcance.

*Los cruzados de la causa* es un libro que tiene clara rela-

ción de descendencia y parentesco con las novelas de Bradomín, con esas sonatas de las estaciones de la vida en que el Sr. Valle Inclán nos narró elegantemente las aventuras amorosas y heroicas del Marqués de Bradomín. Todavía el parentesco es más cercano con las novelas dramáticas: *Aguila del Blasón* y *Romance de lobos*, donde el autor nos ha presentado la dura é hidalga estirpe de los Montenegros, en ese momento de degeneración en que los caballeros se tornan pícaros. Los personajes son los mismos, el mismo el espíritu, el mismo el escenario.

Un acontecimiento tal como la guerra carlista, puede ser considerado por la novela objetivamente, con intención épica, como manantial de descripciones, que den una fórmula de arte á la plástica exterior de los sucesos, y al par infundan en esa primera materia de la historia el alma colectiva de la época. O puede ser mirado por el novelista, como una concreción material de estados de espíritu de gentes y clases sociales diferentes; como una cantera de análisis psicológicos, de tipos morales, de ideas-fuerzas y de costumbres; como un conjunto de elementos morales, cuya proyección material más exterior y grosera es el hecho, las vicisitudes de la discordia civil. El hecho y el espíritu nunca podrán separarse en absoluto en una novela histórica, regularmente equilibrada, ni se podrá omitir ninguno de ellos; pero según predomine uno ú otro, el tipo de la novela será diferente.

En la suya, el Sr. Valle Inclán ha reflejado, principalmente, un estado de espíritu. Teatro de la acción de *Los cruzados de la causa* es Galicia, distante de los lugares donde se encendió la llama de la guerra, y los soldados de las dos Españas, vieja y nueva, lucharon con igual fiereza y desigual fortuna. Esta lejanía del teatro de la guerra, dice lejanía de los grandes sucesos. En realidad, el asunto *exterior* de *Los cruzados de la causa* no puede ser más modesto; se reduce á un alijo de armas.

Pero en torno de ese episodio sencillo y vulgar, ¡qué noble y altiva poesía ha desarrollado este novelista, que es, ante todo,

un poeta refinado y señoril! ¡qué tipos tan bravíos y enteros! ¡qué honda expresión de sentimientos! La novela es breve, sucinta en hechos. El Marqués de Bradomín ha llegado á su tierra natal, con la misión de allegar recursos para sostener la guerra. Una de las providencias que toma, es la expedición de un lote de fusiles, que se guardan enterrados en un convento. Mas ha habido una delación, y un destacamento de la marina de guerra registra con rigor militar el convento, sin dar con las armas. El pueblo es hostil á los soldados del gobierno constituido, que se le antoja un poder tiránico y hereje, enemigo de Dios. No osan, sin embargo, los aldeanos, lanzarse á la resistencia material; se palpa empero el ambiente de hostilidad, de protesta y desafección, y las mujeres, amparadas en su debilidad, que es en estos casos un escudo, son las que más atrevidamente exteriorizan el común sentir. Un pobre marinero de aquella matrícula es la víctima propiciatoria del choque de ideas, de sentimientos y preocupaciones. Es un recluta joven, á quien el azar de la distribución del servicio ha puesto de centinela en una de las entradas del convento. Su madre le reconoce, le suplica, le insulta, llora y se arrastra ante él; le habla del infierno, de la fe de la infancia; quiere apartarle de la que juzga segura pérdida del alma. Él, consternado, removido en sus convicciones, quebratado en la adhesión al deber marcial, contesta al principio obstinadamente: «es la ordenanza»; pero al cabo la sugestión maternal se impone, es más fuerte que la disciplina y el temor al castigo. El marinero tira el fusil y huye. Sus compañeros le persiguen, le intiman la rendición; él, loco, aterrado, sigue huyendo, hasta que unos cuantos tiros de fusil le hacen caer, atravesado á balazos, en una calle del pueblo, y allí queda en un charco de sangre como víctima propiciatoria de los odios civiles. El fiero hidalgo D. Juan Manuel de Montenegro, hace que saquen de su casa unas luces para alumbrar en la negrura de la noche el cadáver del pobre mozo. Cuando la fuerza militar abandona la población, *Cara de plata*, uno de los hijos del hidalgo, uno de



los lobos del *Romance*, de aquel *Romance de lobos* en que ha pintado Valle Inclán la degeneración de la sangre patricia de D. Juan Manuel de Montenegro, es quien conduce á la playa los carros cargados de fusiles, en demanda del buque que ha de llevarlos al teatro de la guerra.

\*  
\* \*

Las tres escenas capitales de la novela son el registro del convento, la muerte del marinero desertor y la conducción de los fusiles; por eso los he citado al reseñar por encima el argumento. Puede decirse que la novela se encierra en esos tres episodios, y gracias al arte con que están presentados y á la fuerza de evocación que les anima, bastan para dar al libro, en que hay muy corta copia de hechos, muy escasa materia novelesca, un alto relieve dramático y una honda y verídica emoción.

Tienen estas escenas una sobria y penetrante expresión. En la del registro del convento se oyen las pisadas de la patrulla militar, prolongadas por el eco en los claustros solitarios; se ve el espanto y la indignación de las monjas al ver rota su clausura; la rudeza soldadesca se descata vigorosa; todo sin rasgos de animosidad, con una adivinación ó una observación de la realidad que la reconstituye enteramente ante el lector. La caza del marinero desertor y su muerte; las voces de ¡alto! ¡date! de los perseguidores; la carrera desesperada del pobre mancebo; el disparo seco de los fusiles, y el espetáculo lastimoso del cadáver tendido en medio de la calle en un charco de sangre, dan una impresión de realismo trágico llena de noble sencillez antigua. Y en la escena de la conducción de los fusiles en carretas cubiertas de heno, al frente de las cuales cabalga el intrépido *Cara de plata*, surge como en un romance moderno de caballería la figura castiza del guerrillero, adalid de facción, campeador empequeñecido, héroe con sus puntos á veces de salteador.

Como en la de las escenas, sobresale Valle Inclán, en esta

E. M.—Febrero 1909.

y otras de sus novelas, en la pintura de los tipos. Sus figuras son de un realismo noble que, sin desfigurarlas, las embellece. El realismo no agota nunca la realidad. Toda representación artística supone una selección de los materiales objetivos; por eso puede haber un realismo noble, que tome de la vida rasgos de belleza y armonía. Nadie, entre nuestros escritores modernos, ha pintado con tanta dignidad y al mismo tiempo con expresión tan viviente, como lo hace el Sr. Valle Inclán, las figuras de aldeanos, de mendigos, de gentes humildes que pululan en sus últimas novelas. Todo lo que tiene de noble la raza se refleja en ellas, y no resultan contrahechas ni artificiales, sino como arrancadas de un lienzo de Velázquez ó, mejor, del mundo real, visto con mirada penetrante de artista que descubre la armonía de las formas y embellece las imágenes, no porque las retoque, sino porque ve más rasgos en ellas, y las ve mejor, con una visión más comprensiva, serena y luminosa. Este poeta y novelista aristocrático resulta un gran pintor del pueblo.

Sus figuras son á la vez actuales y antiguas. Tienen la gravedad española de los tipos de la antigua España, hidalga y picaresca, en que hasta los pícaros y vagabundos presentan algo de señoril, y á par de esto son figuras del día, reales contemporáneos nuestros. Pero donde más se acentúa la noble pátina del tiempo, es en los tipos patricios. El Marqués de Bradomín es una figura del siglo xvii, menos frívola y cortesana que las del siglo xviii francés, de un siglo xviii españolizado. Esta expresión que empleo: españolizado, podrá parecer extraña. ¿Acaso no hubo un siglo xviii español? Pero ¿quién negará que era un reflejo mitigado, por multitud de causas locales, del francés? En el curso del tiempo y en los períodos de la historia se suceden las hegemonías nacionales, y por eso se puede decir que el siglo xviii es un siglo francés y el siglo xvi un siglo español; porque lo que el apelativo nacional expresa, es el predominio de la influencia de un pueblo en el mundo, el tono y el carácter que una nación imprimió á un período determinado de la historia.

En *Los cruzados de la causa* hallamos al Marqués de Bradomín, ya viejo, pero todavía arrogante, pulcro, galán. Es un viejo guapo y atractivo, de esos á quienes un pasado de amor y de aventuras de las que exaltan y subliman el ánimo, parece otorgar una prolongación de la juventud, que dora todavía con su luz el ocaso de los años. Un fisiólogo se sentiría tentado á refutar esta explicación; pero la experiencia y el conocimiento de la vida abundan en casos que la confirman, demostrándonos una vez más que el hombre no es una máquina de nervios, músculos, huesos y humores sabiamente montada, sino que, perecedero ó impercedero, dependiente del fenómeno orgánico ó capaz de sobrevivirle, hay un fuego interior que le anima, y que es la causa primera de todo lo humano. No hay nada que conserve la juventud y el vigor como las impresiones que hacen exultar el alma, las vidas nobles, libres, llenas de aspiraciones cumplidas, ni nada que nos encoja y envejezca como la humillación y el abatimiento de nuestras ansias.

De distinta índole que el Marqués de Bradomin, es el otro hidalgo, su pariente D. Juan Manuel de Montenegro. Ved ahí una figura completamente castiza, hondamente española, que tiene en su psicología rasgos de los personajes más exaltados y arrogantes de nuestro romancero y nuestro teatro; de los burladores, de los nobles que rompían el homenaje á los reyes y se iban á campear por tierras de moros ó de cristianos, de los que pusieron por encima de todas las pragmáticas su voluntad y su espada. El héroe de Valle Inclán ha nacido en tiempos poco propicios á estas gallardas rebeldías; en tiempos prosaicos, en que hay guardia civil y curia, códigos y procedimientos que estorban grandemente el desarrollo de estas indómitas voluntades. Desde que los Reyes Católicos establecieron la Santa Hermandad, estos tipos bravíos han venido en natural decadencia; pero el D. Juan Manuel de Montenegro de *Aguila de blasón*, de *Romance de lobos* y de *Los cruzados de la causa*, es digno del marco medioeval y del romance.

Más acaso por adivinación poética que por inquisitivo y frío estudio, el autor de *Los cruzados de la causa* ha visto con claridad, y expresado con arte superior en sus mentadas novelas, la inevitable degeneración de estos tipos de arcaica fiereza. Los hijos de D. Juan Manuel son facinerosos que conservan algún original destello de hidalguía. Es la evolución del tipo. El barón feudal era una mezcla de héroe y de bandido. En un ambiente de aventura, de lucha, de valor y arrogancia, las cualidades heroicas se desarrollaban frondosamente y cubrían los vicios bandoleros, en los cuales no reparaba demasiado la moral reinante. En una atmósfera de orden, de paz, de normalidad jurídica, en que los medios de adquirir se vuelven pacíficos é industriales de violentos y guerreros, aquellas cualidades caballerescas y épicas se marchitan y atrofian, ó al degenerar se funden con los instintos de bandidaje, en que repara más y que repugna resueltamente una conciencia social burguesa, metódica, donde el espíritu jurídico ha sustituido al espíritu bélico de rapiña y conquista. Así como á los romances caballerescos suceden en la evolución literaria los del hampa y la germanía, cuyos héroes son rufos y valentones, candidatos á las galeras ó á horca, al altivo y noble D. Juan Manuel, que todavía es águila, suceden los lobos del romance, los hijos degenerados, en quienes la paternal fiereza se ha soltado ya de las ligaduras del honor y navega por las aguas de la picardía.

Esta consideración acerca de los personajes, nos lleva de la mano á examinar el espíritu de la novela. ¿Es *Los cruzados de la causa* una novela carlista? Sólo muy relativamente se puede decir que lo sea. Sin duda, Valle Inclán siente esa adhesión romántica á lo pasado, á las causas vencidas, al ambiente de distinción y de nobleza de los legitimismos, que fácilmente florece en las almas de los poetas, aun con independencia de sus ideas. Pero de esta simpatía aristocrática no se deben sacar consecuencias doctrinales, sino estéticas. Una causa política como el carlismo, que ha podido provocar y sostener largas guerras, lo que supone haber conseguido la adhesión apasionada de una

parte del pueblo, tiene que ser necesariamente muy compleja. Hay en él factores religiosos, regionales, de tradición política, de adhesión dinástica, hasta económicos. En el curso de cerca de un siglo, que es una bella duración para un partido, el carlismo ha ido elaborando una doctrina política, que ha evolucionado, y se ha ido aproximando al Derecho público moderno más de lo que se cree. Muchas de las cosas que sostiene el Sr. Mella, por ejemplo, podrían suscribirlas hombres de espíritu liberal. La fuerza de la realidad y del insensible y continuo cambio histórico que se opera en todos los minutos, es tan grande que, si por un azar, que á mí me parece improbable, viniese á reinar D. Carlos en España, su gobierno no se diferenciaría mucho de los actuales. Un cambio, al parecer tan radical, no introduciría gran variación en la vida española.

El espíritu de la novela de Valle Inclán está, á mi parecer, reflejado en las ideas de D. Juan Manuel de Montenegro. Para él la guerra no es una guerra dinástica, sino una guerra social, al revés de las que han sido en la historia; una guerra social de señores contra vasallos encumbrados y ensoberbecidos, una rebelión de la gente patricia, desposeída de sus antiguos privilegios y amenazada de extinguirse en un régimen plebeyo. Tal como él la siente, la guerra es una guerra contra raposos y garduñas, contra indianos y compradores de bienes nacionales, curiales, alguaciles, «criados que se han vuelto amos».

Yo creo que esta idea, que sobrenada en la novela y que se encarna en su tipo más vigoroso, está muy distante del carlismo como doctrina política. No es espíritu carlista, sino espíritu feudal, espíritu de protesta de aristocracias moribundas, el que alienta en el bello libro de Valle Inclán, que tiene, sobre todos sus méritos, el de una impecable prosa, de sobria elegancia estatuaría.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—PEDAGOGÍA: Los ojos de los niños.—BELLAS ARTES: El sentimiento religioso y la música de Iglesia.—CRÍTICA: El estilo de Pablo Bourget.—PERIODISMO: El Vaticano y la organización de la prensa.—La filosofía en los periódicos.—HUMORISMO: Brómidos y sulfitos.—IMPRESIONES Y NOTAS: La isla de los pingüinos.—Cromoterapia.—El paganismo contemporáneo.—La cuestión de Oriente y Dios.—El Padre nuestro.

## PEDAGOGÍA

LOS OJOS DE LOS NIÑOS.—El Dr. Chevallereau ha hecho interesantes observaciones en la escuela de niños de la calle de San Sebastián, de París, tomada como tipo medio que representa bastante bien la población escolar de las grandes agrupaciones urbanas, siendo por lo mismo aplicables sus conclusiones á la generalidad de las escuelas de las ciudades grandes. Estas observaciones han versado especialmente sobre la visión, y *El Monitor de la Educación común*, de Buenos Aires, las recoge en sus páginas.

Chevallereau ha tomado ante todo separadamente la agudeza visual de cada alumno por medio de la escala decimal de Monoyer, empleada por las grandes administraciones, especialmente en ferrocarriles y en marina. Es un cartel, en el que hay impresas diez líneas en tamaños progresivamente mayores. La primera línea debe leerse por todo ojo normal á distancia de cinco metros; la última, á 50 metros. El ojo que, co-

locado á cinco metros, sólo puede leer la última línea, tiene una décima de agudeza visual; el que sólo puede leer la antepenúltima, tiene tres décimas, y así sucesivamente.

Hay que colocar el cartel en sitio bien alumbrado y poner á cada niño aisladamente á cinco metros, diez, etc., haciéndoles leer el cartel de modo que los otros niños no puedan aprender de memoria lo escrito, y decirlo sin verlo bien cuando les toque la vez. Cada niño debe leer primero con un ojo y luego con otro, para poder apreciar las diferencias que haya en la visión de cada uno.

Tomada nota de la agudeza visual de cada ojo de todos los alumnos, se examinan los órganos de la vista de los mismos con el oftalmoscopio para anotar los defectos del globo del ojo, y con la regla oftométrica para clasificar á los examinados como míopes, hipermétropos ó astigmáticos; es míope todo el que, viendo bien de cerca, necesita un cristal más ó menos cóncavo para la visión á distancia; padece hipermetropía el ojo cuya visión es más perfecta con un cristal convexo; tiene astigmatismo el ojo cuyos dos arcos principales, vertical y horizontal, no ofrecen la misma curvatura. La presbicia, conforme al sentido etimológico, se aplica al ojo fatigado y viejo que necesita un cristal convexo para ver de cerca; en la escuela, entre los niños, la presbicia es defecto del que no hay que hacer mención.

El examen hecho por Chevallereau se aplicó á 202 niños de seis á catorce años, considerándose normales todos los que alcanzaban 0,8 de agudeza visual, pues aunque el tipo completamente normal sin ningún defecto es el que alcanza á 0,10, el defecto de que puede adolecer el que sólo tiene 0,8 es tan delicado, que requiere un estudio clínico, impracticable en la escuela. Por eso pueden estimarse esas dos décimas como cantidad insignificante para la práctica.

De los 202 niños examinados, 100 tenían la vista normal; de los 102 restantes, 17 tenían un ojo normal y otro defectuoso, 6 por miopía ó astigmatismo miópico, 4 por hipermetropía

ó astigmatismo hipermetrópico, 3 por traumatismo, 2 por catarata, 1 por estrabismo y otro por inflamación de las membranas profundas del ojo. Los otros 85 niños tenían ambos ojos defectuosos, y sus vicios de conformación ó enfermedades podían clasificarse del modo siguiente:

Miopía y astigmatismo miópico, 42.—Hipermetropía y astigmatismo hipermetrópico, 35.—Conjuntivitis granulosa, 2.—Cataratas, 11.—Coroides retínica, 3.—Estrabismo, 3.

La diferencia entre 85 (niños defectuosos) y 96 (defectos anotados), es debida á que á veces el defecto de un ojo es distinto del de otro, ó á que el mismo ojo puede ser defectuoso por varias causas (catarata ó estrabismo, por ejemplo, ó miopía y coroides retínica), etc.

Si el examen se hubiera aplicado á niños de otra edad, los resultados habrían variado seguramente, pues la miopía no suele manifestarse sino á los doce ó catorce años, y aumenta hasta los veintiuno ó veintidós, y claro es que los mismos niños, dados como normales de seis á diez años, presentarían diez años después numerosos casos de miopía.

La conclusión que puede sacarse del examen hecho, es que cerca de la mitad de los niños que asisten á las escuelas tienen visión defectuosa en grado suficiente para impedirles aprovechar las lecciones que reciben. Muchos niños parecen indolentes y perezosos, y no lo son, sino porque les es materialmente imposible interesarse por cosas que no alcanzan á ver. Un buen par de anteojos valen más en tales casos que todas las amonestaciones. El maestro más celoso verá siempre estrellados sus esfuerzos ante una causa material que impide al niño ver lo que escribe en el tablero ó lo que enseña desde la plataforma.

¿Qué hacer para remediar esto? Puede colocar en los primeros bancos á los más míopes, pero esto no basta, pues hay que atender á muchas otras cosas, á la audición, á la fuerza de atención, á la agudeza de percepción, á una serie de datos complejos que suministran á veces conclusiones contrarias. Por eso el Dr. Chevallereau se limita á señalar el mal, y aun-



que dice que tiene remedio, no lo indica, so pretexto de que eso incumbe á la Administración, y no es cosa de invadir sus atribuciones.

## BELLAS ARTES

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO Y LA MÚSICA DE IGLESIA.—José Trillet dice en *La Grande Revue*, de París, que hace veinte años conoció á un sacerdote ferviente, maestro de capilla, que, afecto á la tradición, estaba, sin embargo, al tanto de todas las novedades musicales, y sin disputar al canto llano su puesto de honor, sabía adaptar á las exigencias del culto las producciones más elevadas de la música moderna, sometiendo las melodías profanas á la prueba de los textos litúrgicos: así Mozart, Beethoven, Chopin eran santamente saqueados y rendían homenaje á Dios en *Aves Marías*, *Tantum ergo*, *Salutaris*, etc., en que jamás habían pensado; las romanzas de Mendelssohn se veían dotadas de palabras, y con exclusión de toda reminiscencia del repertorio dramático, toda música grave y sencilla era puesta á tributo para formar en el cortejo del canto litúrgico con admirable gusto y excelente atisbo. ¿Hace otra cosa el arte en todas sus formas que revelar y exaltar el pensamiento de Dios?

Pero he aquí que con el nuevo siglo sopla el espíritu de reforma, y se citan en son de censura esas hazañas de adaptación de los «musicastros», ese paganismo inconsciente de los minadores de la liturgia; los maestros de capilla no pueden ofrecer á los fieles la sorpresa de rezar con Mendelssohn ni convertir en ejercicios devotos las diversiones de salón. Una verdadera cruzada de infieles vino en socorro de la cristiandad para salvarla del abismo en que se hundía, y lo gracioso ha sido que los más fervientes cruzados han sido precisamente gentes mundanas para quienes se adornaban las arideces de la liturgia á fin

de hacer menos pesadas sus ceremonias; todos se fijaron entonces en que la música impía les impedía rezar, y con celo de entusiastas neófitos reclamaron el rigorismo más austero y la más intransigente ortodoxia, en materia ritual, pues en cuanto al dogma, les era indiferente. Hacía siete siglos que se cantaban las melodías gregorianas, y se imaginaron que hasta entonces no las habían oído y que entonces se habían descubierto, quejándose de que se les hubieran ocultado.

Verdad es que este apostolado profano se apoyaba en la consigna dada desde lo alto. El Papa había hablado, y su *motu proprio* de 22 de Noviembre de 1903 era la nueva fórmula de belleza de la música religiosa. Pero se sabe mejor lo que el Papa ha querido decir que lo que ha dicho: el repertorio gregoriano es la forma ideal del canto litúrgico, pero no es el único canto litúrgico; la Iglesia no rechaza la música moderna si ofrece «la bondad, la seriedad y la gravedad que la hacen digna de las funciones litúrgicas.» La Iglesia ha reconocido y favorecido siempre el progreso del arte, admitiendo al servicio del culto todo lo que el genio ha sabido encontrar de bueno y de bello en el curso de los siglos, bajo la reserva de las leyes de la liturgia.» ¿Habrá que recordar que el cardenal Sarto, hoy Pío X, fué protector del abate Perosi, maestro de capilla de San Marcos de Venecia y director de la Sixtina, músico ecléctico y original, organizador de conciertos religiosos?

No se trata de disputar al canto llano sus derechos, nacidos de su pura belleza y de la tradición; sus formas venerables, desgastadas por el uso; sus modulaciones lentamente cadenciosas, cual gesto que bendice; la carencia de efectos y hasta de invención musical: la absoluta pureza de ese estilo ornamental, comunican al canto llano una virtud propia y hacen de él la lengua maternal de la Iglesia. Ni siquiera se trata de aminsonar la importancia de la reforma, tan felizmente acometida por los benedictinos de Solesmes; los músicos pueden discutir el valor de la música, no el del método.

Pero es comprometer la vitalidad artística de la Iglesia el

pretender absorberla en un estudio de arqueología. Si la música religiosa no va á participar de la vida moderna sino por las pacientes investigaciones de los archiveros, la lengua de la Iglesia se hace una lengua muerta, indiferente al movimiento intelectual; la Iglesia seguiría acogiendo las demás artes y repudiando la música. ¿Sería por rencor á una forma de arte que, brotando de la Iglesia, se ha desarrollado fuera de ella? ¿Sería por no sé qué pudor que cerrara el santuario á las melodías profanas? ¿Hay alguna impiedad de melodía, alguna diabólica y maligna virtud de la música que nada puede regenerar?

La cuestión no es de orden estético, sino moral y litúrgico: la música no es en la Iglesia un accesorio ni un lujo, sino parte esencial del oficio divino y forma consagrada de la oración colectiva. El sentido de la santa palabra, encerrada en formas hieráticas, envuelta en misterio, no se revela por sí mismo á los fieles. Aun hoy, que el sacrificio se representa á su vista y que ha caído el velo que les ocultaba el altar, se les admite á creer y á adorar, no á interpretar ni á comprender. Mejor que el texto sagrado, la música establece la comunión de las almas, expresando á la vez, en sus gritos de llanto ó de triunfo, la humildad de la razón que se calla confundida, y el fervor iluminado del corazón que ve y que sabe.

No hay demarcación entre la Iglesia y el mundo; la civilización se refiere naturalmente á Dios, como su principio y su fin. El sentimiento religioso aspira á la comprensión de la belleza perfecta, ó se deshace en una especie de desfallecimiento, aniquilado en el éxtasis. Lo infinito no se contempla cara á cara; por eso la imagen de la divinidad apenas se ha modificado á través de los siglos, y el dios del cristiano, representado por la pintura y la escultura, sigue siendo hombre, como Zeus ó Júpiter. Pero el sentimiento religioso se ha complicado y refinado, y los místicos de hoy tienen de la divinidad visión muy distinta de la que tenían los cristianos de las Catacumbas ó los monjes de la Tebaida.

Pues del mismo modo que hay un sentimiento religioso moderno, puede haber y hay una música moderna de la Iglesia. Ningún arte se adapta tan bien á las impresiones más ondulantes y profundas del alma: la música dispone de la línea melódica, que marca el relieve, y de la armonía, donde se refleja la tonalidad íntima, la realidad viviente. Aplicada á la expresión del sentimiento religioso, la música le da una forma poética y exacta. En cierto sentido, toda música pura es religiosa, si la suprema aspiración del alma piadosa es aislarse para comprenderse, escuchando en el fondo de sí misma la palabra que va de corazón á corazón. Puede decirse que el arte se aleja de aquel ideal á medida que más se transparenta y que la sinceridad del pensamiento se debilita. En otro sentido, la música dramática debe ser excluída de la Iglesia, no tanto por su convencional estilo, cuanto porque evoca recuerdos inoportunos; aun así, su inconveniencia es relativa, pues la asociación de recuerdos sólo es sensible para los que frecuentan los teatros. Los aires de repertorio no tienen por sí mismos virtud de expresión, y son apropiados á veces á ciertas formas inferiores del sentimiento religioso.

Claro es que no es ese el verdadero y puro espíritu del cristianismo, y que la devoción inspirada por ese sentimiento es superficial; pero la Iglesia fué siempre indulgente con él, y á falta del corazón, acepta el gesto y las apariencias de la piedad, como el de una medicación externa. Si esas almas tibias reclaman de la Iglesia una música acomodada á su sentimentalidad, porque la severidad y las tonalidades mismas del canto llano les sorprenden, ¿en nombre de qué snobismo nuevo se ha de hacer tragar á esos snobs anticuados la música gregoriana, lengua de iniciados, como nota Ecorcheville, inaccesible en su esencia á la comunidad de los fieles? La melodía profana, utilizada para el culto, pierde su origen y se regenera.

¿Es que la música de la Iglesia es tal, á condición de haberse escrito para la Iglesia? El repertorio religioso es grande y de desigual valor. Saint-Saëns hace notar que las pавanas y

los madrigales de Palestrina no difieren de sus melodías religiosas; Bach, en su *Oratorio de Navidad*, toma aires enteros del *Drama per música* y de la *Elección de Hércules*, cantatas profanas. ¿Cuál es la causa de que el órgano, que tiene tal poder de serenidad y de fuerza en la Iglesia, se preste tan mal á las audiciones de concierto? Su encanto parece desvanecerse en ellas; las sonoridades se apagan, los timbres se velan, su languidez resulta monótona. Y es porque el alma de la música religiosa sólo se revela en la Iglesia; si la música crea la comunión de los corazones, también esa comunión crea la música; es una penetración recíproca y una doble corriente de arte y sentimiento.

Toda reglamentación de la música es arbitraria. Instituir como ideal artístico la restauración del canto gregoriano, es limitar el campo del arte y establecer una ficción como ideal. Renan se burlaba de «las modernas iglesias góticas edificadas por un arquitecto de levita, juntando fragmentos de dibujos tomados de los viejos tiempos». A un esfuerzo y á una falsificación semejante nos convida la restauración gregoriana. ¿Por qué han de ser religiosos los conciertos de música arcaica? La música religiosa en que todos los estilos se funden, tendrá siempre más verdad que ese arte de reacción producto de una fé inmóvil y gruñilona.

Es lástima que el problema se haya planteado mal, y la culpa la tiene cierta literatura neocatólica á lo Huysmans. La religión está mal defendida contra sus amigos. León Bloy ha desenmascarado con crudeza la falsa devoción del que se llamaba «el morfinómano del oficio». Al catolicismo poético de Chateaubriand ha sucedido una apologética de verduleras, que ha declarado la guerra á la buendiosería iluminada, para sustituirla con la buendiosería simbólica. Se han tomado las impertinencias de lenguaje de su pretendido apóstol, por efusiones exuberantes de fervor místico, y el mundo católico se ha lanzado en pos del falso profeta por caminos extraviados.

El arte religioso no perecerá, como no perecerá el senti-

miento religioso. Se desarrollará, pero á condición de no aislarse de la vida moderna, de estar abierto á las curiosidades del espíritu y á las aspiraciones del corazón humano. «No hay que presentar á la Iglesia, dice José Serre, como un poder de negación y de anatema, sin mostrarla al mismo tiempo como un poder de bendición y de fecundación intelectual, cuidadosa de no extinguir, hasta el mismo error, ningún pensamiento, ningún rayo del humano espíritu.»

### CRÍTICA

EL ESTILO DE PABLO BOURGET.—En todas partes cuecen habas, y así como en España tenemos la sociedad de bombos mutuos, gracias á la cual ciertos sedicentes literatos, sociólogos, ateneístas, etc., se han impuesto al público ignaro y candidato—¿quién no recuerda el colmo de aquel tonituante americano, cuyo nombre ya se ha olvidado, que iba á traernos la Universidad hispanoamericana y á renovar la oratoria castelarina, y á quien se festejó y banqueteo en Cádiz y en Barcelona, en Salamanca y en Madrid, soltando en todas partes el mismo discurso huero, que dejaba turulatos de asombro por lo vacuo y rimbombante á los embaucados oyentes, y cuyas excelencias pregonaban luego á todos los vientos los rotativos para agigantar la pigmeica figurilla del ramplonesco orador?—también en Francia, ¿y donde no, si es fruta de todos los tiempos y países? nacen y prosperan reputaciones del mismo origen, invadiéndolo todo, avasallándolo todo y logrando gloria y dinero, que es lo que se busca, gracias á esos procedimientos de cábalas y camarillas literarias. Por fortuna, si el número de los tontos es infinito, y merced á lo difundido del género pueden arrigar esas reputaciones, nunca falta, acá y allá, algún alma consciente de sus deberes y con valor para cumplirlos, que reduce la talla exagerada de esos figurones á su tama-

ño natural, que no pasa de ordinario. Así, en *La Grande Revue*, de París, nos revela Ernest-Charles la existencia de la Escuela—quiere decir camarilla—de Tarascón, compuesta de Pablo Bourget, Carlos Maurras, León Daudet y Enrique Vaugeois, cada uno de los cuales, con su grupo de amigos, cantan la gloria incomparable del jefe. Ernest-Charles admite que Bourget sea su gran psicólogo, pero afirma que es un mal escritor.

Y no es lo peor que lo afirme, sino que lo pruebe. Recordando el éxito colosal de *Mentiras*, es lícito exigir de libro tan celebrado que esté escrito correctamente; la menor falta de estilo en libros de ese fuste, es un crimen de lesa literatura. Pues bien: al principio de *Mentiras*, Bourget cuenta el hecho sencillísimo de que un joven, de levita y con gabán, porque hacía frío, baja de un coche. Como lo que hay que decir es esto, cualquiera escribiría: «Un joven baja del coche; estaba de levita, y como hacía frío, llevaba puesto el gabán.» Como no debe uno ponerse el gabán sino para defenderse del frío, sería mejor decir: «Un joven baja del coche; su gaban ocultaba su traje de etiqueta.»

Pero así lo escribe cualquiera, porque no todos son novelistas psicólogos, familiarizados con las gracias del estilo; Bourget es otra cosa, y dice así: «La portezuela se abrió para dar paso á un hombre joven que levantó frioleramente el cuello de nutria de su gabán, y avanzó sobre el pavimento escarpines descubiertos. Los zapatos de charol, los calcetines de seda con flores, el pantalón negro y el sombrero de tela atestiguaban que, bajo las pieles, aquel personaje ocultaba su traje completo de etiqueta.»

Y vamos á cuentas: «La portezuela se abrió para dar paso á un hombre joven.» ¡Oh, portezuela, que te abres para dar paso á un hombre joven! ¿Cómo se abrió esa portezuela? ¿Por sí sola ó con ayuda de alguien? ¡Misterio! «La portezuela se abrió para dar paso á un hombre joven;» la mejor portezuela del mundo no podría hacer más: abrirse para dar paso; es su oficio.

Pero sigamos: «La portezuela se abrió para dar paso á un hombre joven, que levantó frioleramente el cuello de nutria de su gabán y avanzó sobre el pavimento escarpines descubiertos.» Ese hombre joven, que avanza escarpines descubiertos sobre el pavimento, nos hace reir. La duquesa, querido Bourget, jamás ha dicho á usted al invitarle á bajar del coche: «¡Eh, marqués, avance usted sobre el pavimento escarpines descubiertos!» Y no lo ha dicho porque no es usted marqués; porque entre aristócratas no suele llamarse á nadie por su título; porque los escarpines son siempre descubiertos, y porque no es usted tampoco ningún zapatero para salir del coche avanzando escarpines. Escarpín, en todas partes, del latín *scarpus*, significa zapatito descubierto de suela delgada. La duquesa que suponemos le diría únicamente: «Pablo, avance usted sobre el pavimento sus escarpines.» Y para eso necesitaría ser tan ridícula como el que escribe de ese modo; pues en otro caso, no se le ocurriría esa tontería de avanzar escarpines.

Pero no nos detengamos demasiado en estos avances escarpinescos, y pasando por alto la piel de nutria del cuello, que no suele ponerse á los gabanes de pieles, prosigamos: «Los zapatos de charol, los calcetines de seda con flores, el pantalón negro y el sombrero de tela, atestiguaban que, bajo las pieles, ese personaje ocultaba un traje completo de etiqueta.» Ese personaje, con sus pueriles calcetines de seda con flores y su ingenuo sombrero de tela, es una delicia. Hay que contar con que la cosa ocurre á las nueve y media de la noche, en una callejuela alumbrada tan sólo por una linterna colgada de una cuerda transversal: ¡ya se necesita vista para apreciar en tales condiciones que los calcetines del personaje eran de seda y tenían flores! Pero había que reunir en una frase enrevesada todas las simplezas que constituyen el fondo del talento de un observador de costumbres mundanas, y todas las impropiedades de expresión que descubren la pobreza de recursos del autor y su ignorancia del vocabulario, para que resultara ese



amasijo de tonterías que sirve de distracción y hace pasmar de gusto á los lectores, y sobre todo á las lectoras de Bourget.

Para muestra basta un botón, pero Bourget nos ofrece botonaduras completas en cada una de sus obras. Ahí está la última, *Les détours du cœur*, libro de *nouvelles*, que es donde mejor se despliegan los encantos del estilo. Ernest Charles toma una de estas historietas al azar, la última, *La palabra dada*, y no hay por donde cogerla.

«Muy cerca el río, que ha tomado de los glaciares el reflejo puro de su agua rápida, corre entre los enormes troncos de árboles seculares, nogales lustrosos, fresnos argentados, tilos embalsamados.» ¡Un río que toma de los glaciares el reflejo puro de su agua rápida! El glaciar no puede dar lo que no tiene, ni las aguas rápidas suelen tener reflejos puros, ni Bourget, por lo visto, sabe lo que es un glaciar, ni sabe lo que dice. Y luego, ¡qué epítetos! «Seculares, lustrosos, argentados, embalsamados»: uno referente á la duración, otro al pulimento, otro al color, otro al olor, todos intercambiables y ninguno necesario, por consiguiente.

«Algunas semanas habían bastado para que la influencia emanada de aquella tranquila y salvaje naturaleza comenzase á calmar un poco aquel organismo devorado por los disgustos, estragado de insomnios y de pesadillas, en el cual (*chez lequel*) la idea fija ejercía el estrago de un verdadero emponzoñamiento.» ¡Qué de catástrofes, ¿no es verdad?, en aquel organismo! ¿Y por qué está devorado por los disgustos y estragado de insomnios, en lugar de estar devorado por los insomnios y estragado por los disgustos? ¿Y qué idea fija es esa que ejerce el estrago de un verdadero envenenamiento en un organismo ya estragado y devorado? ¡Vaya una idea impertinente!

«A cada segundo, un funesto proyecto puede surgir en aquel pensamiento apenas convaleciente, otra desgracia producirse, más irreparable que la otra.» Pero, señor; una desgracia es reparable ó irreparable, sin que pueda nunca ser más ó menos irreparable. Esto es como aquello que dice en otra

E. M.—Febrero 1909.

parte el mismo Bourget: «La fuerza de un sistema nervioso muy intacto,» olvidando que un sistema nervioso está ó no está intacto, pero no puede estarlo menos ni más.

Basta; evidentemente, Pablo Bourget no puede ser considerado como un estilista; hay en sus obras construcciones incorrectas, locuciones viciosas, palabras apartadas de su verdadero sentido, todos los defectos de estilo posibles. Ernest-Charles dice que escribe como un bárbaro. La expresión es quizá fuerte, pero no cabe duda de que Bourget no escribe bien, y es un mal maestro. Cuando actuó de diablo, la influencia de sus novelas fué desmoralizadora; hoy, que se ha metido á ermitaño, sólo hace daño á la lengua; siempre es un progreso, y algo es algo.

## PERIODISMO

EL VATICANO Y LA ORGANIZACIÓN DE LA PRENSA.—Granvelle, en *La Grande Revue*, relata la historia del periodismo vaticanista. Esta historia es bien moderna. El primer periódico católico italiano fué *L'Osservatore Romano*, que nació en Roma en 1860, seguido en Bolonia por *L'Eco*, cambiado, poco después en *Eco delle Romagne* y en *Patriota Católico*; casi al mismo tiempo se fundó en Turín la *Armonía*, y añadiendo la revista boloñesa *Conservatore* y una hoja satírica, *La Marmita*, se tiene la lista de todos los periódicos católicos italianos anteriores al 1870; el órgano oficial del papado y de los Estados pontificios era el *Giornale di Roma*.

Derrumbado el poder temporal de los Papas, sólo sobrevivió *L'Osservatore Romano*, no como órgano oficioso de la Santa Sede, sino en su primitiva forma de periódico conservador y católico. Para Pío IX y para los primeros colaboradores de León XIII, la prensa era esencialmente un poder laico y liberal, simbolizando la revolución. Este concepto equivocado no

tardó en modificarse, y en 1875 la *Obra de los Congresos*, de Florencia, trató de organizar en Italia la prensa católica, y León XIII mismo, por propia iniciativa, se decidió en 1890 á crear un «Diario de la Santa Sede», comprando, al efecto, *L'Osservatore Romano*, y confiando su dirección á Casoni. En sus *Cinquant anni di giornalismo*, cuenta Casoni que el Papa le dijo: «Todo el mundo tiene su periódico, y es preciso que la Santa Sede tenga el suyo; haceos independiente de todos, pues en adelante sólo dependeréis de mí y de mi secretario de Estado.» No le trazó un programa detallado, pero le dió á entender que quería se estudiaran á fondo las cuestiones, se evitaran polémicas acerbadas; no se hiciera caso de ataques personales, y se respetara escrupulosamente á los pueblos y á los gobiernos, especialmente á los bien relacionados con la Santa Sede.

El programa era excelente, pero difícil. El director apenas veía al Papa; sus intermediarios eran muy exigentes. En las cuestiones de política apenas le dejaban libertad, pues si se podía combatir al gobierno italiano, había que ponerse guantes para hablar de los demás gobiernos, «aunque cometieran faltas que hubiera convenido criticar y condenar». Estas dificultades eran cada vez mayores, cuanto más se olvidaba la cuestión romana, pues había que censurar agriamente en Italia lo que se aprobaba en otras partes y había que cuidarse de no herir la susceptibilidad de ningún pueblo; así sucedió que cuando la guerra anglo-boer se publicaron algunas correspondencias favorables á los boers, y hubo que suprimirlas porque se quejaron los católicos ingleses, y no era cosa de descontentarlos.

En cuanto *L'Osservatore* se apartaba de su intransigencia, los otros periódicos católicos independientes se indignaban, y *La Voce della Verità*, órgano de los jesuitas, le llamaba al orden; los redactores pedían algo de libertad para poder contestar, pero no la obtenían, y así fué perdiendo autoridad y prestigio; continuaba publicando los comunicados de la Santa

Sede, pero bajo epígrafe especial; hoy mismo no es órgano oficial sino en la parte del texto impresa en grandes caracteres con el título de *Informaciones*, y ha perdido toda su importancia.

León XIII, en sus últimos años, pensó en suprimirlo. Pero ¿cómo reemplazarlo? *La Voce della Verità* recibía del Vaticano noticias y subvenciones, pero no publicaba más que noticias religiosas; *La Vera Roma* no tenía condiciones de periódico de gran circulación, y en estas dudas la muerte sorprendió al Papa. Pío X y Merry del Val se preocuparon desde un principio de la reorganización de la prensa católica, especialmente de la romana, y en 1904 se anunció la publicación de un gran diario clerical; *L'Osservatore* desaparecía; *La Voce della Verità*, á la que se había retirado toda subvención, dejó de publicarse, y *La Vera Roma* parecía deber ser el núcleo del nuevo diario, que debía comenzar el 1.º de Enero de 1905. El proyecto se hizo público, se organizaron las suscripciones, y cuando todo estaba dispuesto, la combinación fracasó.

Durante dos años y medio pudo creerse que el Vaticano había renunciado á toda tentativa de reorganización. Pero en el mes de Julio de 1907, á consecuencia del ruido que hizo la revelación escandalosa de la existencia de una Liga de católicos alemanes «contra el Índice y por la civilización», revelación hecha por la *Corrispondenza Romana*, supo el mundo entero la existencia de este periódico, órgano oficioso de la Secretaría de Estado, que llevaba ya publicados 45 números, y que estaba dirigida por Benigni, oscuro sacerdote periodista, con quien Merry del Val se había entendido perfectamente.

La base del nuevo servicio de prensa era, en efecto, la *Corrispondenza Romana*; de los informes de este periódico, no impreso, sino repartido en hojas poligrafiadas, á 80 liras al año, sacaban los periódicos sus noticias, y para mayor seguridad, cada diario tenía un redactor impuesto por Benigni para tratar todos los asuntos relacionados con el Vaticano. El servicio internacional telegráfico lo suministra la rica Asociación de

Coblenza, «Zentral-Auskunfstelle der katolischen Presse», y Benigni se ha entendido, además, con un sacerdote bávaro, mediante el cual se halla en relación con los principales órganos de la opinión de Alemania. La policopia de Benigni se transmite así por telégrafo á la mayor parte de los diarios alemanes, que reproducen lo que se les manda.

La organización, como se ve, no puede ser más sencilla ni menos costosa; las hojas de la *Corrispondenza* se hacen pagar bien, pues cada número cuesta 10 liras, y por suscripción, 80; los gastos son pequeños, pues el personal es reducido, y la Sociedad de Coblenza paga casi todo el servicio telegráfico; los periódicos que quieren tener información fresca y auténtica del Vaticano tienen que aceptar un redactor especial escogido por Benigni, pues de otro modo no hay noticias, y así se asegura el concurso de la prensa para los fines que se desean y se cuenta con el máximum de publicidad sin necesidad de montar la costosa organización de un gran diario.

Lo que cabe dudar es si esta organización es cosa de Benigni ó ha sido autorizada por el Papa. Los hechos citados por Granvelle y la coincidencia de las campañas de la *Corrispondenza* con la orientación política del Vaticano, hacen creer que la *Corrispondenza* cuenta con el apoyo del Papado ó, por lo menos, con el de la Secretaría de Estado; pero ciertas triquiñuelas á que en ocasiones apela la *Corrispondenza*, enviando á Coblenza textos distintos de los que se publican en Roma y hasta repartiendo en la misma Roma hojas cuyo texto es diferente según quienes las reciben, hacen pensar que si Benigni recibe inspiraciones del Vaticano, obra también muchas veces por cuenta propia y goza de una libertad que nunca tuvo *L'Osservatore*. Se han dado casos, como el ocurrido al abate Lemire, diputado francés, que fué objeto de rudos ataques en la *Corrispondenza* por haber sostenido en la Cámara una enmienda que tendía á salvar parte de los bienes de la Iglesia, y que se atrevió á negar carácter oficioso á la hoja romana, que prueban cumplidamente la autoridad de la *Corrispondenza*

Lemire, en efecto, fué á Roma, y no logró ser recibido por el Papa, ni siquiera por Merry del Val, haciéndosele entender que la puerta á que tenía que llamar ante todo era la de Benigni. El mismo monseñor Turet, arzobispo de Ruan, autor de un proyecto sobre *Mutualidades eclesiásticas*, que fué á Roma y mereció ser aprobado por el Papa, le desautorizó la *Corrispondenza* del modo más terminante, desmintiendo que el Papa hubiera podido aprobar las mutualidades, y no tardó, en efecto, en publicarse en el *Osservatore* una carta de Pío X condenando aquel proyecto. Benigni triunfó en esta y en todas sus demás campañas, y ya nadie se atreve á entrar en lucha abierta con la *Corrispondenza*. Pero, como dice Granvelle, una cosa es la intriga y otra la verdadera política; la intriga ha triunfado, pero los resultados obtenidos de ese triunfo por la política romana son, hasta el presente, harto medianos cuando no negativos.

\*  
\* \*

LA FILOSOFÍA EN LOS PERIÓDICOS.—Dice bien César Ranzoli en la *Nuova Antologia*: Filosofía y periodismo son conceptos antagónicos, si se consideran en sus notas típicas y características. En la filosofía, la meditación de los problemas eternos de la materia y el espíritu, el ser y el conocer, lo real y lo ideal, la vida y la sociedad, los más altos problemas del pensamiento humano, tan altos que á veces se pierden en las nubes; en el periodismo, el dominio de la política menuda, de los intereses materiales y mudables, de los sucesos del momento, de todas las menudencias; en la filosofía, el procedimiento fatigoso y lento de la reflexión; en el periodismo, la elaboración fulmínea, la ideación rápida y tumultuosa; en la filosofía, la busca desapasionada de la verdad, la valoración larga y serena de los seres, personas y cosas; en el periodismo, el imperio de las acras pasiones de partido; en la filosofía, el estilo oscuro, los términos heteróclitos y monstruosos, incomprensibles

para los profanos; en el periodismo, el lenguaje sencillo y llano, al alcance de todo el mundo, aun á riesgo de atropellar la gramática.

Esta oposición da mayor relieve á un suceso que ha venido madurándose hace tiempo, y cuya importancia ha pasado desapercibida para los más: el acuerdo entre la filosofía y el periodismo, en cuya virtud los grandes diarios han empezado á otorgar espacio en sus columnas á la discusión y estudio de los altos problemas especulativos. Las revistas filosóficas podrán, en lo sucesivo, transformarse en una sección de los diarios, y si el periódico ha matado el libro, acabará también por matar la revista, que hasta aquí ha sido su cómplice en ese delito.

Nuestros periódicos están todavía lejos de ofrecer al público artículos como los del suplemento literario del *Times* ó el folletín de la *Neue Freie Presse*, pero empiezan á poner cátedra de filosofía, á tener su redactor filósofo y á decidirse por tal ó cual sistema; los clericales, por el tomismo ó el fideísmo; los radicales, por el positivismo; los republicanos, por el materialismo; los socialistas, por el evolucionismo spenceriano; los moderados son los más indecisos, pues aunque un gran periódico conservador italiano se declara por el neo-idealismo, ¿de qué neo-idealismo se trata, si con este nombre se comprenden tendencias tan distintas como el neo-hegelianismo, el neokantismo, la filosofía de la contingencia, la de la inmanencia, la de la acción, el moralismo, el inmoralismo, el pragmatismo, el humanismo, el solipsismo, el personalismo, el energismo, el voluntarismo, el sensacionalismo y otra multitud de ismos, capaces de hacernos recurrir á los gargarismos?

El redactor filósofo de nuestros diarios—el último aparecido tras el político, el literario, el financiero, el teatral, el artista y el higienista—se ocupa de la llamada literatura de ideas, de la crítica de obras filosóficas, de las conferencias de índole ético-social y psico-biológica, de la necrología de los filósofos, del modernismo y de las cuestiones religiosas. Hoy, como se ve, es algo compleja su tarea; pero la ley de especialización se impon-

drá, y con el tiempo cada periódico tendrá un redactor para la teología, otro para la psicología, otro para la ética, y así sucesivamente.

Los últimos en maravillarse de la alianza son los filósofos. ¿No está demostrado desde Hegel que el progreso surge, precisamente, de la síntesis de los contrarios? El filósofo sabe acoger serenamente lo inevitable, y complaciéndose en indagar las causas de las cosas—*felix qui potuit rerum cognoscere causas*,—había previsto el abrazo del periodismo con la filosofía. La novela psicológica y el teatro social; la vulgarización de multitud de problemas que tienen en la filosofía su arranque y su solución; la preocupación, siempre viva, de todo pensador por las cuestiones del espíritu y de la materia, obligaban al periódico, reflejo fiel de la vida, á prestar atención á todos esos problemas y á recoger en sus columnas opiniones y argumentos, hechos é hipótesis. Sólo un redactor filósofo podía tratar de todo eso con verdadera competencia, y de ahí lo inevitable de la alianza del periodismo con la filosofía.

¿Es un bien ó es un mal esa alianza? Ranzoli examina el pro y el contra del hecho: la filosofización del periódico debe acogerse como el mejor de los sucesos posibles en la mejor de las sociedades posibles, desde el momento en que es un hecho necesario. Esto es optimismo, pero el optimismo es el postulado de la filosofía; hasta los pesimistas dejan de serlo cuando se dedican á elaborar su sistema; no hay más doctrina pesimista verdadera que el escepticismo, que es la negación de toda filosofía.

Las sociedades humanas presentan no pocas analogías con las sociedades de las hormigas, según han demostrado Lubbock y Romanes: en ambas hay individuos dedicados á la propagación de la especie, otros á su mantenimiento y otros á su defensa; estos últimos se distinguen por su robustez y por el gran desarrollo de sus mandíbulas, aptas para despedazar al enemigo, pero impropias para comer, hasta el punto de que para alimentarse necesitan que sus compañeras les trituren la



comida y se la metan en la boca. Si se observa con paciencia un hormiguero, se verá alguna hormiga en actitud de profunda meditación—en todo esto habla solo Ranzoli, y yo me limito á transcribir—y de completa inmovilidad, sólo quebrantada por el rítmico vibrar de las antenas; es la hormiga-filósofo. ¿Qué suerte sería la de un hormiguero en que las proletarias dejaran de proliferar, las obreras de trabajar, las guerreras de combatir, y todas se abandonaran al filosófico ejercicio de mover las antenas?

Pues lo mismo le pasaría á una sociedad humana compuesta sólo de filósofos: se extinguiría. Los obreros, los agricultores, los industriales, los comerciantes, los políticos proveen á las exigencias de la vida social, y la hacen posible á unos cuantos que pasan la vida filosofando ó moviendo las antenas. Pero, por otra parte, no sólo de pan vive el hombre. Hay problemas de que no se puede prescindir, y en nuestros días de vida compleja las preguntas crecen y hay que contestarlas. Si en la hora que el hombre moderno puede dedicar á la lectura, no se encargase el periódico de hablarle alguna vez del evolucionismo spenceriano, de las hipótesis psico-físicas sobre el genio y los fenómenos mediánicos, de la concepción cósmica de Le Bon, del pesimismo schopenhaueresco, del superhombre nietzscheano, ¿cuándo sabría nada de todas estas cosas? Claro que todo ello es superficial; pero más vale algo que nada, y por ese camino puede descubrir, si quiere, nuevos horizontes ampliando sus estudios en lo que le interese. Ranzoli conoce un ferretero, sin estudios ni cultura, que sintió la curiosidad de leer á Gioberti, solo por unas líneas de un periódico; y lo ha leído y releído de cabo á rabo, y para él la fórmula de «el ente crea el existente», encierra todas las verdades pasadas, presentes y futuras; de diez ideas giobertinas, no acierta á tomar bien la embocadura más que á una; pero esa no se le escapa, y le sirve de ayuda hasta para sus negocios.

Hay otras personas, más de las que puede suponerse, á quienes sobra tiempo para todo; la filosofía sería un gran recurso

para distraer los ocios de tales personas. Pero el lenguaje filosófico no está al alcance de todos, y espanta á la mayoría; por eso los libros de filosofía son inaccesibles á la generalidad. Pero donde no llega el libro, llega el periódico, distribuyendo el pan de la sabiduría medio digerido á quienes no tienen dientes para masticarlo por sí solo. Este oficio de vulgarización es uno de los grandes servicios de la prensa periódica.

Pero si la profundidad es la mayor virtud del filósofo, la claridad es la mayor virtud del periodista; se puede resistir la lectura de un libro fatigoso, pero se salta todo artículo de la misma clase. De ahí que el redactor filósofo no puede ser un escritor profundo, una persona de gran competencia, sino un aficionado que, más que de razonamientos, se sirva de metáforas y paradojas, y este es el reverso de la medalla. Se pide al filósofo no que piense bien, sino que escriba bien; no que haga pensar, sino que deje al lector satisfecho; y eso es un mal, porque el periodista falseará muchas veces las doctrinas para hacerlas claras, y atenderá más á la forma que al fondo, y así contribuirá á difundir la superficialidad.

Aun así y todo, y con todos sus inconvenientes, la creación del redactor filósofo en la prensa periódica constituye un positivo progreso, y debe ser recibida con aplauso por cuantos se preocupan por la difusión de la cultura.

## HUMORISMO

BRÓMIDOS Y SULFITOS.—Se trata nada menos que de una nueva clasificación social, cuya primera idea corresponde á una señora, y cuya vulgarización es debida al periodista neoyorkino Gellet Burgess y al articulista Alberto Schinz, de *La Revue de París*. La señora—una propietaria de ingenios de azúcar en Luisiana—descubrió en un momento de lucidez que todas las personas del mundo podían clasificarse en dos fami-

lias ó grupos: los *sulfitos* y los *brómidos*; y el periodista encontró la revelación convincente y apodíctica. Los *brómidos* en química son sustancias neutras, insípidas y vagamente dulzonas; y los *sulfitos* son sustancias ácidas, picantes y hasta mordentes. ¿No son, en efecto, de una ú otra de estas clases todos los espíritus?

El brómido, como de esencia inferior, no puede comprender al sulfito; pero el sulfito comprende perfectamente al brómido, y puede describirlo; descrito el brómido, no hay necesidad de describir el sulfito, pues basta proceder por eliminación para clasificar á cada cual en uno ú otro grupo: el que no sea brómido es sulfito.

Ahora bien: según Burgess, el carácter esencial del brómido consiste en la acción psicológica refleja de su cerebro bromídico, manifestada por la creencia de que cada uno de los actos de la vida está y debe estar necesariamente acompañado de una observación ú opinión particular, siempre la misma, pues la asociación de ideas la produce espontáneamente, y así puede creer cada brómido que es invención suya.

¿No habéis oído decir: «Si se viera esta puesta de sol pintada en cualquier cuadro, nadie creería que era verdad»? Pues esa observación inevitable es propia de un brómido, que la hace siempre como cosa meditada y profunda, con toda seriedad, creyéndola original y digna de aplauso. También es bromídica esta otra observación del que vuelve empapado á su casa, después de una carrera: «Naturalmente, basta que uno se deje el paraguas en casa, para que llueva»; ó con más gracia todavía: «¡Claro! El barómetro anunciaba buen tiempo, y ¿qué había de suceder sino la lluvia?» Otro verá á dos pilletes darse de bofetones en la calle, y exclamará: «¡Siempre pasa lo mismo! Basta que se necesite un agente de orden público, para que no parezca por ninguna parte.» Otro, el que ha hecho poner teléfono en su cuarto, dice satisfecho á los suyos con aire sentencioso: «Si hace unos cuantos años hubieran dicho que podía uno hablar desde una ciudad á otra, le hubieran to-

mado por loco.» El que discute sus experimentos de viaje en materia de propinas, dice: «Ese sistema de propinas es sencillamente irritante; pero jamás conseguirá uno que le sirvan bien si no diese nada»; y luego añade siempre: «No es por el dinero, entiéndase bien, por lo que yo hablo así; es por cuestión de principios.» También es brómido el que, pasando de los veinticinco, exclama veinte veces al día: «¿Qué quiere usted? Se va uno haciendo viejo.» Y el hombre de casino que, doblando su periódico, reflexiona así en alta voz: «Son un pueblo interesante estos japositos.» Como el amigo que os escribe: «Observo que se me acaba el papel, y como no vale la pena de empezar otro pliego, termino mi carta...»

Como La Rochefoucauld coleccionaba máximas, puede convertirse en juego de sociedad el coleccionar bromidomas (así llama Burgess á estas salidas, aunque sería mejor llamarlas bromidifonías ó bromidifrases). Así entre los *sportsment*, cualquier jugador de *golf* descubrirá su carácter bromídico, diciendo: «¡El billar! ¡Vaya un juego estúpido! ¿Cómo puede uno entretenerse horas enteras en chocar unas con otras tres bolas de marfil?» Hablad con una Eva nueva, y no tardará en descubrir la hilaza de su bromidismo diciendo: «Verdaderamente, no comprendo por qué no se ha de aplicar la misma ley al hombre que á la mujer en materia de moralidad sexual»; ó bien aquello de «¡qué injusticia la de que una mujer que tiene casas y tierras no pueda votar», y mil otras vulgaridades por el estilo. ¿Y las frases bromídicas de los pedagogos? Esas sí que son típicas y petulantes: «La escuela no debe formar sabios, sino hombres»; «es un error desarrollar solamente el espíritu; hay que desarrollar también el cuerpo, como los griegos»; «¿habéis visto alguna vez que los hijos de un hombre ilustre no sean nulidades?», etc.

El brómido es, pues, un individuo á quien todo lo que es perfectamente evidente, le parece siempre nuevo; un gran inventor de vulgaridades y de muletillas, que exclama con entusiasmo que dos y dos son cuatro, defendiendo sus observa-

ciones con elocuente lógica; un charlatán que se dispara, con la precisión de un despertador, en cuanto se presenta ocasión de colocar una de sus venerables frases. Los brómidos piensan por el método del sindicato; marchan con la multitud, obedecen á la ley de los promedios, y pueden pronosticarse sus opiniones sobre cualquier cosa. Prosaicos, viviendo por regla y por rutina, se hacen cortar el pelo todos los meses, y tienen el culto del dogma; «puede uno estar seguro de que siempre serán cargantes, vulgares y cualesquiera».

Y ahora, ¡oh lector!—concluiremos diciendo con Schinz,—si á la pregunta del libro de Burgess: *¿Sois un brómido?*, vaciláis en contestar, he aquí un criterio para la respuesta: Si, después de leído el libro ó este articulejo solamente, os preocupáis de no volver á ver puestas de sol, ni á decir ninguna vulgaridad, entonces es seguro que sois bromídicos. Si tras esta lectura no os turbáis, y seguís ocupándoos de vuestras cosas como de ordinario, entonces... ¡no hay que perder las esperanzas! En todo caso, si vuestra conciencia os impusiera la contestación afirmativa, no hay que desesperarse por eso. También el brómido tiene su parte buena. Según Burgess, «puede sentir amor y hasta casarse». Los brómidos son pacíficos y soporíficos. Antes de haber oído hablar de ellos, estabais aburridos de su monotonía, de su dogmatismo; pero á la luz de esta teoría, añade Burgess, los aceptaréis en adelante por lo que son, y gozaréis de ellos en nueva paz y alegría, no esperando nada de ellos.

## IMPRESIONES Y NOTAS

LA ISLA DE LOS PINGÜINOS.—Anatolio France, incansable y genial, ha enriquecido con una obra más, editada por Calmann-Levy, su ya rico equipaje literario. *La isla de los pingüinos* es una alegoría, es la reconstitución de la historia de la humanidad, hecha por un literato de primer orden, erudito y humorista.

San Mael, uno de aquellos celosos apóstoles de los primeros tiempos que iban predicando á todos los pueblos el Evangelio de Cristo, conquistando almas, avasallando corazones y arrastrando conciencias, visita la isla de los pingüinos, y engañado por la apariencia casi humana de las pacíficas aves que escuchan atentamente su predicación, los toma por seres humanos y los bautiza. El Padre Eterno se ve en grave apuro con el bautismo de los pingüinos, hecho nada menos que por un santo y con todos los requisitos del ritual. El único medio de salir del paso es convertir en hombres á los pingüinos, y eso es lo que hace Dios, y así empieza la historia del pueblo pingüino, que no es otro que la humanidad misma.

La historia de los pingüinos es digna de este comienzo cómico. Anatolio France declara que la historia es difícil de escribir porque «nunca se sabe con seguridad cómo han pasado las cosas», y aprovecha esta dificultad para hacer á la vez la sátira del hombre y la de la historia misma, con cierto humorismo filosófico que hace pensar en Voltaire, en Swift y en Rabelais. El origen de la propiedad lo relaciona con el hecho de hacerse dueño el más fuerte de la tierra y del trabajo de los demás: el del poder, con el del reconocimiento y afirmación de esa fuerza; y el de la religión, con el terror de lo desconocido, mantenido por los sacerdotes pingüinos.

La obra es desigual, pues como labor de fantasía no se halla sometida á método ninguno científico, y mientras episodios de escasa importancia aparecen extensamente desarrollados, sucesos trascendentales figuran en forma sumaria, siendo frecuentes las digresiones, que suelen ser las más interesantes.

\*  
\* \*

**CROMOTERAPIA.**—Sabido es que los rayos del espectro solar obran sobre el cuerpo humano de diferente modo: el rojo es excitante; el naranjado y el amarillo lo son menos; el violeta, el azul turquí y el azul celeste calman; el verde, según Wundt, proporciona alegría y tranquilidad.

Se ha comprobado, según el Dr. Caze, que los hombres prefieren el azul, el violeta y los colores oscuros, mientras que las mujeres prefieren el rojo y el amarillo. La cromoterapia está basada en el influjo que los colores ejercen sobre los enfermos. Da resultados favorables en la neurastenia cuando se aplica progresivamente, sin cambios bruscos y sometiendo al enfermo durante cierto tiempo á la acción de la luz coloreada, que se ha reconocido serle más favorable. El exceso de luz aumenta, por el contrario, la neurastenia.

Estas observaciones han sido hechas principalmente en los países tropicales, y de ellas ha sacado Deschamps interesantes enseñanzas. En primer lugar, el aumento de luz acrece generalmente la actividad, pero el sistema nervioso se afecta en seguida, especialmente entre los obesos; los rubios son en esto más sensibles que los morenos. Se ha notado también que los meses de verano en que la luz es más viva, los suicidios son más frecuentes que en invierno; observación que lo mismo puede aplicarse—con perdón de Deschamps y de Caze—á la luz que al calor, y que sin necesidad de acudir á los trópicos, podemos comprobarla en Europa mismo.

Los neurasténicos deben evitar la vivacidad de la luz coloreada, y se les puede aconsejar que habiten cuartos cuyos revestimientos no sean excitantes. Si están sujetos á gran sobrecitación, harán bien en no tapizar su cuarto de trabajo ni su alcoba de rojo, sino de verde, azul ó violeta, que calmarán sus nervios. La experiencia ha demostrado, según Deschamps, que, acomodando el papel de las habitaciones al temperamento de la persona que las ocupa, se moderan y se corrigen los accesos de impaciencia ó de melancolía.

\*  
\* \*

EL PAGANISMO CONTEMPORÁNEO.—Dice Sebillot que después de veinte siglos de cristianismo, el paganismo apenas ha sido atacado en su parte esencial, y que bajo el barniz cristiano, el

paganismo sigue viviendo con sorprendente vigor en los pueblos celto-latinos, en los que todas las circunstancias importantes de la vida se hallan marcadas todavía por ritos y ceremonias puramente paganos, restos de tradiciones profundamente arraigadas en el alma de los pueblos.

Como ejemplos, entre otros muchos, cita Sebillot los relativos al matrimonio y á la muerte. No hay práctica más curiosa de las que preceden al matrimonio, que la que hace intervenir la saliva como testimonio de amor ó como confirmación del compromiso adquirido. En el Sur de Italia, cuando un novio se presenta á la ventana de una joven para hacer su declaración, ella le escupe en la cabeza si acepta su amor. En Francia, el galán invita á la joven á que le escupa en la boca, costumbre comprobada en Aunis, Saintonge, Deux-Sévres, Vendée, Ille-et-Vilaine, etc.; á veces el acto es recíproco, como en la Charenta; en Plessala va precedido de una ceremonia que termina diciendo el joven: «copie me dans la goule, je serons fiancé» (escúpeme en la boca, y quedamos casados).

En cuanto á la muerte, Sebillot describe los diversos métodos de embrujamiento usados en Europa, y menciona los que pueden observarse en el mismo París. En París, cuando se quiere embrujar á una persona, se enciende en casa ó en la iglesia un cirio con tres agujas ó alfileres; si caen las tres durante la operación, la persona de que se trata muere á las tres semanas, á los tres meses ó á los tres años.

Por lo que hace á lo que pudiera llamarse terapéutica supersticiosa, los hechos citados por Sebillot son innumerables, y prueban efectivamente que hay todavía en nuestros campos y en nuestras ciudades mucha ignorancia, pero nada más. Eso realmente no vale la pena de llamarlo sub-religión ni darle otro alcance que el que tiene: prácticas groseras tradicionales, actos aislados que no responden á ninguna concepción general, y que sólo revelan la ignorancia de quienes los practican. Mayores pruebas de paganismo inconsciente nos suministran la generalidad de nuestros cristianos con sus concepciones antro-



pormólicas de la divinidad, con las ideas de venganza y de ira que prestan á Dios y con su culto fetiquista á la imagen tal ó cual (la que priva en cada pueblo con esta ó la otra denominación).

\*  
\* \*

LA CUESTIÓN DE ORIENTE Y DIOS.—Es una leyenda búlgara, recogida por la *Revue Hebdomadaire*.

Cuando Dios distribuía sus dones, los primeros que llegaron al trono supremo para pedirlos fueron los turcos. Dios, por propia iniciativa, les dió el *Poder*.

Los búlgaros, sabiendo que Dios hacía regalos á los pueblos, acudieron á Él para obtener algo.—¿Y qué deseáis?—les preguntó Dios.—Señor, hemos sabido que repartes regalos, y por eso venimos y te rogamos que nos des alguna cosa.—¿Y qué cosa queréis vosotros, los búlgaros?—El Poder.—Ya se lo he dado á los turcos; pedidme otra cosa.—¡Qué trabajo has hecho, Señor!—Ya no tiene remedio. Benditos seáis, pero no retiro mi palabra. Os haré otro regalo: el *Trabajo*. Idos en paz.

Los hebreos olieron la cosa, y acudieron también.—¿A qué venís aquí?—les preguntó Dios.—Hemos venido en busca de nuestra parte de regalos.—¿Y qué regalo queréis?—El Poder, Señor.—¿El Poder? Ya lo tienen otros.—¡Ah! ¡Qué mal cálculo, Señor! ¿Por qué se lo has dado á otros, cuando tanta falta nos hacía?—Ya no tiene remedio. Os daré á vosotros el *Cálculo*.

Después llegaron los franceses.—¿Á qué habéis venido?—les dijo el Señor.—Á buscar un regalo.—¿Cuál?—Pues... el Poder.—¡Caramba! Se lo he dado á los turcos.—¡Curiosa invención!—Sea la *Invención* vuestro regalo.

Los griegos se presentaron los últimos.—¿Qué venís á buscar, griegos?—les preguntó Dios.—Hemos venido, Señor, para que nos hagas un regalo mejor que á todos los demás.—¿Qué regalo queréis?—Queremos el Poder.—¡Ay, griegos! Venís

demasiado tarde. Ya he distribuído todos los dones y no tengo ya nada que daros: el Poder lo han llevado los turcos; el Trabajo, los búlgaros; el Cálculo, los hebreos, y la Invención, los franceses. Ya no me queda nada para vosotros.—¡Somos víctimas de una intriga!—gritan los griegos con rabia.—Andad, no os apuréis; tengo todavía un medio de contentaros, y no os dejaré marchar con las manos vacías. Sea la *Intriga* para vosotros.

Y ninguno se fué satisfecho.

\* \* \*

EL PADRENUESTRO.—En la *Zeitschrift für die neutestamentliche Wissenschaft*, de Giesen, trata Klein de la forma originaria del Padrenuestro. Sabido es que sólo San Mateo y San Lucas traen esta oración en sus Evangelios; en San Mateo forma parte del sermón de la Montaña; en San Lucas, Jesús lo enseña después de su visita á Marta y María. En el texto lucánico falta la súplica de «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» y la final de «líbranos del mal»; en San San Mateo, en cambio, falta la palabra «cotidiano» que la liturgia toma de San Lucas, y además en la petición «perdónanos nuestras deudas», San Mateo dice «como nosotros las hemos perdonado», y San Lucas «como nosotros las perdonamos».

¿Cuál es la verdadera forma originaria, la más auténtica y autorizada, la de San Mateo ó la de San Lucas? Los críticos y exégetas se dividen; pero Klein sostiene que es la de San Mateo. El texto de San Mateo tiene toda la perfección técnica de una plegaria judaica. Consta de tres partes: invocación, súplica y doxología, y encierra siete peticiones, como la oración hebraica modelo, la *Birkath Shebá*. Como los primeros discípulos de Jesús fueron fieles á las costumbres sinagogales y nacionales, el texto de San Mateo es evidentemente el que mejor representa la tradición evangélica, porque conserva mejor las

---

huellas del judaísmo de las primeras generaciones cristianas; á lo que podemos nosotros añadir, que siendo la fórmula de San Mateo mucho más perfecta que la de San Lucas, no debe haber duda en que aquélla es la auténtica, pues se explica fácilmente una omisión cualquiera por olvido, pero no una adición de la cosecha del evangelista á palabras emanadas del divino Maestro.

FERNANDO ARAUJO

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*El Código penal, conforme á la doctrina establecida por el Tribunal Supremo, por Juan Antonio Hidalgo García.—Tomo I, XXIV-1.061 págs. Madrid. Hijos de Reus, editores, 1908; 15 pesetas.*

Para la elaboración doctrinal del derecho penal español, que apenas se puede decir iniciada, lo primero que se necesita, como para otras análogas empresas, es la recolección y publicación de los materiales que han de servir de base al trabajo. La mayor parte de este material, que debe de ser abundantísimo, sobre todo el histórico, está todavía desconocido, y por lo mismo, inédito, esperando quien lo vaya descubriendo y sacando á luz ordenadamente. Otro tanto cabe decir del estudio relativo á nuestra jurisprudencia penal, ó sea á las prácticas seguidas en los diferentes tiempos por los tribunales de esta clase, á la aplicación más ó menos rigurosa y fiel que de las leyes vigentes en cada época han hecho, y al sentido con que al aplicarlas las han interpretado.

La obra cuyo primer tomo acaba de dar á la estampa el magistrado Sr. Hidalgo, representa un auxilio de bastante importancia para la labor aludida. Sólo abarca la jurisprudencia (que ya se sabe no es obligatoria, como lo es en lo civil y por el Tribunal Supremo sentada, no por los demás tribunales del orden criminal, donde ha de haber no poco aprovechable en varios sentidos) desde la publicación del Código de 1870, en interpretación de sus disposiciones y en resolución de las du-

das y controversias que la aplicación de las mismas ha suscitado desde que está vigente, pero no es poco. Decirlo, se dice en cuatro palabras; hacerlo, y hacerlo con escrupulosidad y tino y de manera que resulte útil al esfuerzo en ello empleado, ya es otra cosa. Y esto es lo que nos trae el libro del Sr. Hidalgo, el primero en su clase entre nosotros, hecho con la paciencia y la escrupulosidad que necesariamente han de acompañar á trabajos de esta índole, si han de ser verdaderamente fructíferos, y no simples manuales improvisados, puros sacacuartos y engañabobos, como pasa con un número no pequeño de ediciones del Código penal, «con la correspondiente jurisprudencia del Tribunal Supremo», que por ahí pululan.

El Sr. Hidalgo no ha construído ningún arco de iglesia, no; no debe tampoco habérselo propuesto (él no explica, *verbi gratia*, en un prólogo, los fines con que publica la obra); pero le da juntos ya, y colocados en cierto orden, elementos bastantes á quien tenga deseos y alientos para levantar la construcción. Con menos datos de los que en el volumen publicado se encuentran, se escriben infinidad de disertaciones, artículos, monografías y aun tratados, que sus autores califican de filosóficos, de sintéticos, de doctrinales, de teóricos. Un espíritu perspicaz puede, con el trabajo del Sr. Hidalgo á la vista, hacer mucha psicología criminal, según los juzgadores españoles, y también no poca de los juzgadores mismos.

El orden que el Sr. Hidalgo sigue es el de los artículos del Código penal. Al pie de cada uno agrupa, cronológicamente, las sentencias dadas por el Tribunal Supremo en diversas épocas para explicarlo é interpretarlo. Quizá hubiera sido preferible otro criterio de ordenación. El cronológico empleado debería ir acompañado de una indicación numeral de las sentencias referentes á cada artículo, con lo que se habría dado mayores facilidades para las citas, y aun para la utilización del libro, sobre todo en el caso de que éste llevara (que no sé yo si llevará en el segundo tomo) un índice detallado de materias.

Además de la jurisprudencia, hay frecuentes alusiones y

citas de disposiciones legales ajenas al Código penal, pero complementarias de él.

En suma, un libro de provecho, tanto para la práctica judicial y abogadil, como para el estudioso de lo que se suele llamar ciencia y filosofía jurídica y penal.

P. DORADO

\* \* \*

« LA VIDA AUSTERA »

Más ó menos, según la capacidad moral de cada uno, preguntanse los hombres de inteligencia clara y despierta, los que cren en la eficacia de la voluntad y la personal energía, qué entraña el *problema de la vida*, en qué consiste *la felicidad*, qué norma de conducta nos imponen la *razón* y la *vida social*. Ninguno de los seres que piensan y sienten, y atribuyen al vivir otras misiones que el goce material por los sentidos, puede ni quiere sustraerse al íntimo examen de su *yo* y de la posible influencia de ese *yo* en nosotros mismos y en los que de cerca ó de lejos nos rodean.

A partir de los tiempos más remotos en la historia del humano pensamiento, en variedad de lenguajes y desde múltiples puntos de vista, es incalculable lo que se ha escrito acerca del destino del hombre y de la huella que acá pueda dejar su paso. La filosofía y la ética, la psicología y la sociología, de no bien concretados límites, han pretendido abarcar y definir el concepto de la existencia humana y trazar reglas de conducta á la conciencia individual. Y esos estudios, que diríanse abstrusos y que en sí mismos quizás lo sean, adquieren indelible atractivo y llegan á sugestionarnos cuando nos los ofrecen aquellos que, dotados de una personalidad poderosa y bien acentuada, no se desdeñan de «humanizarse» y, pareciendo compartir en mucho nuestras flaquezas, vienen á ser en realidad, si amigos íntimos del lector, mentores simpáticos, pero

mentores al fin, de los que, con ánimo sereno y deseo de aprender, leen y meditan las páginas de sus obras.

He ahí una parte de lo mucho que ha herido nuestra reflexión al recorrer pausadamente los capítulos de la obra de don Pedro Corominas, que lleva por título el mismo de estas líneas (1). Sí — nos hemos dicho; — esta vez es verdad que *el libro es el hombre*. En estos párrafos palpita sin trabas el alma de su autor; son éstos sus íntimos pensamientos, y es suya, sin duda, personalísima suya, la ética en ellos difundida, aunque con facilidad puedan hacerla propia cuantos emprendan y terminen su estudio con buena voluntad y sin prejuicios de escuela.

Descartando la cuestión de las religiones positivas, remontándose á mayores alturas, y no menos descendiendo á las más hondas profundidades del espíritu, el Sr. Corominas ha dado, á nuestro entender, con el medio de hacer agradable á la mayoría de los hombres pensadores y prácticos, y de igual manera á los de «sentimiento», lo que él considera preciso para vivir y morir bien, esto es, inspirar en la austeridad todos los actos é ideas de la vida. Creemos no engañarnos al decir que aquellas mismas disquisiciones filosóficas que en los libros de autores celebrados de antaño parécennos desabridas é indigestas, y como tales, sentímonos inclinados á dejarlas de lado, adquieren, al remozarlas con su pluma nuestro compatriota, formas atractivas, aspectos que seducen, y llevan al lector, sin percatarse él mismo, á apurar el volumen hasta su última palabra.

Lo agrio, ese componente inseparable de toda austeridad, resalta con frecuencia en el grave y reposado estilo de la obra; mas, por encima de ese sabor, que no á todos gusta, dominándole, ahogándole, por así decirlo, es una dulzura, una tran-

---

(1) *La vida austera*. Edición catalana. Barcelona, Tip. L'Avenç, 1908. 359 páginas, 3 pesetas.

quilidad, una serenidad rara y gratísima, lo que inunda nuestra alma siguiendo al escritor en su osada excursión á lo más profundo de nuestro sér. Con él nos sentimos eternos, y, sugestionados por su vibrante y á menudo, casi siempre, poética frase, hacemos propósito de ser lo que él nos dice, de vivir y morir como él quiere y tiene por bueno vivir y morir. En más de una ocasión recelaremos que no nos sea posible mantener aquella su rigidez de principios, aquella su severidad de doctrina de acción; así y todo, seguiremos leyendo, y á vuelta de pocas páginas, nos encontraremos de nuevo identificados con su tan *humana* visión de los problemas que cada uno de nosotros es llamado á resolver, mal de su grado, antes ó después en sus terrenos, luchas por sí, por la familia, por la patria ó por la humanidad.

¿Hay que decir que no todos considerarán artículo de fe lo que, por ejemplo, escribe Corominas respecto á las *delicias de la tierra?*; ¿que muchos discreparán de su comprensión de la eternidad?... Mas esto, que parece y es tan importante, no sé si diga que pasa á segundo término en *La vida austera*; queda como semiolvidado ante el hechizo de aquella dicción robusta, ya plácida, ya majestuosa, ora aforística ó bien semidogmática, que nos arrastra y fascina sin sentirlo, y á ratos—ratos que se suceden con frecuencia—nos transforma como si fuera en autores del libro que estamos leyendo. Es que ese libro no es de hoy; su actualidad durará lo que dure entre los hombres el afán de ver á través de las brumas de su ser, del tiempo y del espacio. Es que la producción de Corominas se refiere desde el principio al fin, con ser catalana hasta la medula en su estilo y en su lenguaje y en su propia estructura, á cosas que son *humanas* en el más amplio sentido de la palabra. Es que la activa contemplación del mundo la realiza el reflexivo escritor de tal modo, y el punto donde se coloca para realizarla es tal, que hombre alguno de uno ú otro hemisferio, cualquiera que sea su raza, podrá creerse ajeno á las verdades allí estampadas, verdades de todo tiempo y de todo lugar, sentidas y compren-



didadas *naturalmente* por cuantos hagan de su entendimiento y de su espíritu el uso á que están destinados uno y otro.

No es posible, para mí cuando menos, analizar una obra como *La vida austera*. Hay que leerla, mejor que esto, hay que estudiarla y meditarla; porque tengo para mí que en una sola lectura es punto menos que imposible hacerse cargo de *todo* el sentido que en ella se encierra. Para esto preciso es recogerse cada uno en sí mismo, hacer examen de la propia conciencia, registrar en los recuerdos personales y ver cómo esta vez y la otra vez aquellos recuerdos y aquel examen responden á las claras y parlantes notas del libro. No vacilamos en decirlo: los que esto hagan, los que serenamente lean el de Pedro Corominas, adquirirán el pleno dominio de sí mismos, y si ya están en posesión de este dominio, robustecerán en gran manera su fe en la «austeridad» y su creencia en la eficacia definitiva de la voluntad y la rectitud para cumplir los fines de la vida humana.

Dijera mucho, muchísimo más; pero por mucho que dijera, no habría de llegar, es seguro, á traducir fielmente la impresión que *La vida austera* producirá en quien lea sus páginas con sincero «humanismo» en su corazón y su intelecto.

B. SANTOS Y VALL

# ÍNDICE

---

|                                                                                                  | <u>Págs.</u> |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Un nuevo cisma religioso: La Iglesia Filipina Independiente</i> , por W. E. Retana.....       | 5            |
| <i>De la huerta de Murcia</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....                              | 34           |
| <i>Méjico</i> (estudio geográfico, económico y político), por Ramón Pérez Requeijo.....          | 55           |
| <i>España fuera de España: «La devoción de la cruz»</i> , de Calderón, por Laurent Tailhade..... | 76           |
| <i>Raimundo Lulio en Palma</i> , por Havelock Ellis.....                                         | 93           |
| <i>El suplicio del silencio</i> (novela), por Federico Spielhagen.....                           | 116          |
| <i>Parnaso internacional: Introito</i> , por Federico Plessis .....                              | 142          |
| <i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....                                                       | 145          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                          | 158          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                            | 166          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y B. Santos y Vall.....                              | 196          |

# CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, López de Hoyos, núm. 6. — Madrid.

## ANTROPOLOGIA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas. — Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas. — El hipnotismo, 3 pesetas. — Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas. — Últimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas. — En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas. — Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.
- Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas. — La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas. — El ideal en el Arte, 3 pesetas. — El Arte en Grecia, 3 pesetas. — Nápoles, 3 pesetas. — Roma, 2 tomos, 6 pesetas. — Florencia, 3 pesetas. — Venecia, 3 pesetas. — Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.
- Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas. — Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.
- Boissier.** — Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta. — Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas. — Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.
- Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas. — La Pompadour, 6 pesetas. — Las favoritas de Luis XV, 6 pts. — La Du-Barry, 4 pesetas.
- Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas. — Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.** — Memorias, 3 pesetas.
- Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas. — La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.  
**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.  
**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.  
**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.  
**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.  
**Picón.**—Ayala, 1 peseta.  
**Renán.**—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.  
**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.  
**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.  
**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.  
**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.  
**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardon, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.  
**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

### DERECHO

**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.<sup>a</sup> parte de La génesis), 4 pesetas.  
**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.  
**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.  
**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.  
**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.  
**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmirá (Derecho penal), 3 pesetas.  
**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.  
**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.  
**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.  
**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.  
**González.**—Derecho usual, 5 ptas.  
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Gross.**—Manual del Juez, 12 ptas.

**Gumpowicz.** — Derecho político filosófico, 10 pesetas.  
**Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.  
**Ihering.** — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.  
**Krüger.** — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.  
**Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.** — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.  
**Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Manduca.** — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.  
**Martens.** — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.  
**Meyer.** — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.  
**Miraglia.** — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Mommsen.** — Derecho público romano, 12 pesetas.  
**Neumann.** — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.  
**Posada.** — La Administración política y la Administración social, 5 ptas.  
**Ricci.** — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.  
**Savigny.** — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.  
**Sighele.** — El delito de dos, 4 pesetas. — La muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.  
**Sohm.** — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.  
**Spencer.** — La Justicia, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. —

De las leyes en general, 8 pesetas.  
 — Ética de las prisiones, 10 pesetas.  
**Stahl.** — Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Sumner-Maine.** — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.  
**Supino.** — Derecho mercantil, 12 pesetas.  
**Tarde.** — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 ptas.  
**Todd.** — El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.  
**Varios autores.** — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida.) — La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Idem.** — (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.) — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.  
**Vivante.** — Derecho mercantil, 10 pesetas.

## ECONOMÍA

**Antoine.** — Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.  
**Buylla, Neumann, Kleinwhac-**

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.  
**Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.  
**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.  
**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.  
**Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.  
**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pesetas.  
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.  
**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.

### FILOSOFÍA

- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.  
**Caro.**—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.  
**Collins.**—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Emerson.**—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.  
**Fichte.**—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.  
**Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.  
**Guyau.**—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.  
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.  
**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.  
**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

**Spencer.**—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts.—Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

### HIGIENE

**Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg.**—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

- Agnanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcofurado.**—Cartas amorosas, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Anónimo.**—¿Académicas?, 1 peseta.—Currita Albornoz, 1 peseta.
- Antoine.**—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1,50.
- Arnó.**—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 p.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pts.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
- Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 pts.
- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pts.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.—La Oposición bajo los Césares 7 pesetas.
- Bréal.**—Ensayo de Semántica, 5 pesetas.
- Brédig.**—La elocuencia política en Grecia, 7.
- Bret Harte.**—Bloqueados por la nieve, 2 ps.
- Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
- Bunge.**—La Educación, 12 pts.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pts.
- Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 ts., 24 ps.—Pasado y presente, 7 pesetas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
- Champcommunal.**—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pts.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
- Colombey.**—Historia anecdótica de el duelo, 6 pesetas.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Comte.**—Principios de Filosofía positiva, 2.
- Couperus.**—Su Majestad, 3 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Döllinger.**—El Pontificado, 6 pesetas.
- Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Dumas:** Actea, 2 pts.
- Eltzbacher.**—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pts.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 pts.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 pts.—Los veinte ensayos, 7 pts.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 pts.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
- Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pts.—La Ciencia social contemporánea, 8 pts.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pts.—La Filosofía de Platón, 2 tomos, 12 pts.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 pts.
- Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pts.
- George.**—Protección y librecambio, 9 pts.—Problemas sociales, 5 pesetas.
- Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.—Sociología inductiva, 6 pesetas.
- Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 pts.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Gonblang.**—Historia general de la literatura, 6 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pts.—Las Favoritas de Luis XV 6 pesetas.—La du-Barry, 4 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho Administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Green.**—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumplowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pts.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 pts.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 pts.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pts.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heiberg.**—Novelas danesas, 3 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Höfding.**—Psicología Experimental, 9 pts.
- Hume.**—Historia del Pueblo Español, 9 pts.—Historia de la España Contemporánea, 8.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
- Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 pts.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Jitta.**—Método de Derecho internacional, 9.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Korolenko.**—El desertor de Sajalin, 2,50.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2,50 pesetas.
- Larcher y P. J. Jullien.**—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 pts.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pts.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
- Lencke.**—Estética, 8 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pts.
- Lewis-Pattee.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pts.
- Liesse.**—El Trabajo, 9 pesetas.
- Lombroso.**—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 15 pesetas.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Floretti.**—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 pts.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 pts.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.
- Mac-Donald.**—El criminal tipo, 3 pesetas.
- Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, 4 t., 30 p.
- Martín.**—La moral en China, 4 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pts.—Historia de las Religiones, 8 pts.—La Ciencia del lenguaje, 8 pts.—La Mitología comparada, 7 pts.
- Meneval y Chantelauc.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Mercier.**—Lógica, 8 pesetas.—Psicología, 2 tomos, 12 pesetas.—Ontología, 10 pesetas.—Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exportación de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Merejkowsky.**—La Muerte de los Dioses, 2.
- Merkel.**—Derecho penal, 10 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, 2 t., 15 p.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ps.—Derecho penal romano, 2 tomos, 18 pts.
- Mouton.**—El deber de castigar, 4 pesetas.

**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.  
**Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.  
**Neera.**—Teresa, 3 pesetas.  
**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.  
**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.—Últimos opúsculos, 5 ptas.—La Gaya ciencia, 6 ptas.—El viajero y su sombra, 6 ptas.  
**Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.  
**Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.  
**Potapenko.**—La Novela de un hombre sensato, 2 pesetas.  
**Prévost-Paradol.**—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.  
**Quinet.**—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.  
**Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.  
**Ribbing.**—La higiene sexual, 3 pesetas.  
**Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pts.—Derecho Civil, 12 tomos, 83 ptas.  
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.  
**Rod.**—El silencio, 3 pesetas.  
**Roguin.**—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.  
**Roosevelt.**—Nueva-York, 4 pesetas.  
**Rozan.**—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.  
**Ruskin.**—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.—Obras escogidas, 2 tomos, 13 ptas.  
**Sainte-Beuve.**—Estudio sobre Virgilio, 5.  
**Sansonetti.**—Derecho Constitucional, 9 ps.  
**Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.  
**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols. 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 ptas.—Eudemonología (tratado de mundología ó arte de bien vivir), 5 pts.—Estudios de Historia Filosófica, 4 ps.—La Nigromancia, 3 ptas.—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología, 4 ptas.  
**Sienkiewicz.**—Orso. En vano, 2 pesetas.  
**Sieroszewski.**—Yang-Hun-Tsy, novela, 2.  
**Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.  
**Sombart.**—El Socialismo y el Movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.  
**Spencer.**—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 4 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas.—El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.

**Sohm.**—Derecho privado romano, 12 ptas.  
**Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.  
**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Starke.**—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.  
**Stirner.**—El Único y su propiedad, 9 ptas.  
**Stourm.**—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 pts.  
**Stuart Mill.**—Estudios sobre la Religión, 4.  
**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.  
**Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.  
**Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.  
**Suttner.**—High-Life, 3 pesetas.  
**Taine.**—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 2 tomos, 17 ptas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.  
**Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.  
**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.  
**Tehekhof.**—Un duelo, 1 pta.  
**Turgueneff.**—Tierras vírgenes, 5 pesetas.  
**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.  
**Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres Campos y Vida.)—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.  
**Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sella, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.  
**Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.  
**Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos** (Sullivan, Cockburn, Sheil, Cobden, Morley, Chamberlain, Randolph Churchill, Beaconsfield, Macaulay, Brougham, O'Connell, Fox, Hardy, Ellemborough, Bulver Lytton, Parnell, Bright, Conde de Russell, Bradlaugh, Gladstone, Cowen, M'Carthy, Lowe y Butt), 7 pesetas.  
**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.  
**Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.  
**Vocke.**—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 pesetas.  
**Wallace.**—Rusia, 4 pesetas.  
**Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.  
**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.  
**Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.  
**Whitman.**—La Alemania Imperial, 5 ptas.  
**Willoughby.**—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.  
**Wilson.**—El Gobierno Congresional, 5 ptas.  
**Wolf.**—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos vols., 15 ps.  
**Wundt.**—Compendio de Psicología, 9 ptas.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.

### OBRAS RECIÉN PUBLICADAS por la Administración de LA ESPAÑA MODERNA

**Max-Muller:** La Mitología comparada, 7 ptas.—**Emerson:** Los veinte ensayos, 6 ptas.—**Green:** Historia del pueblo inglés, 2 tomos, 18 ptas.—**Schopenhauer:** Estudios de historia filosófica, 4 ptas.—**Mac-Donald:** El criminal tipo, 3 ptas.—**Ricci:** Derecho civil, tomos X y XI, 12 ptas.

### LA ESPAÑA MODERNA

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas, que cuenta veintiún años de existencia, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

#### CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

En España, seis meses, 10 pesetas; un año, 18 pesetas.—Fuera de España, un año, 24 francos. El número suelto en España 1,75 pesetas, en el extranjero dos francos. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de López de Hoyos, 6, esquina á la de Serrano, Madrid.—**Director:**